

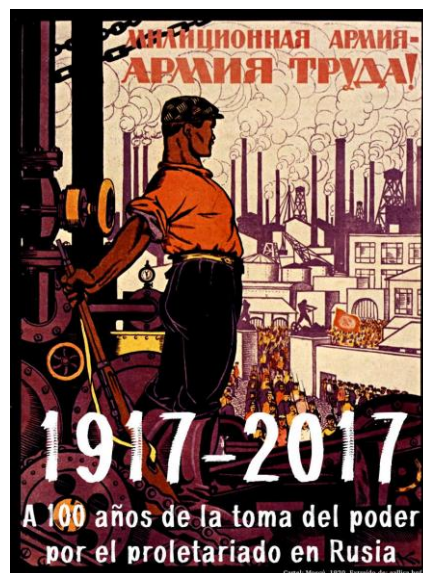
*Europa y
Norteamérica*

León Trotsky

Presentamos este folleto publicado en 1926. Parte de él ya fue publicado por estas EIS como anexo a *¿A dónde va Inglaterra? Europa y América*. Hemos optado por no reeditar esta última obra y aprovechar los materiales recientemente traducidos al castellano por nuestra editorial, y los disponibles del CEIP en internet, para editar este folleto publicado en vida de Trotsky. Hemos seguido la edición que la Librairie de l’Humanité hizo en 1926 (reimpresión fotostáticamente por Anthropos en 1971), con sus anexos, añadiendo el texto completo del discurso pronunciado por Trotsky en 1925 tomado del CEIP y que el folleto de Librairie de l’Humanité presentaba extractado. Hemos mantenido la denominación de ‘América’ por Norteamérica que escogió Ángel Pumarega para la versión de 1927 de Ediciones Biblos de Madrid en los materiales tomados de esa edición.

Edicions Internacionals Sedov
 germinal_1917@yahoo.es
 Valencia, mayo de 2017

Edicions internacionals Sedov



A cien años de la revolución proletaria de 1917

	Índice
Prólogo	3
Perspectivas de evolución mundial.....	4
Postulados de la revolución proletaria.....	4
Los diez últimos años (1914-1924).....	6
Fascismo, democracia, kerenskismo	7
¿De qué depende la suerte del reformismo europeo?	9
El imperialismo “pacifista” de Estados Unidos	10
El plan de Estados Unidos: poner a régimen a Europa.....	12
El imperialismo norteamericano y la socialdemocracia europea	13
Estados Unidos y Gran Bretaña	16
Las perspectivas de guerra y revolución.....	20
Europa y Norteamérica	23
Los dos polos del movimiento obrero. El tipo acabado del reformismo	23
La potencia económica de los Estados Unidos, base del oportunismo	25
Los nuevos papeles de América y de Europa	27
La expansión imperialista de los Estados Unidos	29
Pacifismo y confusión	32
El pacifismo americano en la práctica.....	34
No hay salida para el capitalismo europeo	36
¿Ha cumplido el capitalismo su tiempo?.....	41
Anexos.....	45
¿Es apropiado el momento para la consigna: los Estados Unidos de Europa?.....	45
La estabilización del capitalismo mundial.....	49
Sobre la cuestión de la “estabilización” de la economía mundial	51

Prólogo

Este folleto comprende dos discursos pronunciados con dos años de intervalo. Estos dos discursos están ligados por la unidad del sujeto, pues están consagrados a la caracterización de la situación económica y política mundial, y por la unidad del pensamiento, pues lo que está en la base de esta caracterización de la situación mundial es la actitud de Estados Unidos ante Europa.

Es inútil decir que aquí no se encontrará una exposición completa de la situación mundial. La cuestión de las colonias, de la lucha nacional revolucionaria de los pueblos de Oriente, sólo aflora aquí en tanto que era necesario aclarar la idea esencial: la hegemonía de Estados Unidos en el mundo capitalista con las consecuencias que de ello se derivan. La cuestión de la situación y de las perspectivas en Oriente exige un examen particular a causa del cambio radical en las relaciones existentes entre Norteamérica y Europa. Ese examen no puede modificar, sin embargo, la cuestión esencial tratada en este folleto: sin someter el problema de Oriente a un examen detallado, en nuestros dos informes hemos tenido en cuenta constantemente ese problema en toda su envergadura histórica.

La enorme superioridad material de Estados Unidos excluye automáticamente cualquier posibilidad de levantamiento de la Europa capitalista. Si el capitalismo europeo revolucionaba en el pasado a otras partes del mundo, actualmente quien revoluciona a Europa en declive es el capitalismo norteamericano. Europa ya no tiene otra salida al impase económico más que la revolución proletaria, la abolición de las barreras aduaneras y de las fronteras de estado, la creación de los Estados Unidos Soviéticos de Europa y de una Unión Federativa con la URSS y los pueblos libres de Asia. El desarrollo de esta lucha gigantesca abrirá infaliblemente una época revolucionaria para el actual potentado, Estados Unidos de América.

L. Trotsky

25 de febrero de 1926

PD. Como anexo a este folleto ofrecemos un artículo, publicado en Pravda, del 30 de junio de 1923, sobre la cuestión de los Estados Unidos Socialistas de Europa así como algunos pasajes de discursos y artículos en los que hemos tratado la cuestión de las relaciones entre Europa y Norteamérica. L. T.

Perspectivas de evolución mundial¹

Postulados de la revolución proletaria

Han transcurrido diez años desde principios de la guerra imperialista. Durante esa década el mundo ha cambiado considerablemente, pero bastante menos de lo que suponíamos y dábamos por descontado hace diez años. Consideramos a la historia desde el punto de vista de la revolución social. Ese punto de vista es teórico y práctico al mismo tiempo. Analizamos las condiciones de la evolución tal y como se forman al margen de nosotros, e independientemente de nuestra voluntad, a fin de comprenderlas y actuar sobre ellas con nuestra voluntad activa, es decir con nuestra voluntad de clase organizada. En nuestra forma marxista de abordar la historia estos dos aspectos están indisolublemente ligados. Si nos limitamos a constatar lo que pasa, se llega, en definitiva, al fatalismo y a la resignación frente al curso de los acontecimientos. Por otra parte, si nos limitamos a la actividad, a la voluntad revolucionaria, se corre el riesgo de caer en el subjetivismo, que comporta un gran número de variedades: el anarquismo es una de ellas, el socialismo-revolucionario de izquierda otra; por fin, los fenómenos que se producen en el mismo comunismo, y que Lenin ha calificado de “enfermedad infantil de izquierda”, son achacables también al subjetivismo. Todo el arte de la política revolucionaria consiste en saber aliar la constatación objetiva y la reacción subjetiva. En eso consiste la esencia de la doctrina leninista.

He dicho que abordamos la historia desde el punto de vista de la revolución que debe transmitir el poder a manos de la clase obrera para la refundación comunista de la sociedad. ¿Cuáles son los postulados de la revolución social, bajo qué condiciones puede ésta surgir, desarrollarse y vencer? Estos postulados son muy numerosos pero se los puede reunir en tres, e incluso en dos grupos: los postulados objetivos y los postulados subjetivos.

Los postulados objetivos descansan sobre un nivel determinado del desarrollo de las fuerzas productivas. Esta es una cosa elemental pero no es gratuito volver de vez en cuando al “alfabeto”, a los fundamentos del marxismo, a fin de llegar, con la ayuda del antiguo método, a las nuevas conclusiones que impone la situación actual. Así pues, el postulado capital de la revolución social es un nivel determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, un nivel en el que el socialismo, después el comunismo, ofrecen avances materiales como modo de producción y distribución de los bienes. Es imposible edificar el comunismo, o incluso el socialismo, en el campo, donde todavía reina el arado. Se necesita cierto desarrollo técnico.

Ahora bien, ese nivel de desarrollo ¿ya se ha alcanzado en el conjunto del modo capitalista? Sí, incontestablemente sí. ¿Qué lo demuestra? Que las grandes empresas capitalistas, los trust, los sindicatos, triunfan en el mundo entero sobre las pequeñas y medianas empresas. Así pues, una organización económica social que se apoyase únicamente en la técnica de las grandes empresas, que estuviera construida sobre el modelo de los trust y sindicatos, pero sobre las bases de la solidaridad, que se hubiese extendido a una nación, a un estado, después al mundo entero, ofrecería avances materiales enormes. Este postulado existe desde hace mucho tiempo.

Segundo postulado objetivo: es preciso que la sociedad esté dividida de forma que exista una clase interesada en la revolución socialista, y que esta clase sea lo bastante numerosa e influyente desde el punto de vista de la producción como para

¹ Discurso pronunciado el 28 de julio de 1924. [Tomado de *Perspectivas de evolución mundial*, Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.]

hacer por sí misma esa revolución. Pero esto no es suficiente. Hace falta, además, que esa clase (y aquí pasamos al postulado subjetivo) comprenda la situación, que desee conscientemente el cambio del antiguo orden de cosas, que a su cabeza tenga un partido capaz de dirigirla en el momento del golpe de fuerza y de asegurarle la victoria. Por otra parte, esto presupone determinado estado de la clase burguesa dirigente, que debe haber perdido su influencia sobre las masas populares, en el que sus propias filas se resquebrajen, que haya perdido su seguridad. Ese estado de la sociedad representa precisamente una situación revolucionaria. Solo sobre bases sociales de producción determinadas pueden surgir las premisas psicológicas, políticas y orgánicas para la realización de la insurrección y para su victoria.

El segundo postulado, división en clases, dicho de otra forma, papel e importancia del proletariado en la sociedad, ¿existe? Sí, ya existe desde hace décadas. Esto lo demuestra mejor que nada el papel del proletariado ruso que, sin embargo, es de formación relativamente reciente. El último postulado subjetivo: en el proletariado europeo la conciencia de su situación dentro de la sociedad, una organización y educación apropiadas, un partido capaz de dirigirla. He ahí lo que ha faltado. En numerosas ocasiones nosotros, marxistas, hemos dicho que, a pesar de todas las teoría idealistas, la conciencia de la sociedad marcha en retraso respecto a su desarrollo, y hemos tenido una resplandeciente prueba de ello en la suerte del proletariado mundial. Las fuerzas productivas están ya maduras para el socialismo desde hace mucho tiempo. El proletariado ejerce un papel económico decisivo desde hace mucho tiempo, al menos en los países capitalistas más importantes. De ese proletariado depende todo el mecanismo de la producción y, en consecuencia, de la sociedad. Lo que falta es el último factor subjetivo: la conciencia se retrasa respecto a la vida.

La guerra imperialista ha sido el castigo histórico por ese retraso sobre la vida pero, por otra parte, le ha dado al proletariado un fuerte impulso. Se produjo porque el proletariado no estuvo en condiciones de prevenirla, pues todavía no había llegado a conocerse dentro de la sociedad, a organizarse y asignarse la tarea de la toma del poder y llevarla a cabo. Al mismo tiempo, la guerra imperialista, que fue un castigo no por un error sino por una tragedia del proletariado, se iba a convertir en un potente factor revolucionario.

La guerra demostró la necesidad profunda, urgente, de un cambio del régimen social. Ya mucho antes de la guerra el paso a una economía socialista representaba considerables ventajas; dicho de otra forma, sobre bases socialistas las fuerzas productivas se hubieran desarrollado mucho más que sobre las bases capitalistas. Pero, incluso sobre la base del capitalismo, las fuerzas productivas crecían rápidamente antes de la guerra, no solamente en Norteamérica sino, también, en Europa. En esto consistía la “justificación” relativa de la existencia del capitalismo mismo. Desde la guerra imperialista, el cuadro es completamente diferente: las fuerzas productivas, lejos de crecer, disminuyen. Y no puede tratarse ahora de reparar las destrucciones sino de continuar desarrollando las fuerzas productivas. Estas últimas, más aún que antes, están encerradas en el marco de la propiedad individual y en el marco de los estados creados por la paz de Versalles. El hecho que la progresión de la humanidad sea ahora incompatible con la existencia del capitalismo ha sido probado incontestablemente por los acontecimientos de los últimos diez años. En este sentido, la guerra ha sido un factor revolucionario. Pero no solamente en este sentido. Trastornando implacablemente toda la organización de la sociedad, ha expulsado de la conciencia de las masas trabajadoras el conservadurismo y la tradición. Hemos entrado en la época de la revolución.

Los diez últimos años (1914-1924)

Si se aborda desde este punto de vista la última década se ve que se divide en numerosos períodos claramente diferenciados. El primero es el de la guerra imperialista, que abarca más de cuatro años (en cuanto a Rusia un poco más de tres). En febrero y, particularmente, en octubre de 1917, comienza un nuevo período. Es el periodo de liquidación revolucionaria de la guerra. Los años 1918-1919 y una parte del año 1920 (por lo menos en lo que atañe a algunos países) estuvieron completamente colmados por la liquidación de la guerra imperialista y la espera de la revolución proletaria en toda Europa. Asistimos entonces a la Revolución de Octubre en Rusia, al derrocamiento de las monarquías en los imperios centrales, a un potente movimiento proletario en toda Europa e incluso en Norteamérica. Las últimas oleadas de esta tempestad revolucionaria fueron la insurrección de septiembre en Italia y los acontecimientos de marzo de 1921 en Alemania. La insurrección de septiembre de 1920 en Italia casi coincide con la ofensiva del Ejército Rojo sobre Varsovia que, ésta también, formaba parte constitutiva de la corriente revolucionaria y que refluó con esta última. Se puede decir que esta época de presión revolucionaria *directa* de posguerra terminó con la explosión de marzo de 1921 en Alemania. Hemos vencido en la Rusia zarista donde el proletariado detenta ahora el poder. Las monarquías de la Europa Central han sido derrocadas casi sin combate. Pero el proletariado no se ha adueñado del poder en ninguna parte salvo en Hungría y Baviera, donde solo lo pudo conservar muy poco tiempo.

Entonces podría parecer, y se lo parece en realidad a nuestros enemigos, que se abría una época de restauración del equilibrio capitalista, de curación de las heridas infligidas por la guerra imperialista y de consolidación de la sociedad burguesa.

Desde el punto de vista de nuestra política revolucionaria, este nuevo periodo comienza con una retirada. Esta retirada la proclamamos oficialmente, no sin una seria lucha interna, en el III Congreso de la Internacional Comunista, hacia mediados del año 1921². Constatamos entonces que el primer impulso consecutivo a la guerra imperialista había sido insuficiente para la victoria pues entonces no existía en Europa ningún partido dirigente capaz de asegurarla, y que el último gran acontecimiento de este período trienal, la insurrección de marzo en Alemania, estaba preñado de peligros y mostraba claramente que si el movimiento continuaba por esa vía corría el riesgo de destruir al joven partido de la Internacional Comunista. El III Congreso gritó: “¡hacia atrás! Retrocedamos del frente de batalla al que nuestros partidos europeos se han visto empujados por los acontecimientos de posguerra”. Entonces comenzó la época de la lucha por la influencia sobre las masas, el período de encarnizado trabajo de agitación y organización bajo la consigna del frente proletario único, después bajo el del frente obrero y campesino único. Ese período ha durado alrededor de dos años. Y, durante ese corto espacio de tiempo, ha habido tiempo para que se elaborase una mentalidad adaptada a un medido trabajo de agitación y propaganda. Podría parecer que los acontecimientos quedaban retrasados para un futuro indeterminado pero bastante lejano. Sin embargo, en la segunda parte de este período, Europa se ha estremecido de nuevo con la sacudida del Ruhr.

En primer lugar, la ocupación del Ruhr podía parecer un episodio poco importante para la Europa ensangrentada y agotada, que había atravesado cuatro años de la más horrible guerra. En el fondo, esta ocupación fue como una corta repetición de la guerra imperialista. Los alemanes no se resistieron, pues no podían hacerlo, y los franceses invadieron la región industrial sobre la que pivotaba la economía alemana. A

² Ver en estas EIS, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones*, NdeIS.

consecuencia de ello, Alemania y, hasta cierta medida, el resto de Europa, se encontraron de alguna forma en estado de guerra. La economía alemana, y de rebote la economía francesa, se vieron desorganizadas.

Cinco años después que la guerra imperialista hiciese tambalearse al mundo entero, levantase a las capas más retardatarias de los trabajadores pero sin llevarlas a la victoria, la historia hizo en cierta forma una nueva experiencia, un nuevo examen. Parecía decir: voy a ofrecer una corta repetición de la guerra imperialista. Haré que se tambalee en sus fundamentos la economía ya profundamente desquiciada de Europa y os ofreceré, a vosotros proletarios, partidos comunistas, la posibilidad de recuperar el tiempo perdido durante estos últimos años. En 1923, en efecto, la situación en Alemania evolucionó brusca y radicalmente hacia la revolución. La sociedad burguesa estaba sacudida hasta sus cimientos. El presidente del consejo de ministros, Stresemann, declaró abiertamente que estaba a la cabeza del último gobierno burgués de Alemania. Los fascistas dijeron: “Que, los comunistas suban al poder y después llegará nuestro turno.” El estado alemán está completamente desamparado. No se recuerda ni el hundimiento del marco ni la suerte de la economía alemana durante ese período. Las masas afluyen espontáneamente al partido comunista. La socialdemocracia, que actualmente es la principal fuerza al servicio de la antigua sociedad, está escindida, debilitada, ya no confía en sí misma. Los obreros desertan de sus filas. Y ahora, cuando se considera este período que abarca casi todo el año 1923, particularmente el segundo semestre, tras el cese de la resistencia pasiva, se dice: la historia no ha creado jamás, ni probablemente jamás creará, condiciones más favorables para la revolución del proletariado y la toma del poder. Si se les pide a nuestros jóvenes sabios marxistas que imaginen una situación más favorable para la toma del poder por el proletariado creo que no lo lograrían, con la condición, evidentemente, que operen con datos reales y no con datos fantasiosos. Pero ha faltado una cosa. El partido comunista no estaba lo bastante templado, no fue lo bastante clarividente, resuelto y combativo, como para asegurar la intervención en el momento necesario y la victoria. Y, con este ejemplo, aprendemos de nuevo a comprender el papel e importancia de una dirección justa del partido comunista, dirección que, desde el punto de vista histórico, es el último factor, pero que por la importancia que reviste está lejos de ser el último factor de la revolución proletaria.

El fracaso de la revolución alemana marcó un nuevo período en el desarrollo de Europa y, en parte, del mundo entero. Hemos caracterizado este nuevo período como el período de la llegada al poder de los elementos democrático pacifistas de la sociedad burguesa. Los fascistas han cedido el lugar a los pacifistas, a los demócratas, a los mencheviques, a los radicales y a otros partidos pequeñoburgueses. Ciertamente, si la revolución hubiese triunfado en Alemania, todo el capítulo histórico que hojeamos ahora habría tenido un contenido muy diferente. Si incluso, en Francia, el gobierno Herriot ha llegado al poder, no hubiese tenido la misma fisonomía y su existencia hubiese sido mucho más corta, aunque no respondo de su estabilidad. Lo mismo vale para Mac Donald y todo el resto de variedades del tipo democrático-pacifista.

Fascismo, democracia, kerenskismo

Para comprender el cambio que se ha producido hay que saber qué es el fascismo y qué es el reformismo pacifista, que a veces se llama kerenskismo. Ya he ofrecido una definición de esos conceptos corrientes pero la repetiré pues, sin una comprensión justa del fascismo y del neorreformismo, se tiene inevitablemente una perspectiva política falsa.

Según el país, el fascismo puede tener aspectos diversos, una composición social diferente, es decir que puede reclutarse entre grupos diferentes; pero esencialmente es el agrupamiento combativo de las fuerzas que la sociedad burguesa amenazada hace surgir para rechazar al proletariado en la guerra civil. Cuando el aparato estatal democrático-parlamentario se enreda en sus propias contradicciones internas, cuando la legalidad burguesa es una traba para la misma burguesía, esta última pone en acción a los elementos más combativos de los que dispone, los libera de los frenos de la legalidad, les obliga a actuar con todos los métodos de destrucción y terror. Esto es el fascismo. Así pues, para la burguesía el fascismo es el estado de guerra civil, que reúne a sus tropas, igual que el proletariado agrupa sus fuerzas y a sus organizaciones para la insurrección armada en el momento de la toma del poder. En consecuencia, el fascismo no puede tener una larga duración; no puede ser un estado normal de la sociedad burguesa, igual que el estado de insurrección armada no puede ser el estado constante, normal, del proletariado. O bien la insurrección, enfrentándose al fascismo, lleva a la derrota del proletariado, y entonces la burguesía restaura progresivamente su aparato estatal normal; o bien el proletariado sale vencedor, y entonces no hay lugar para el fascismo pero por otros motivos. Como sabemos gracias a nuestra experiencia, el proletariado vencedor dispone de medios eficaces para impedirle al fascismo que exista y, con más motivos, que se desarrolle. Así pues, el reemplazamiento del fascismo por el “orden” normal burguéz estaba predeterminado por el hecho que los ataques del proletariado, tanto la primera (1818-1919) como la segunda vez (1923), han sido rechazados. La burguesía resistió y recuperó la confianza hasta cierto punto. Hoy en día no está bastante directamente amenazada en Europa como para armar y poner en acción a los fascistas. Pero no se siente lo bastante sólidamente cómoda como para gobernar personalmente. He ahí por qué es necesario el menchevismo entre dos actos del drama histórico. El gobierno Mac Donald le es necesario a la burguesía en Inglaterra. El Bloque de las Izquierdas aún le es más necesario en Francia.

Sin embargo ¿se puede considerar al gobierno laborista y al Bloque de las Izquierdas como al régimen del kerenskismo? Le dimos condicionalmente esta denominación al reformismo del que esperábamos el advenimiento hace alrededor de tres años, cuando dábamos por descontado la coincidencia de la evolución parlamentaria a izquierda en Francia e Inglaterra con los cambios revolucionarios en Alemania. Esta coincidencia no se ha producido a causa de la derrota de la revolución alemana en octubre del año pasado. Hablar ahora de kerenskismo a propósito del Bloque de las Izquierdas o del gobierno Mac Donald, es demostrar falta de inteligencia de la situación.

¿Qué es el kerenskismo? Es un régimen en el que la burguesía, no confiando ya, o no confiando todavía, en vencer en la guerra civil abierta, hace las más extremas y arriesgadas concesiones y transmite el poder a los elementos más a la “izquierda” de la democracia burguesa. Es el régimen en el que el aparato de represión se le escapa de hecho de las manos a la burguesía. Está claro que el kerenskismo no podría ser un estado social durable. Debe terminarse, sea con la victoria de los kornilovianos (es decir de los fascistas en Europa), sea con la de los comunistas. El kerenskismo es el preludio directo de Octubre, aunque evidentemente Octubre no deba necesariamente surgir del kerenskismo en todos los países...

¿Se puede calificar de kerenskismo al régimen de Mac Donald o del Bloque de las Izquierdas? No. La situación en Inglaterra no es en absoluto la que había en Rusia en el verano de 1917. Las fuerzas del partido comunista inglés no permiten contemplar la próxima toma del poder. Puesto que esto es así, no existe base tampoco para el kornilovismo. Es verosímil que Mac Donald ceda el lugar a los conservadores o a los liberales. En Francia, el estado del aparato estatal y de las fuerzas del partido comunista

no permite suponer que el régimen del Bloque de las Izquierdas evolucione directa y rápidamente hacia la revolución proletaria. La concepción del kerenskismo está evidentemente, en la ocasión, fuera de lugar. Sería necesario un serio giro en los acontecimientos para que se pudiese hablar de kerenskismo.

En consecuencia, se nos plantea ahora un interrogante capital: ¿Qué es este período actual de reformismo? ¿Qué bases tiene? ¿Este régimen puede consolidarse, puede devenir un estado normal durante una serie de años, lo que implicaría evidentemente un correspondiente retraso de la revolución proletaria? Esta es la cuestión cardinal del momento presente. Como ya he dicho, no puede ser resuelta únicamente sobre el terreno subjetivo, es decir según nuestros deseos, según nuestras ganas de cambiar la situación. Y, en la ocasión, como siempre, el análisis objetivo, la apreciación de lo que es, de lo que cambia, de lo que deviene, debe ser el postulado de nuestra acción. Tratemos pues de abordar la cuestión desde ese punto de vista.

¿De qué depende la suerte del reformismo europeo?

En los principales países europeos están ahora en el poder los reformistas. El reformismo presupone determinadas concesiones por parte de las clases poseedoras a las clases no poseedoras, algunos “sacrificios” modestos del estado burgués a favor de la clase obrera. ¿Se puede pensar que en la Europa actual, incomparablemente más pobre que antes de la guerra, existe una base económica para amplias y profundas reformas sociales? Los mismos reformistas, al menos en el continente, hablan muy poco de las reformas. Si se contemplan “reformas sociales” es más bien en el campo burgués: desde él se propone suprimir la jornada de ocho horas, o al menos aplicarle correctivos que la hagan inexistente de hecho. Pero hay una cuestión práctica que tiene afinidades con las “reformas” y que es una cuestión de vida o muerte para los obreros europeos, y ante todo para los obreros de Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia e, incluso, Francia. Esta cuestión es la de la estabilización del cambio de monedas. La estabilización de la moneda fiduciaria, marco, corona o franco, entraña la de los salarios y les impide depreciarse. Esta es una cuestión capital para todo el proletariado de la Europa continental. Es indudable que los éxitos relativos, y esencialmente precarios, obtenidos en la estabilización de la moneda son una de las principales bases de la era reformista pacifista. Si se hundiese el marco en Alemania la situación revolucionaria se presentaría integralmente, y si el franco francés continúa hundiéndose, como lo hizo hace unos meses, la suerte del gobierno Herriot sería todavía más problemática que ahora.

El interrogante del neorreformismo que se nos plantea debe ser formulado, en consecuencia, así: ¿sobre qué se basa la esperanza de una consolidación, de un equilibrio económico relativo y temporal y, en particular, la esperanza de la estabilización de la moneda y de los salarios? ¿Qué permite abrigar estas esperanzas y en qué medida éstas tienen fundamentos? Este interrogante nos lleva a considerar el factor capital de la historia contemporánea de la humanidad: los *Estados Unidos*. Querer razonar sobre la suerte de Europa y del proletariado mundial sin tener en cuenta la fuerza e importancia de los Estados Unidos, es, en cierto sentido, calcular sin tener en cuenta al dueño. Pues el dueño de la humanidad capitalista es Nueva York y Washington, es el gobierno norteamericano. Lo vemos ahora, por ejemplo, en el plan de los expertos. Europa, ayer todavía tan potente, tan orgullosa de su cultura y de su pasado histórico, ahora, para salir del impasse, de las contradicciones y de las desgracias que ella misma ha atraído sobre sí, debe hacer llegar de más allá del Atlántico a un general Dawes, que puede que no sea muy inteligente, incluso puede que carezca de

inteligencia. Este hombre llega, se sienta a la mesa como árbitro soberano e incluso, como dicen algunos, pone sus pies sobre la mesa y establece un marco exacto de los modos y plazos de restauración de Europa. Después, presenta ese marco a los gobiernos europeos para que se ajusten a él. Se ajustan. Hughes, el ministro norteamericano de asuntos extranjeros, hace un viaje no oficial a Europa y durante ese tiempo Mac Donald y Herriot organizan una conferencia archioficial. Tras la conferencia, en los pasillos, está Hughes que exige y ordena. ¿Por qué? Porque tiene la fuerza. ¿En qué consiste esa fuerza? En el capital, en la riqueza, en una pujante economía formidable³. El desarrollo anterior de Europa y del mundo entero se efectuaba, en considerable medida, bajo la dirección de Inglaterra. Primero, Inglaterra supo utilizar ampliamente el carbón y el hierro y, en consecuencia, asegurarse durante mucho tiempo la dirección del mundo. En otras palabras, realizó políticamente su preponderancia económica y sacó partido en sus relaciones internacionales. Dominaba Europa oponiendo un país a otro, consintiendo o rechazando empréstitos, financiando la lucha contra la Revolución Francesa, etc. Se imponía en todo el mundo con facilidad. Pero su preponderancia en el momento de su mayor expansión no es nada en comparación con la de que dispone Estados Unidos actualmente sobre el resto del mundo, incluyendo a Inglaterra. Y esta es la cuestión capital de la historia europea y mundial. No entenderlo es ser incapaz de comprender el próximo capítulo de nuestra historia. No es casualidad que el general Dawes haya atravesado el océano, que estemos obligados a saber que se llama Dawes y que posee el título de general. Con él tiene a numerosos banqueros norteamericanos que examinan los papeles de los gobiernos europeos y declaran: no permitiremos esto, exigimos aquello. ¿Por qué ese tono autoritario? Todo el sistema de las reparaciones fracasará si Norteamérica no efectúa el primer desembolso: 800 millones de marcos oro para asegurar la moneda alemana. De Norteamérica depende la estabilización o caída del franco y, también, en menor medida, de la libra esterlina. Oro, marco, franco y libra esterlina ejercen determinado papel en la vida de los pueblos.

El imperialismo “pacifista” de Estados Unidos

Norteamérica no se ha adentrado entera y definitivamente en la vía de una política imperialista mundial activa ahora mismo. El giro en su política se remonta a los últimos años del siglo XIX. La guerra hispano-norteamericana tuvo lugar en 1898; los Estados Unidos se apoderaron entonces de Cuba y con ello se aseguraron las llaves del

³ El 22 de julio, es decir muy recientemente, Hughes pronunció ante una asamblea de ministros y juristas ingleses, un discurso que no tenía nada de oficial según él. En un tono irónico habló sobre los europeos que van a Norteamérica para instruir, aconsejar y persuadir a los yanquis, y sobre todo buscar su simpatía y ayuda. Después se puso a mostrar cómo los pueblos europeos pueden obtener el concurso y ayuda de los Estados Unidos. “El hemisferio occidental (América del Norte y América del Sur) ofrece un modelo de paz” Parece ser que los norteamericanos han sabido hacer aquello que Europa no ha logrado hacer. “Nuestras relaciones con Canadá son un modelo de paz... Sabemos, casi con tanta seguridad como que los planetas se mueven en sus órbitas, que conservaremos la paz con Canadá.” Con otras palabras, si vosotros, ingleses, decidís alguna vez hacernos la guerra, sabed muy bien que vuestra colonia de Canadá estará con nosotros contra vosotros... “Conocéis el plan Dawes...” y estáis obligados a aceptarlo pues si no satisfacéis a los accionistas norteamericanos todas vuestras conversaciones no llegarán a nada. “Mi certeza de que se llegará a superar todas las dificultades existentes se basa en el hecho que un fracaso entrañaría el caos más completo.” Dicho de otra forma: si os resistís, os abandonaremos y Europa perecerá sin nuestra ayuda. “Podéis contar...”, “debéis...”, “no debéis”, he ahí el tono de ese discurso que se ha pronunciado en una asamblea en la que participaba el heredero del trono y los ministros de Su Majestad británica y que expresa de una forma rotunda las relaciones entre Norteamérica y Europa. La prensa oficial inglesa ha rechinado de dientes, y rechinar de dientes es un débil recurso de lucha como se sabe. LT.

canal de Panamá y, en consecuencia, una salida al Océano Pacífico, hacia China, hacia el continente asiático. En 1900, las exportaciones de productos industriales superaron a sus importaciones por primera vez en la historia de los Estados Unidos. Y así Norteamérica pudo iniciar una política mundial activa.

En 1903, Norteamérica separó de Colombia la provincia de Panamá e hizo proclamar y reconocer su independencia. En las islas Hawái se trata de lo mismo y, según parece, en las de Samoa. Cuando quiere anexionarse un territorio extranjero o meter a un país bajo su tutela organiza una pequeña revolución indígena, después interviene para pacificar el país (lo que hace ahora Dawes con la Europa arruinada por la guerra, guerra llevada adelante con la ayuda de Norteamérica). En 1903 los Estados Unidos se aseguraron así el istmo de Panamá, procedieron a la construcción del canal cuya finalización en 1920 abrió, en sentido exacto de la palabra, un nuevo capítulo en la historia de América y de todo el globo terráqueo. Los Estados Unidos han corregido radicalmente la geografía en interés del imperialismo norteamericano. Como es sabido, su industria está concentrada en la parte oriental del país, hacia el Atlántico. La parte occidental es sobre todo agrícola. Los Estados Unidos se ven atraídos principalmente por China, que cuenta con una población de 400 millones y con incalculables riquezas. A través del canal de Panamá su industria se abre hacia el occidente una vía marítima que les permite una economía de numerosos millones de quilómetros. Los años 1898, 1900, 1914 y 1920 son fechas que marcan las principales etapas de la vía del imperialismo en el que se han adentrado deliberadamente los Estados Unidos. De esas etapas, la guerra mundial ha sido la más importante. Los Estados Unidos sólo entraron en ella a última hora, esperaron tres años antes de abandonar su “neutralidad”. Mucho más, dos meses antes de su intervención, Wilson declaraba que no era cuestión que Norteamérica participase en la locura sangrienta de los pueblos europeos. Durante tres años los Estados Unidos se contentaron con convertir metódicamente en dólares la sangre de los “locos” de Europa. Pero en el momento en el que la guerra amenazaba con acabar con la victoria de Alemania, su rival más peligroso, los Estados Unidos intervinieron, y eso decidió el resultado de la lucha.

Hecho a señalar: Norteamérica alimentó la guerra con un objetivo interesado para su industria; intervino con un objetivo interesado a fin de aplastar a un temible competidor; y, sin embargo, ha conservado una sólida reputación de pacifismo. Esta es una de las paradojas de la historia, paradoja que no tiene nada de divertido para nosotros. Gracias a las condiciones especiales de Norteamérica, el imperialismo norteamericano, esencialmente brutal, implacable y rapaz, tiene la posibilidad de vestirse con el manto del pacifismo (lo que no pueden hacer los aventureros imperialistas del Antiguo Mundo). Existen razones geográficas e históricas para ello. Los Estados Unidos no necesitan mantener un ejército de tierra. ¿Por qué? Porque están separados por inmensos océanos de sus rivales. Inglaterra es una isla, y esto es uno de los factores determinantes de su carácter, al mismo tiempo que una de sus principales ventajas. Los Estados Unidos también son una vasta isla en relación al grupo de antiguas partes del mundo. Inglaterra se protege con su flota. Pero si alguien logra traspasar su frente naval es fácil de conquistar pues no representa más que una estrecha franja de tierra. ¡Pero tratad de conquistar los Estados Unidos! Es una isla que tiene al mismo tiempo todas las ventajas de Rusia, la inmensidad del territorio. Incluso sin flota, los Estados Unidos serían casi invulnerables, a consecuencia de su vasta superficie. He ahí el motivo geográfico esencial que les ha permitido encasquetarse esa máscara de pacifismo. En efecto, contrariamente a Europa y otros países, Norteamérica no tenía ejército hasta el presente. Y si llega a crear uno será porque se le ha obligado. ¿Quién le ha obligado? Los bárbaros, el káiser, los imperialistas alemanes.

La segunda razón de la reputación de pacifismo de los Estados Unidos hay que buscarla en la historia. Los Estados Unidos intervinieron en la arena mundial cuando el globo terrestre entero ya estaba conquistado, repartido y oprimido. Por ello el avance imperialista de los Estados Unidos se efectúa bajo las consignas “Libertad de los mares”, “Puertas abiertas”, etc., etc. Cuando Norteamérica está obligada a cumplir abiertamente una canallada militarista también la responsabilidad de ello, a los ojos de su población y, en cierta medida, de la humanidad entera, recae únicamente sobre los ciudadanos retardatarios del resto del mundo.

Wilson ayudó a acabar con Alemania, después llegó a Europa armado con sus catorce puntos, en los que prometía la felicidad general, la paz universal, el castigo al káiser criminal, en los que proclamaba el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, el reino de la justicia, etc. Y, a lo largo de meses, los pequeños burgueses, e incluso una gran parte de los obreros europeos, creyeron en el evangelio de Wilson. Este profesor de provincias, representante del capital norteamericano, que se había ensuciado de sangre atizando la guerra europea, apareció en Europa como el apóstol del pacifismo y de la reconciliación. Y todos dijeron: Wilson traerá la paz, Wilson restaurará Europa. Pero Wilson no logró a la primera obtener aquello que ha venido ahora a realizar el general Dawes con su escolta de banqueros y, ofendido, le dio la espalda a Europa y se volvió a su casa. ¡Cuáles no fueron entonces los clamores de los demócratas-pacifistas y de los socialdemócratas contra la locura de la burguesía europea que no había querido entenderse con Wilson y no había sabido lograr la pacificación y felicidad de Europa!

Wilson fue descartado. El Partido Republicano accedió al poder. Norteamérica atravesó entonces un período de prosperidad comercial e industrial basado casi únicamente en el mercado interno, es decir en un equilibrio temporal entre la industria y la agricultura, entre el este y el oeste del país. Esta prosperidad no duró más que dos años: acabó en 1923. Pero desde la última primavera se han mostrado indicios indudables de una crisis comercial e industrial precedida, por otra parte, por una fuerte crisis agraria que ha golpeado cruelmente a las regiones agrícolas del país. Y, como siempre, esta crisis le ha dado al imperialismo un nuevo impulso vivificador. El capital financiero de los Estados Unidos ha enviado a sus representantes a Europa para acabar la obra comenzada durante la guerra imperialista y continuada por la paz de Versalles, es decir la puesta bajo tutela económica de Europa.

El plan de Estados Unidos: poner a régimen a Europa

¿Qué quiere el capital norteamericano? ¿A qué tiende? Se dice que busca la estabilidad. Quiere restablecer el mercado europeo en beneficio propio, quiere devolverle a Europa su capacidad de compra. ¿De qué forma? ¿Dentro de qué límites? En efecto, el capital norteamericano no puede querer convertir a Europa en un competidor. No puede admitir que Inglaterra y, con más razón, Alemania y Francia recuperen sus mercados mundiales porque para él mismo están encogidos, porque exporta productos y se exporta a sí mismo. Trata de adueñarse del mundo, quiere instaurar la supremacía de Norteamérica sobre nuestro planeta. ¿Qué tiene que hacer frente a Europa? Se dice que debe pacificarla. ¿Cómo? Bajo su hegemonía. ¿Qué significa eso? Que deber permitir que Europa se recupere pero dentro de límites muy determinados, concederle sectores determinados, restringidos, del mercado mundial. El capital norteamericano dirige ahora a los diplomáticos. Se prepara para dirigir también a los bancos y trust europeos, a toda la burguesía europea. A eso es a lo que tiende. A los financieros y a los industriales les asignará sectores determinados del mercado. Reglamentará su actividad. En una palabra, quiere poner a régimen a la Europa

capitalista, dicho de otro modo, quiere indicarle cuántas toneladas de litros, de kilos, de tal o tal otra materia prima tiene derecho a comprar o a vender. En las tesis para el III Congreso de la IC ya escribíamos que Europa se ha balcanizado. Esta balcanización prosigue ahora. Los estados de los Balcanes siempre han tenido un protector en la persona de la Rusia zarista o de Austria-Hungría, que les imponían los cambios en su política, sus gobiernos, o incluso sus dinastías (Serbia). Ahora Europa se encuentra en una situación análoga frente a los Estados Unidos y, en parte, frente a Gran Bretaña. A medida que se desarrollen sus antagonismos, los gobiernos europeos irán a buscar ayuda y protección a Washington y Londres; los cambios de partidos y gobiernos estarán determinados en última instancia por la voluntad del capital norteamericano que le indicará a Europa cómo debe beber y comer... El racionamiento, lo sabemos por experiencia, no siempre es agradable. Ahora bien, la ración estrictamente limitada que establecerán los norteamericanos para los pueblos de Europa también se aplicará a las clases dominantes no solamente de Alemania y Francia sino, también, finalmente, de Gran Bretaña. Inglaterra debe tener en cuenta esa eventualidad. Pero ahora se dice que Norteamérica marcha junto a Inglaterra; se ha formado un bloque anglosajón; el antagonismo esencial del mundo es el que divide a Norteamérica y Japón. Hablar así es demostrar la incompreensión de la situación. El antagonismo capital del mundo es el antagonismo anglonorteamericano. Esto es lo que mostrará cada vez más claramente el futuro.

El imperialismo norteamericano y la socialdemocracia europea

Pero antes de abordar esta cuestión importante, examinemos cuál es el papel que le reserva el capital norteamericano a los radicales y mencheviques europeos, la socialdemocracia en esta Europa que se verá sometida a régimen.

La socialdemocracia está encargada de preparar esta nueva situación, es decir de ayudar políticamente al capital norteamericano a poner a régimen a Europa. ¿Qué hace en estos momentos la socialdemocracia alemana y francesa, que hacen los socialistas de toda Europa? Se educan, y esfuerzan en educar a las masas obreras, en la religión del norteamericanismo; dicho de otra forma, hacen del norteamericanismo, del papel del capital norteamericano en Europa, una nueva religión política. Se esfuerzan en persuadir a las masas trabajadoras de que Europa no podrá mantenerse en pie sin el capital norteamericano, esencialmente pacificador, sin los empréstitos de Norteamérica. Se oponen a su burguesía, como los social-patriotas alemanes, no desde el punto de vista de la revolución proletaria, ni incluso para obtener reformas, sino para mostrar que esa burguesía es intolerable, egoísta, chovinista e incapaz de entenderse con el capital norteamericano pacificador, humanitario, democrático. Esta es la cuestión fundamental de la vida política de Europa, y particularmente de Alemania. En otras palabras, la socialdemocracia europea deviene actualmente la agencia política del capital norteamericano. ¿Este es un hecho inesperado? No, pues la socialdemocracia, que era la agencia de la burguesía, en su degeneración política fatalmente tenía que convertirse en la agencia de la burguesía más fuerte, la más potente, de la burguesía de todas las burguesías, es decir de la burguesía norteamericana. Como el capital norteamericano asume la tarea de unificar, de pacificar Europa, de enseñarle a resolver las cuestiones de las reparaciones y otras, y maneja los hilos de la bolsa, la dependencia de la socialdemocracia respecto a la burguesía alemana en Alemania, de la burguesía francesa en Francia, deviene cada vez más una dependencia frente al dueño de esas burguesías. El capital norteamericano es ahora el patrón de Europa. Y es natural que la socialdemocracia caiga políticamente bajo la dependencia del patrón de sus patrones.

Este es el hecho esencial para entender la situación actual de la política de la II Internacional. No darse cuenta de ello es no poder entender los acontecimientos de hoy en día ni los de mañana, es no ver más que la superficie de las cosas y quedar satisfecho con frases generales.

La socialdemocracia prepara el terreno al capital norteamericano, se convierte en su mensajero, habla de su papel salvador, le abre la vía, lo acompaña en sus deseos, lo glorifica. Este no es un trabajo de poca importancia. Antes, el imperialismo se abría vía mediante misioneros, a los que los salvajes normalmente fusilaban, a veces incluso devoraban. Para vengar sus muertes, se enviaban entonces tropas, después mercancías y administradores. Para colonizar Europa, para convertirla en su dominio, el capital norteamericano no necesita enviar misioneros. Ya tiene en el lugar a un partido cuya tarea es predicar a los pueblos el evangelio de Wilson, el evangelio de Coolidge, las Santas Escrituras de las bolsas de Nueva York y Chicago. En eso consiste la misión actual del menchevismo europeo. Pero, ¡favor con favor se paga! Los mencheviques sacan de su abnegación numerosas ventajas. Así, muy recientemente, durante los períodos de guerra civil aguda, la socialdemocracia alemana ha debido asumir la defensa del ejército de su burguesía, de esa misma burguesía que marchaba mano a mano junto a los fascistas. Noske, en efecto, es una figura simbólica de la política de posguerra de la socialdemocracia alemana. Hoy en día, esta última tiene un papel muy diferente: puede permitirse el lujo de hacer oposición. Critica a su burguesía y, con ello, pone cierta distancia entre ella y los partidos del capital. ¿Cómo la critica? Tú eres egoísta, interesada, estúpida, malvada, le dice; pero más allá del Atlántico hay una burguesía rica y pujante, humanitaria, reformista, pacifista, que de nuevo viene a nosotros, que quiere darnos 800 millones de marcos para restaurar nuestra moneda y tú te levantas sobre tus espaldas, osas resistirte contra ella cuando tú has hundido a nuestra patria en la miseria. Te desenmascaramos implacablemente ante las masas populares alemanas. Y eso lo dice en un tono casi revolucionario, defendiendo a la burguesía norteamericana.

En Francia pasa lo mismo. Evidentemente, como allí la situación política es más favorable y el franco todavía no se ha depreciado, la socialdemocracia ejerce su papel a la sordina, pero en realidad hace exactamente lo mismo que la socialdemocracia alemana. El partido de Léon Blum, Renaudel, Jean Longuet, carga completamente con la responsabilidad de la paz de Versalles, de la ocupación del Ruhr. En efecto, es incontestable que el gobierno Herriot, apoyado por los socialistas, está a favor del mantenimiento de la ocupación del Ruhr. Pero en el presente los socialistas franceses tienen la posibilidad de decirle a su aliado Herriot: “Los norteamericanos exigen que evacue usted el Ruhr bajo determinadas condiciones; hágalo; ahora también lo exigimos nosotros.” No lo exigen para manifestar su voluntad y la fuerza del proletariado francés sino para subordinar la burguesía francesa a la burguesía norteamericana. No olvidéis por otra parte que la burguesía francesa debe 3.700 millones de dólares a la burguesía norteamericana. Esta es una suma importante. Norteamérica cuando quiera podrá hundir al franco. Cierto que no lo hará; ha venido a Europa a instaurar el orden y no a acumular ruinas. No lo hará; pero podría hacerlo si quisiese. Todo depende de ella. Por ello, ante esta enorme deuda, los argumentos de Renaudel, Blum y consortes, le parecen tan convincentes a la burguesía francesa.

Al mismo tiempo la socialdemocracia, en Alemania, Francia y otros lugares, obtiene la posibilidad de oponerse a su burguesía, de llevar adelante una política de “oposición” sobre cuestiones concretas y, con ello, ganarse la confianza de determinada parte de la clase obrera.

Mucho más, los partidos mencheviques de los diferentes países de Europa tienen ahora ciertas posibilidades de “acciones” comunes. Ya ahora la socialdemocracia europea representa una organización bastante unida. Este es, en cierta medida, un hecho nuevo. En efecto, desde hace diez años, desde el principio de la guerra imperialista, no había podido intervenir en bloque. Ahora puede hacerlo y los mencheviques intervienen para apoyar a coro a Norteamérica, a su programa, sus reivindicaciones, su pacifismo, su gran misión. También la II Internacional, ese semicadáver, se galvaniza un poco. Igual que la internacional de Ámsterdam, se recupera. Ciertamente que ya no será lo que era antes de la guerra. Ya no volverá a tener la fuerza de otros tiempos; es imposible resucitar el pasado y tachar de la historia a la Internacional Comunista, que ha sido un golpe terrible para la II Internacional. Sin embargo, esta última se esfuerza en recuperar fuerzas, en volver a ponerse en pie, en andar con las muletas norteamericanas. Durante la guerra imperialista, las socialdemocracias alemana y francesa estaban abiertamente ligadas a sus burguesías respectivas. ¿Podía existir una internacional cuando los diferentes partidos se combatían, se acusaban, se vilipendiaban unos a otros? No existía ninguna posibilidad de vestirse con la máscara del internacionalismo. En el momento de la conclusión de la paz, pasaba lo mismo. Versalles sólo fue la fijación de los resultados de la guerra imperialista en los documentos diplomáticos. ¿Había allí lugar para la solidaridad? Ciertamente no. En el período de ocupación del Ruhr pasaba lo mismo. Pero ahora el capital norteamericano llega a Europa y declara: pueblos, he aquí un plan de reparaciones; señores mencheviques, he aquí un programa. Y ese programa lo acepta la socialdemocracia como base para su actividad. Ese nuevo programa unifica a la socialdemocracia francesa, alemana, inglesa, holandesa y suiza. En efecto, cada pequeño burgués suizo confía en que su patria pueda vender más relojes cuando los norteamericanos hayan restablecido el orden y la paz en Europa. Y toda la pequeña burguesía, que se expresa a través de la socialdemocracia, vuelve a encontrar su unidad espiritual en el programa del norteamericanismo. Con otras palabras, la II Internacional tiene ahora un programa de unificación: el que le ha traído de Washington el general Dawes.

De nuevo la misma paradoja: cuando el capitalismo norteamericano interviene para una obra de rapiña tiene absolutamente la posibilidad de hacerlo haciéndose pasar por un reorganizador, por un pacificador, por un realizador de las aspiraciones humanitarias, creando al mismo tiempo una plataforma para la socialdemocracia incomparablemente más ventajosa que la plataforma nacional que adoptaba ayer mismo esta última. La burguesía nacional está ahí, todo el mundo puede verlo, mientras que el capital norteamericano está alejado, es difícil conocer sus negocios, que no siempre son los más apropiados; pero en Europa interviene en calidad de pacificador: su colosal potencia, sin precedentes en la historia, sobre todo su riqueza, se le imponen a los pequeños burgueses, a los socialdemócratas. Quiero decir de pasada que, durante este último año me he visto obligado, por mis funciones, a mantener entrevistas con algunos senadores norteamericanos de los partidos republicano y demócrata. Exteriormente son provincianos. No estoy seguro de que conozcan la geografía de Europa, creo más bien que no, pero cuando hablan de política se expresan así: “Le he dicho a Poincaré”, “Le he señalado a Curzon”, “le he explicado a Mussolini”. En Europa se sienten como en un país conquistado. Un fabricante enriquecido de leche condensada, de conservas o de otros productos, habla en un tono protector de los políticos burgueses más influyentes de Europa. Prevé que muy pronto será el amo, ya se siente el amo. Y por eso los cálculos de la burguesía inglesa, que confía en conservar su papel dirigente, se verán frustrados.

Estados Unidos y Gran Bretaña

El antagonismo mundial más importante es el que existe entre los intereses de los Estados Unidos y los de Inglaterra. ¿Por qué? Porque Inglaterra todavía es el país más rico y más potente tras los Estados Unidos. Es el principal rival de Norteamérica, el principal obstáculo en su vía. Si se llega a socavar la potencia de Inglaterra, a contenerla o, incluso, a derribarla, ¿qué quedará?⁴ Ciertamente, Estados Unidos vencerá a Japón. Tiene todos los triunfos en su mano: el dinero, el hierro, el carbón, la gasolina; tienen ventaja políticamente en sus relaciones con China, a la quieren “liberar” de Japón. Norteamérica siempre libera a alguien: en cierta forma es su profesión. Así pues, el principal antagonismo es el que divide a Estados Unidos e Inglaterra. Se agrava de día en día. La burguesía inglesa no se encuentra muy a gusto tras el Tratado de Versalles. Sabe lo que vale la moneda contante y sonante, y no puede dejar de ver que el dólar gana a la libra esterlina. Sabe que esta superioridad se traducirá infaliblemente en la política. Ella misma ha explotado a fondo la potencia de la libra esterlina en su política internacional, y ahora siente que se abre la era del dólar. Busca la forma de consolarse, de acunarse con ilusiones. Así, los diarios ingleses más serios dicen: sí, los norteamericanos son muy ricos, pero a fin de cuentas no son más que unos provincianos. No conocen las vías de la política mundial. Nosotros, ingleses, tenemos incomparablemente más experiencias. Los yanquis necesitan nuestros consejos, nuestra dirección, y nosotros, los ingleses, guiaremos por las vías de la política mundial a estos parientes de provincias recientemente enriquecidos (lo que no nos impedirá conservar nuestra situación dominante y, para colmo, recoger una buena comisión). Ciertamente, en esto hay una parte de verdad. Como ya he dicho, no es seguro que los senadores norteamericanos conozcan la geografía de Europa; ahora bien, para hacer grandes negocios en nuestro continente es necesario conocer la geografía. Pero ¿tan difícil le es a una clase poseedora adquirir conocimientos? Cuando la burguesía se enriquece rápidamente no le resulta nada difícil instruirse en las ciencias y las artes. Los hijos de nuestros Morozov y Mamontov se parecían casi a los lores herederos. Es a la clase oprimida, al proletariado, a quien le es difícil desarrollarse, asimilar todos los elementos de la cultura. Pero para una clase poseedora esto es cómodo, sobre todo cuando es tan opulenta como la burguesía norteamericana. Esta última encontrará, formará o comprará a especialistas en todas las ramas. El norteamericano sólo acaba de empezar a darse cuenta de su importancia mundial; en él también la “conciencia” marcha retrasada respecto a la “realidad”. Hay que considerar la cuestión no tal como se presenta ante nuestros ojos en este momento sino en su perspectiva. Por otra parte, el norteamericano no tardará en comprender enteramente su fuerza y, por tanto, su papel.

La potencia económica de Estados Unidos no se ha hecho sentir enteramente todavía, pero se hará sentir en todos los aspectos. Todo aquello de lo que dispone ahora

⁴ En el manifiesto que el V Congreso me ha encargado escribir con ocasión del 10º aniversario de la guerra he expresado este pensamiento de la forma siguiente:

“Lentamente, pero con seguridad, el antagonismo mundial más potente busca la línea en la que los intereses del imperio británico tropiezan con los de Estados Unidos. Estos dos últimos años podía parecer que se había producido un acuerdo estable entre estos dos colosales. Pero esta apariencia de estabilidad sólo durará mientras prosiga la progresión económica de Norteamérica, basada principalmente en el mercado interno. Este período de progresión toca manifiestamente a su fin. La crisis agraria, que tiene su base en la ruina de Europa, ha sido la precursora de la crisis comercial e industrial que se aproxima. Las fuerzas productivas de Norteamérica tienen que buscar una salida cada vez más vasta en el mercado mundial. El comercio exterior de Estados Unidos no puede desarrollarse más que en detrimento del de Gran Bretaña; su flota comercial y militar sólo puede desarrollarse a expensas de la flota británica. El período de los acuerdos anglonorteamericanos dará paso a una lucha sin cuartel, creciente, que, a su vez, comportará un peligro de guerra más grande que nunca”. LT.

Europa capitalista en la política mundial representa los restos de su potencia económica de ayer, de su antigua influencia mundial, que ya no se corresponde con las condiciones materiales de hoy en día. Es cierto que Norteamérica todavía no ha aprendido a aprovechar su potencia. Pero aprende rápidamente en detrimento de Europa. Durante cierto tiempo aún necesitará a Inglaterra para que la guíe por las vías de la política mundial. Pero no le hará falta mucho tiempo para igualarla y superarla en ese dominio. Una clase poseedora que asciende cambia rápidamente en su carácter, fisonomía y métodos de acción. Fijaos por ejemplo en la burguesía alemana. ¿Tanto tiempo hace que los alemanes estaban considerados como tímidos soñadores de ojos azules, como un pueblo de poetas de pensadores? Sin embargo, algunas décadas de desarrollo capitalista han sido suficientes para hacer de la burguesía alemana la clase imperialista más acorazada, más brutal y agresiva. Ciertamente que el castigo no se ha hecho esperar mucho. Y, de nuevo, el carácter del burgués alemán ha cambiado. Assimila rápidamente en la arena europea todas las costumbres y procedimientos de un perro abatido. La burguesía inglesa es más seria. Su carácter se ha formado en el curso de varios siglos. Su sentimiento de clase está profundamente anclado en ella y le será más difícil perder su mentalidad de dueña del universo. Pero los norteamericanos lo serán cuando quieran, y lo querrán muy pronto.

La burguesía inglesa se consuela vanamente pensando que dirigirá a la Norteamérica inexperta. Ciertamente que habrá un período de transición pero lo importante no es la experiencia diplomática, lo importante es la fuerza real, es el capital, es la industria. Ahora bien, Estados Unidos ocupa económicamente el primer lugar en el mundo. Su producción de objetos de primera necesidad varía de un tercio a dos tercios de la producción de la humanidad. Producen las dos terceras partes (1923 incluso el 72%) de la gasolina, que ahora ejerce un papel militar e industrial excepcional. Ciertamente que se quejan de que sus recursos de gasolina se agotan. Los primeros tiempos de posguerra yo creía que esas quejas sólo eran una forma de preparar a la opinión para un control del petróleo de los otros países. Sin embargo, los geólogos confirman que si Norteamérica continúa consumiendo gasolina en las proporciones actuales, sólo le queda para 25 o 40 años. Pero cuando expire ese plazo, gracias a su industria y a su flota, ya habrá tenido tiempo de quitarles a los otros países toda su gasolina de forma que no tiene por qué inquietarse al respecto.

La situación mundial de Estados Unidos se expresa en cifras indiscutibles. Así, la producción de trigo de Norteamérica representa la cuarta parte de la producción mundial, la de avena la tercera, la del maíz las tres cuartas partes. Estados Unidos produce la mitad del carbón mundial, la mitad del mineral de hierro, el 60% del acero, el 60% del cobre y el 47% del cinc. Su red ferroviaria representa el 37% de la red mundial. Su flota mercante, que casi no existía antes de la guerra, representa ahora más del 25% del tonelaje mundial. Por fin, Estados Unidos posee el 84% de los automóviles del mundo entero. Si ocupan el lugar relativamente modesto (14%) en la extracción de oro no hay que olvidar que, gracias a su balanza comercial activa, han concentrado el 44,2% del oro existente en el mundo. Su renta nacional es dos veces y media más considerable que la de Inglaterra, Francia, Alemania y Japón juntos. Esas cifras lo deciden todo. Le abrirán vía a Norteamérica por tierra, mar y aire.

¿Qué presagian para Gran Bretaña? Nada bueno. Significan que Inglaterra no evitará la suerte del resto de países capitalistas, que tendrá que aceptar el régimen. Pero cuando tenga que resignarse abiertamente no llamará en ayuda a Curzon, pues es demasiado intransigente, sino a Mac Donald. Los políticos burgueses ingleses jamás querrán aceptar esta humillación de su país. Se necesitará la piadosa elocuencia de Mac Donald, de Henderson, de los fabianos, para presionar a la burguesía inglesa y persuadir

a los obreros ingleses: dirán “¿Vamos a guerrear contra Norteamérica? No, nosotros estamos a favor de la paz, estamos a favor de un acuerdo.” Ahora bien, ¿cuál será el acuerdo con el tío Sam? Las cifras citadas anteriormente lo muestran elocuentemente. “Acepta el régimen, he ahí el único acuerdo posible. Y si no lo quieres, prepárate para la guerra.”

Hasta el presente, Inglaterra ha retrocedido paso a paso ante Norteamérica. Así, muy recientemente, el presidente Harding invitó a Francia, Japón e Inglaterra a ir a Washington, y le propuso tranquilamente a esta última limitar el desarrollo de su flota. Como es sabido, antes de la guerra Inglaterra se adscribía al principio según el cual su flota de guerra tenía que ser superior a las flotas reunidas de las dos potencias navales más fuertes tras ella. Estados Unidos ha acabado con este estado de cosas. En Washington, Harding comenzó su discurso, a su conveniencia, diciendo que “la conciencia de la civilización se ha despertado” y terminó declarando que la proporción de nuestras fuerzas navales será la siguiente: Inglaterra, 5; Estados Unidos, 5 (mientras tanto); Francia, 3; Japón, 3, ¿Por qué esta correlación? Antes de la guerra, la flota norteamericana era mucho más débil que la flota inglesa. Durante la guerra ha aumentado considerablemente. Cuando los ingleses hablan del peligro que representa la flota de los norteamericanos estos últimos responden: ¿Para qué hemos construido esa flota? ¿no lo hicimos para defender las Islas Británicas de los submarinos alemanes?” he ahí para qué, supuestamente, se construyó esa flota. Pero puede servir también para otros objetivos.

¿Por qué Estados Unidos ha recurrido al programa de limitación de armamentos de Washington? No porque no puedan construir bastante rápidamente navíos de guerra, grandes naves de línea. En el dominio de la construcción, nadie puede soñar en igualarles. Pero es imposible crear, instruir y formar rápidamente a los cuadros necesarios de marineros; para ello hace falta tiempo, y este es el motivo de la tregua de diez años que se han concedido los norteamericanos en Washington. Cuando defienden el programa de limitación de los armamentos navales, las revistas norteamericanas escriben en resumidas cuentas: “Si no queréis poneros de acuerdo con nosotros haremos navíos de guerra como se hacen pequeños panes”. En cuanto a la respuesta de la revista marítima inglesa oficial ha sido aproximadamente esta: “Estamos dispuestos a un acuerdo pacífico, ¿para qué amenazarlos?” Esta respuesta refleja la nueva mentalidad de los dirigentes ingleses. Se acostumbra a la idea que es necesario someterse a Norteamérica y que lo máximo que se le puede reclamar a ésta es que sea cortés. Todo esto es también lo que puede esperar de Norteamérica la burguesía europea el día de mañana.

Inglaterra, en su rivalidad con Estados Unidos, no puede hacer otra cosa más que retroceder. Con esos retrocesos sucesivos, el capital inglés compra una participación en los negocios del capital norteamericano, y así se tiene la impresión de un bloque capitalista anglosajón. Se salva la fachada, y no sin provecho pues Inglaterra recoge beneficios importantes, pero debe replegarse ante Norteamérica, debe cederle el sitio. Norteamérica refuerza sus posiciones mundiales, Inglaterra se debilita. Muy recientemente ha renunciado a fortificar Singapur. Ahora bien, Singapur es la llave del Océano Índico y del Pacífico, una de las más importantes bases de la política inglesa en el Extremo Oriente. Pero Inglaterra puede mantener su política en el Pacífico, ya con Japón contra Norteamérica, ya con Norteamérica contra Japón. Se habían asignado sumas formidables para las fortificaciones de Singapur. Colocado en la alternativa de marchar junto a Norteamérica contra Japón o junto a Japón contra Norteamérica, Mac Donald ha renunciado a fortificar Singapur. Ciertamente que el imperialismo inglés no ha dicho todavía la última palabra y puede que Inglaterra vuelva a considerar su

consentimiento, pero para Inglaterra se trata de su renuncia a una política independiente en el Pacífico. Ahora bien, ¿quién le ha ordenado que rompa con Japón? Norteamérica. Esta última le ha dirigido un ultimátum formal e Inglaterra se ha inclinado, ha denunciado su alianza con Japón.

En estos momentos Inglaterra cede, se bate en retirada. Pero ¿esto quiere decir que siempre deba ser así y que esté excluida la guerra? En absoluto. Las concesiones actuales de Inglaterra no harán más que aumentar sus apuros. Bajo el manto de la colaboración se acumulan antagonismos formidables. La guerra estallará fatalmente pues Inglaterra no consentirá jamás verse relegada al segundo puesto y que su imperio se reduzca. En determinado momento se verá forzada a movilizar todas sus fuerzas para resistirse a su rival. Pero en la lucha abierta todas las posibilidades, hasta donde se puede juzgar, están de lado de Norteamérica.

Inglaterra es una isla y Norteamérica también es una isla en su género, pero más vasta. En su existencia diaria, Inglaterra depende completamente de los países de ultramar. Sin embargo en Norteamérica existe todo lo necesario para la existencia y la guerra. Inglaterra tiene colonias en todos los puntos del globo, y Norteamérica se pondrá a “liberarlas”. Desde el mismo momento en que entre en guerra con Inglaterra llamará a los centenares de millones de hindús y los invitará a levantarse para defender sus derechos nacionales intangibles. Actuará igualmente en Egipto, Irlanda, etc. Igualmente que para ahogar a Europa se ha vestido ahora con el manto del pacifismo, intervendría durante su guerra con Inglaterra como la gran liberadora de los pueblos coloniales.

La historia favorece al capital norteamericano: para cada atraco a mano armada le sale una consigna de emancipación. En Europa, Estados Unidos pedía la aplicación de la política de “puertas abiertas”. Japón quiere desmembrar China y meter mano en algunas de sus provincias porque no tiene ni hierro, ni carbón, ni gasolina, y China posee de todo eso. No puede vivir, ni hacer la guerra, sin carbón, sin hierro ni gasolina, lo que le deja en condiciones considerablemente inferiores en su lucha contra Estados Unidos. Por ello trata de apoderarse por la fuerza de las riquezas de China. ¿Y qué hace Estados Unidos? Dice: “¡Puertas abiertas en China!” ¿Qué dice Norteamérica sobre los océanos?” “¡Libertad de mares!”. Esta es una consigna que suena bien. ¿Qué significa en realidad? “¡Flota inglesa, apártate un poco y déjame pasar!” El régimen de puertas abiertas en China quiere decir: “japonés, apártate, déjame vía libre”. Se trata en resumidas cuentas de conquistas económicas, de pillajes. Pero gracias a las condiciones especiales en las que se encuentra Estados Unidos su política reviste una apariencia de pacifismo, a veces incluso de factor de emancipación.

Inglaterra tiene también, evidentemente, inmensas ventajas. En primer lugar posee puntos de apoyo, bases navales y militares en todo el mundo, que Norteamérica no tiene. Pero todo ello se puede crear o coger por la fuerza, poco a poco; además, los puntos de apoyo de Inglaterra están ligados a su dominación colonial y, en consecuencia, son vulnerables. Norteamérica, como es más fuerte, encontrará aliados y auxiliares en el mundo entero y, al mismo tiempo, las bases necesarias. Si ahora se vincula con Canadá y Australia gracias a la consigna de la defensa de la raza blanca contra la raza amarilla, y en el fondo gracias a su derecho a la preponderancia militar y naval, en el estadio siguiente de su evolución, puede que muy próximo, declarará que los hombres de color amarillo también fueron creados a imagen y semejanza de Dios y que, en consecuencia, tienen el derecho a cambiar la dominación de Inglaterra por la de Norteamérica. En una guerra con Inglaterra, Estados Unidos tendría una terrible ventaja pues, desde el primer día, podrían llamar a los hindús, egipcios y otros pueblos coloniales, a la insurrección, armarlos y sostenerlos. Inglaterra se verá obligada a

reflexionar sobre ello dos veces antes de decidirse a la guerra. Pero si no quiere arriesgarse a la guerra se verá obligada a replegarse paso a paso bajo la presión del capital norteamericano. Para hacer la guerra se necesita a los Lloyd George y Churchill; para retroceder sin combate se necesita a los Mac Donald.

Lo que acabamos de decir sobre las relaciones de Estados Unidos e Inglaterra se aplica a las relaciones de Estados Unidos con Japón, con Francia y el resto de estados europeos secundarios. ¿De qué se trata actualmente en Europa? De Alsacia-Lorena, del Ruhr, de la cuenca del Sarre, de Silesia, es decir de algunos miserables fragmentos, de algunas franjas de territorio. Durante este tiempo Norteamérica edifica su plan y se prepara para poner a todo el mundo a régimen. Contrariamente a Inglaterra, no se propone poner en pie un ejército, una administración para sus colonias, incluyendo a Europa; no, les “permitirá” a estas últimas que mantengan el orden reformista, pacifista, anodino, con ayuda de la socialdemocracia, de los radicales y del resto de partidos pequeñoburgueses, y les demostrará que deben agradecerle que no haya atentado contra su “independencia”. He ahí el plan del capital norteamericano, he ahí el programa sobre que se reconstruye la II Internacional.

Las perspectivas de guerra y revolución

Este programa norteamericano de puesta bajo tutela del mundo entero no es en absoluto un programa pacifista; por el contrario, está preñado de guerras y conmociones revolucionarias. Norteamérica no sigue desarrollando su flota sin motivos. Construye activamente cruceros ligeros y rápidos, submarinos y navíos auxiliares. Y cuando Inglaterra se atreve a protestar en voz baja, le responde: “recordad que no solamente tengo que tener en cuenta a Japón; sin embargo Japón posee una enorme cantidad de cruceros ligeros, y me hace falta restablecer la proporción que, como sabéis, es de 5 a 3”. Y es imposible responder a eso pues Estados Unidos, según su propia expresión, hace navíos de guerra como pequeños panes. He ahí la perspectiva de la próxima guerra mundial, de la que el Océano Atlántico y el Océano Pacífico serán la arena, suponiendo que la burguesía puede continuar gobernando el mundo durante un período todavía bastante largo. Es bastante inverosímil que la burguesía de todos los países consienta verse relegada a segundo plano, a convertirse en vasalla de Norteamérica sin intentar al menos resistirse. En efecto, Inglaterra tiene un apetito formidable, un furioso deseo de mantener su dominación en el mundo. Los conflictos militares son inevitables. La era del norteamericanismo pacifista que parece abrirse en estos momentos sólo es una preparación para nuevas guerras monstruosas.

Al interrogante de las posibilidades del reformismo europeo actual, interrogante que es el punto principal de mi exposición, tenemos que responder: estas posibilidades son, hasta cierto momento, directamente proporcionales a las del “pacifismo” imperialista norteamericano. Si la transformación de Europa en dominio norteamericano triunfa, es decir no tropieza durante los próximos años con la resistencia de los pueblos, si no aborta a consecuencia de la guerra o la revolución, la socialdemocracia europea, sombra del capital norteamericano, conservará hasta cierto tiempo su influencia, y Europa se mantendrá en un equilibrio inestable, construido de restos de su antigua potencia y por elementos de su nueva vida organizada siguiendo el régimen fijado por Norteamérica. Todo ello estará recubierto por una amalgama ideológica de axiomas de la socialdemocracia europea y de principios “pacifistas” de los cuáqueros norteamericanos. Así pues, no hay que preguntarse cuáles son las fuerzas de la socialdemocracia europea sino cuáles son las posibilidades del capital norteamericano de mantener el nuevo régimen en Europa financiando parsimoniosamente a esta última.

Es imposible hacer sobre la cuestión predicciones exactas y, con mucha más razón, fijar plazos. Nos es suficiente con entender el nuevo mecanismo de las relaciones mundiales, con darnos cuenta de los factores esenciales que determinarán la situación en Europa, para poder seguir el desarrollo de los acontecimientos, para aprovechar los zigzags políticos de la socialdemocracia europea y, con ello, reforzar las posibilidades de la revolución proletaria.

Los antagonismos que prepararon la guerra imperialista y la desencadenaron sobre Europa hace ahora diez años, mantenidos por la paz de Versalles e intensificados por la lucha de clases en Europa, subsisten incontestablemente. Y Estados Unidos chocará con esos antagonismos en toda su agudeza. Racionar a un país hambriento es cosa difícil, lo sabemos por experiencia; es cierto que lo hicimos bajo otras condiciones, basándonos en otros principios, sometiéndonos a la necesidad de luchar para salvar a la revolución. Pero hemos podido constatar que el régimen de raciones de hambre estaba ligado a perturbaciones crecientes, que al fin de cuentas llevaron a la insurrección de Cronstadt. Ahora, empujada por la lógica del imperialismo rapaz, Norteamérica lleva a cabo una gigantesca experiencia de racionamiento en diversos países. Ese plan chocará en su realización con las luchas de clase y con luchas nacionales encarnizadas. Cuanto más se transforme la potencia del capital norteamericano en potencia política, y más se desarrolle internacionalmente el capital norteamericano, los banqueros norteamericanos mandarán más sobre los gobiernos de Europa, y más fuerte, centralizada y decisiva será la resistencia de las masas proletarias, pequeñoburguesas y campesinas de Europa, pues hacer de Europa una colonia no es tan simple como creen ustedes señores norteamericanos. (*Aplausos*)

Asistimos al principio de ese proceso. Ahora, por primera vez, tras una serie de años, el proletariado alemán hambriento acaba de sentir un débil alivio para sus males. Cuando el obrero está completamente agotado, cuando ha sufrido durante mucho tiempo el hambre, es sensible al más ligero alivio. Este alivio es, en estos momentos, la estabilización del marco, la estabilización de los salarios, que ha llevado a cierta estabilización política de la socialdemocracia alemana. Pero esa estabilización sólo es temporal. Norteamérica no se dispone en absoluto a aumentar la ración alemana y, en particular, la parte que debe tocarle al obrero alemán. Al obrero francés le pasará lo mismo más tarde, y también el obrero inglés. Pues ¿qué necesita Norteamérica? En perjuicio de las masas trabajadoras de Europa y el mundo entero, necesita asegurar sus beneficios, y con ello, consolidar la situación privilegiada de la aristocracia obrera norteamericana. Sin ésta última, el capital norteamericano no puede mantenerse; sin Gompers y sus trade-unions, sin obreros calificados bien pagados, el régimen político del capital norteamericano se hundirá. Sin embargo, no se puede mantener a la aristocracia obrera norteamericana en una situación privilegiada más que reduciendo a la “plebe”, al “populacho” proletario de Europa, a un régimen estricta y parsimoniosamente medido.

Pero cada vez le será más difícil a la socialdemocracia europea predicar ante las masas obreras el evangelio del norteamericanismo. La resistencia de los obreros europeos al dueño de dueños, al capital norteamericano, devendrá centralizada de más en más. La importancia directa, práctica y combativa de la consigna de la revolución europea y de su forma estatal “Estados Unidos de Europa” se hará cada vez más evidente para los obreros europeos.

¿Cómo intoxica la socialdemocracia la conciencia de los obreros europeos? Somos una europea fragmentada, despiezada por la paz de Versalles, les dice; no podemos vivir sin Norteamérica. Pero el partido comunista europeo dirá: mentís; si queremos, podremos. ¿Quién nos obliga a ser una Europa fragmentada? Podemos llegar

a ser una Europa unificada. El proletariado revolucionario puede unificar Europa, transformarla en Estado Unidos proletarios de Europa. Norteamérica es potente. Contra Gran Bretaña, que se apoya en sus colonias en el mundo entero, Norteamérica es todopoderosa. Pero contra una Europa proletaria-campesina unificada, fundida en una sola Unión Soviética con Rusia, Norteamérica será impotente.

Esto es lo que siente el capital norteamericano. No hay enemigo más encarnizado del bolchevismo que él. La política de Hughes no es fantasía, capricho, es la expresión de la voluntad del capital norteamericano que ahora entra en la época de la lucha abierta por la supremacía mundial. Ya choca con nosotros porque las vías que llevan a China y Siberia pasan por el océano Pacífico. El imperialismo norteamericano acaricia el sueño de colonizar Siberia.

Pero ahí hay defensa. Tenemos el monopolio del comercio exterior. Tenemos las bases socialistas de la política económica. Este es el primer obstáculo para el capital norteamericano. Y cuando éste penetra en China, gracias a la política de puertas abiertas, allí no encuentra entre las masas populares la religión del norteamericanismo sino el programa político del bolchevismo traducido al chino. En boca de los coolies y campesinos chinos no están los nombres de Wilson, Harding, Coolidge, Morgan y Rockefeller. En China y en todo el Oriente, lo que se pronuncia con entusiasmo es el nombre de Lenin. Los Estados Unidos pueden socavar la potencia de Inglaterra solamente con las consignas de liberación de los pueblos. Para ellos esas consignas sólo sirven para velar una política de conquista. Pero en Oriente, junto al cónsul, al comerciante, al profesor y al periodista norteamericano, están los luchadores, revolucionarios que han sabido traducir a su lengua el programa emancipador del bolchevismo. En todas partes, tanto en Europa como en Asia, el norteamericanismo choca con el bolchevismo revolucionario. Bolchevismo y norteamericanismo imperialista son los dos factores de la historia contemporánea.

En 1919, en el momento de la llegada de Wilson a Europa, cuando toda la prensa burguesa hablaba de Wilson y Lenin, bromeando con este último le dije: “Lenin y Wilson, he ahí dos principios apocalípticos de la historia contemporánea”. Vladimir Illich se puso a reír. Ni yo mismo preveía entonces hasta qué punto se vería justificada por la historia esa broma. El leninismo y el imperialismo norteamericano son los dos únicos principios que luchan ahora en Europa y la suerte de la humanidad depende del resultado de esa lucha.

Nuestro enemigo norteamericano está mucho más unido y es mucho más potente que nuestros enemigos dispersos de Europa, pero concentra a los obreros europeos. Ahora bien, precisamente en la concentración es donde radica nuestra fuerza. La reconstrucción de la II Internacional sólo es el indicativo del hecho que el proletariado europeo está obligado a agruparse en una más vasta escala y a luchar no en el marco nacional sino en el marco continental. Y a medida que las masas obreras sientan la necesidad de la resistencia y ampliación de la base de esa resistencia las ideas revolucionarias tomarán la delantera. Y cuanto más revolucionarias sean las ideas que invadan a las masas, más favorable será el terreno para el bolchevismo. Cada éxito del norteamericanismo contribuirá a centralizar y extender a la vez la lucha a favor del bolchevismo. El futuro es nuestro.

Puesto que hablo en una asamblea convocada por la Sociedad de Amigos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, permitidme decir que mi crítica marxista revolucionaria del norteamericanismo no significa que condenemos a este último en bloque, que renunciemos a aprender de los norteamericanos aquello que podamos y debamos asimilar de sus buenos aspectos. Nos faltan su técnica y sus procedimientos de trabajo. El postulado de la técnica es la ciencia: ciencias naturales, físicas, matemáticas,

etc. Ahora bien, nos es preciso acercarnos lo más posible a los norteamericanos en ese punto. Necesitamos acorazar al bolchevismo con lo norteamericano. Hasta el presente hemos podido resistir. Sin embargo, la lucha puede revestir proporciones más amenazantes. Para nosotros es más fácil acorazarnos con lo norteamericano que para el capital norteamericano poner a Europa y al mundo entero a régimen. Si nos acorazamos con la física, con las matemáticas y la técnica, si norteamericanizamos nuestra industria socialista todavía débil, podremos decir, con una certeza decuplicada, que el futuro está completa y definitivamente con nosotros. El bolchevismo norteamericanizado vencerá, aplastará al norteamericanismo imperialista. (*Aplausos*)

Europa y Norteamérica⁵

Los dos polos del movimiento obrero. El tipo acabado del reformismo

Hay en el movimiento obrero mundial contemporáneo dos polos que determinan, con una claridad sin precedente, dos tendencias esenciales de la clase obrera del mundo entero. Uno, el polo revolucionario, se encuentra aquí, en Rusia; el otro, el polo reformista, en Estados Unidos. El movimiento obrero americano, en estos dos o tres años últimos, se ha manifestado con formas y métodos de un reformismo perfecto, es decir, de una política de compromisos con la burguesía.

Hemos visto la política de compromisos de clase en el pasado; la hemos visto por los ojos de la historia y por nuestros propios ojos. Antes de la guerra estimábamos, y era exacto, que el modelo más perfecto del oportunismo lo suministraba Inglaterra, que había producido el tipo acabado del tradeunionismo conservador. Hoy, el tradeunionismo inglés de la época clásica, esto es, de la segunda mitad del siglo XIX, es al oportunismo americano actual lo que el artesano a la fábrica americana. Existe actualmente en Estados Unidos un vasto movimiento de *Company Unions*, esto es, de organizaciones que, contrariamente a las Trade-Unions, agrupan, no sólo a los obreros, sino a los patronos, mejor dicho, a los representantes de unos y de otros. Dicho de otro modo, el fenómeno que se producía en la época de la organización corporativista de la producción y que desapareció después, ha revestido ahora formas enteramente nuevas en el país donde más poderoso es el capital. Creo que fue Rockefeller el iniciador de este movimiento antes de la guerra. Pero sólo en estos últimos tiempos, a partir de 1923, ha abarcado este movimiento a los más poderosos consorcios de América del Norte. La Federación Americana del Trabajo, organización profesional oficial de la aristocracia obrera, se ha adherido con ciertas reservas a dicho movimiento, que significa el reconocimiento completo y definitivo de la identidad de intereses entre el trabajo y el capital, y, por tanto, la negación de la necesidad de organizaciones independientes, de clase, del proletariado, incluso para la lucha por objetivos inmediatos.

Se advierte actualmente en Estados Unidos un fomento inusitado de Cajas de Ahorro obreras y de sociedades de seguros obreros en las que tienen asiento mano a mano los representantes del trabajo y los del capital. Inútil decir que la idea que la gente se hace de que los salarios americanos aseguran un alto bienestar es sumamente exagerada; no obstante, esos salarios permiten a las capas obreras superiores hacer

⁵ Discurso pronunciado el 15 de febrero de 1926. [Tomado de *Europa y América*, en [¿A dónde va Inglaterra? Europa y América](#), Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.]

economías. El capital recoge estas economías por mediación de los bancos obreros y los coloca en las empresas de la rama de industria en que los obreros ahorran parte de sus salarios. De esta manera el capital aumenta sus fondos de circulación y, sobre todo, interesa a los obreros en el desarrollo de la industria.

La Federación Americana del Trabajo ha reconocido la necesidad de introducir la escala móvil de salarios sobre la base de una completa solidaridad de intereses entre el trabajo y el capital. Los salarios deben variar con arreglo a la productividad del trabajo y a los beneficios. De este modo, la teoría de la solidaridad de intereses entre el trabajo y el capital se ve reforzada prácticamente, y se consigue así una “igualdad” aparente en el disfrute de la renta nacional. Tales son las formas económicas esenciales de este nuevo movimiento, que conviene examinar atentamente para comprenderlo.

La Federación Americana del Trabajo, que tenía por jefe a Gompers, a cuyo nombre está ligada, ha perdido en estos últimos años la mayor parte de sus miembros. Hoy no cuenta más que con 2.800.000 afiliados, lo que representa una proporción insignificante del proletariado americano, si se considera que la industria, el comercio y la agricultura de Estados Unidos emplean, por lo menos, a 25 millones de asalariados. Pero la Federación del Trabajo no tiene necesidad de más adherentes. Como su doctrina oficial es que los problemas no se resuelvan con la lucha de masas, sino por una alianza entre el trabajo y el capital, idea que ha encontrado en las *Company Unions* su expresión más elevada, las Trade-Unions pueden y deben limitarse a la organización de las capas aristocráticas de la clase obrera, las cuales obran en nombre de toda la clase.

La colaboración no se limita al dominio industrial y financiero (Bancos, Sociedades de seguros). Se realiza del mismo modo y plenamente en la política interior e internacional. La Federación del Trabajo y las *Company Unions*, con las que está estrechamente ligada y en las que se apoya directa o indirectamente, sostienen una lucha enérgica contra el socialismo y, en general, contra las doctrinas revolucionarias de Europa, entre las cuales colocan a las de la II Internacional de Ámsterdam. La Federación del Trabajo ha hecho una nueva adaptación de la doctrina de Monroe: “América para los americanos”, interpretándola así: “Podemos y queremos instruirlos, plebe europea, pero no metáis la nariz en nuestros asuntos.” La Federación se hace eco de la burguesía. Antes, esta última declaraba: “América para los americanos, Europa para los europeos.” Ahora, la doctrina de Monroe significa la prohibición para los demás de inmiscuirse en los asuntos de América, pero no la prohibición para América de inmiscuirse en los asuntos de las demás partes del mundo. ¡América para los americanos, y Europa también!

La Federación Americana del Trabajo ha creado ahora una Federación Panamericana, es decir, una organización que se extiende también a América del Sur y abre el camino al imperialismo de América del Norte hacia la América Latina. La Bolsa de Nueva York no podía encontrar mejor arma política. Pero esto significa también que la lucha de los pueblos sudamericanos contra el imperialismo del Norte, que los oprime, será al mismo tiempo la lucha contra la influencia deletérea de la Federación Panamericana.

Como sabéis, la organización creada por Gompers se halla fuera de la Internacional de Ámsterdam, que es para ella una organización de la Europa decadente, una organización envenenada por los prejuicios revolucionarios. La Federación americana sigue fuera de Ámsterdam, como el capital americano esta fuera de la Sociedad de Naciones. Pero esto no le impide al capital americano tirar de los hilos de la Sociedad de Naciones ni a la Federación Americana atraer a la burocracia reaccionaria de la Internacional de Ámsterdam. También aquí; se observa un completo paralelismo entre el trabajo de Coolidge y el de los herederos de Gompers. La

Federación Americana apoyó el plan Dawes cuando lo impuso el capital americano. En todas las partes del mundo lucha por los derechos y pretensiones del imperialismo americano, y por tanto, ante todo y sobre todo, contra las Repúblicas Soviéticas.

Trátase de un nuevo oportunismo de tipo más elevado, de un oportunismo perfecto, orgánicamente realizado en organizaciones “interclases”, en las *Company Unions*, en los Bancos de coalición y en las Sociedades de seguros, oportunismo que ha alcanzado de golpe una amplitud americana. Se han creado grandes empresas capitalistas que organizan a resultas comités de fábrica sobre bases paritarias con los patronos, o bien sobre el tipo de las Cámaras baja y alta, etc. El “conciliacionismo” ha sido “estandarizado”, mecanizado y puesto en acción por grandes firmas capitalistas. Es un fenómeno puramente americano, una especie de oportunismo social por medio del cual se refuerza automáticamente la esclavitud de la clase obrera.

La potencia económica de los Estados Unidos, base del oportunismo

Puede preguntarse qué necesidad tiene de esto el capital. La respuesta parece evidente si se toma en consideración el poder actual del capital americano y los planes que puede proponerse. Para el capital americano, América ya no es un campo de acción cerrado, es una fortaleza para nuevas operaciones en una escala formidable. La burguesía americana necesita asegurar su seguridad en esta fortaleza por medio del oportunismo en su forma más completa y acabada, a fin de poder desarrollarse con mayor confianza en el exterior.

¿Cómo es posible actualmente realizar este oportunismo “estandarizado”, después de la matanza imperialista, en la que ha tomado parte Estados Unidos, cuando los trabajadores de todos los países disponen de una considerable experiencia? Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta el poder del capital americano, sin comparación posible en el pasado.

El régimen capitalista ha llevado a cabo múltiples experiencias en diferentes regiones de Europa y en distintas partes del mundo. Toda la historia de la humanidad puede ser considerada como una trabazón de tentativas para crear, refundir, mejorar, elevar la organización social del trabajo, que, patriarcal al principio, se funda luego en la esclavitud, después en la servidumbre y por fin en el capitalismo. Es con el régimen capitalista con el que la historia ha realizado el mayor número de experiencias, ante todo y del modo más variado en Europa. Pero la tentativa más amplia y más lograda corresponde a América del Norte.

Piénsese en ello: América fue descubierta a fines del siglo XV, cuando Europa ya tenía una larga historia. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII y gran parte del siglo XIX, Estados Unidos fue un mundo lejano que se bastaba a sí mismo, un inmenso país aislado que se alimentaba con las migajas de la civilización europea. Mientras tanto, este país de posibilidades ilimitadas se formaba y desarrollaba. La naturaleza había creado en América todas las condiciones para un poderoso desarrollo económico. Europa empujaba allende el Océano, ola por ola, a los elementos más activos, mejor templados de su población, a los elementos más aptos para el desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Qué eran los movimientos revolucionarios europeos de carácter religioso o político? Eran la lucha de los elementos avanzados de la pequeña burguesía en primer lugar, de los obreros después, contra las supervivencias del feudalismo y de la religión que impedían el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Todo lo que Europa rechazaba, cruzaba el Océano. La flor de las naciones europeas, los elementos más activos, que querían seguir su camino a toda costa, caían en un medio donde no existía ese baratillo histórico y en el que reinaba la naturaleza virgen en su inagotable

opulencia. Tal es la base del desenvolvimiento de América, de la técnica americana, de la riqueza americana.

A la naturaleza inagotable le faltaba el hombre. La mano de obra era lo más caro en Estados Unidos. De ahí la mecanización del trabajo. El principio del trabajo en serie no es un principio debido al azar. Expresa la tendencia a reemplazar el hombre por la máquina, a multiplicar la mano de obra, a llevar, trasladar, descender y elevar automáticamente. Todo esto debe ser hecho por una cadena sin fin, no por el espinazo del hombre. Tal es el principio del trabajo en serie. ¿Dónde se ha inventado el elevador? En América, con el fin de poder prescindir del hombre que transporta a hombros un saco de trigo. ¿Y los tubos de conducción? En Estados Unidos cuéntanse 100.000 kilómetros de tubos de conducción, es decir, de transportadores para cuerpos líquidos. En fin, la cadena continua que efectúa los transportes en el interior de la fábrica y cuyo modelo superior es la organización Ford, es conocida de todos.

América casi no conoce el aprendizaje; no se pierde el tiempo en aprender, pues la mano de obra es cara; el aprendizaje es sustituido por una división del trabajo en partes ínfimas que no exigen o casi no exigen aprendizaje. ¿Y quién reúne a todas las partes del proceso del trabajo? La cadena sin fin, el transportador. Es quien enseña. En muy poco tiempo, un joven campesino de la Europa meridional, de los Balcanes o de Ucrania, queda transformado en obrero industrial.

La fabricación en serie está ligada a la técnica americana, como el *standar*: es la producción en masa. Los productos y artículos dedicados a las capas superiores, adaptados a los gustos individuales, son mucho mejor fabricados en Europa. Inglaterra suministra las telas finas. La bisutería, los guantes, la perfumería, etc., proceden de Francia. Pero cuando se trata de una producción en masa destinada a un vasto mercado, América supera con mucho a Europa. He aquí por qué el socialismo europeo aprenderá la técnica en la escuela americana.

Hoover, el estadista americano más competente en el dominio económico, realiza un gran trabajo en favor de la “estandarización” de los productos fabricados. Ha concluido ya varias docenas de contratos con los “trusts” más importantes para la producción de artículos “estandarizados”. Entre estos artículos se hallan los coches para niños y los féretros. De suerte que el americano nace en el *standar* y muere en el *standar*. (*Risas y aplausos*). Ignoro si es más cómodo, pero es un 40 por 100 más barato.

La población americana, gracias a la inmigración, cuenta con muchos más (45 por 100) elementos aptos para el trabajo que la población europea, ante todo porque la relación entre las edades es distinta. En consecuencia, el coeficiente de productividad de la nación es más elevado. Además, este coeficiente aumenta por añadidura en virtud del rendimiento superior de cada obrero. Gracias a la mecanización y a la organización más racional del trabajo, en América el minero extrae dos veces y media más carbón y mineral que en Alemania. El agricultor produce dos veces más que en Europa. Tales son los resultados de esa organización del trabajo.

Decíase de los antiguos atenienses que eran hombres libres porque les correspondían cuatro esclavos a cada uno. A cada habitante de Estados Unidos tócanle cincuenta esclavos, pero esclavos mecánicos. En otros términos, si se cuentan los motores mecánicos, si se traducen los caballos de vapor en fuerza humana, se ve que cada ciudadano americano tiene cincuenta esclavos mecánicos. Esto no impide, desde luego, que la economía americana descanse en esclavos vivos, es decir, en proletarios asalariados.

La renta nacional de Estados Unidos representa 60.000 millones de dólares por año. El ahorro anual, esto es, lo que queda después de saldar todos los gastos necesarios,

se eleva a 6 o 7.000 millones de dólares. No hablo más que de Estados Unidos, de lo que se llama así en los viejos manuales escolares. En realidad, Estados Unidos son mucho más vastos y más ricos. El Canadá, dicho sea sin ofender a la Corona británica, es una parte integrante de Estados Unidos. Si se toma el Anuario del Departamento de Comercio de Estados Unidos, se verá que el comercio con el Canadá figura en el comercio interior y que al Canadá se le llama discreta y algo evasivamente prolongación septentrional de Estados Unidos (*Risas*), sin la bendición de la Sociedad de Naciones, que, por lo demás, no ha sido consultada, y con razón, pues no hay necesidad de registrar esa declaración de estado civil. (*Risas, aplausos*) Las fuerzas de atracción y de repulsión actúan casi automáticamente: el capital inglés ocupa apenas el 10 por 100 de la industria canadiense; el capital americano ocupa más del tercio, y esta proporción crece incesantemente. Las importaciones inglesas en el Canadá son estimadas en 160 millones de dólares; las de América, en unos 600 millones. Hace veinticinco años importaba de Inglaterra cinco veces más que de Estados Unidos. La mayoría de los canadienses se sienten americanos, salvo (¡oh ironía!) la parte francesa de la población, que se siente profundamente inglesa. (*Risas*) Australia sufre la misma evolución que el Canadá, pero con mayor lentitud. Australia se pondrá al lado del país que la defiende con su flota contra el Japón y lleve menos por este servicio. En el concurso, Estados Unidos obtendrá la victoria en un porvenir próximo. En todo caso, si sobreviniera una guerra entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, el Canadá, “Dominio inglés”, sería un depósito de material humano y de abastecimiento para Estados Unidos contra Inglaterra. Es el secreto de Polichinela.

Tal es, en sus rasgos esenciales, la potencia material de Estados Unidos. Esta potencia es la que les permite aplicar el antiguo método de la burguesía británica: *engordar a la aristocracia obrera para tener sometido bajo tutela al proletariado*, método que han llevado a un grado de perfección con el que la burguesía británica no se hubiera atrevido nunca ni aun a soñar.

Los nuevos papeles de América y de Europa

En estos últimos años, el eje económico del mundo se ha desplazado considerablemente. Las relaciones entre Estados Unidos y Europa se han modificado radicalmente. Es el resultado de la guerra. Naturalmente, esta evolución se preparaba desde antiguo; había síntomas que la señalaban, pero hace muy poco que ha llegado a ser un hecho consumado, y ahora tratamos de darnos cuenta de este cambio formidable efectuado en la economía humana y, por consiguiente, en la cultura humana. Un escritor alemán ha recordado a este respecto las palabras de Goethe describiendo la impresión extraordinaria que produjo en los contemporáneos la teoría de Copérnico, según la cual no es el sol el que gira en torno de la tierra, sino la tierra alrededor del sol, como un planeta de mediana magnitud. Eran numerosas las gentes que no querían prestar crédito a esta teoría. El patriotismo geocéntrico se sentía herido. Lo mismo acontece ahora por lo que se refiere a América. El burgués europeo no quiere creer que queda relegado a segundo término, que Estados Unidos son los dueños del mundo capitalista.

Ya he señalado las causas naturales e históricas que han preparado este formidable desplazamiento de las fuerzas económicas del mundo. Pero ha sido necesaria la guerra para elevar de golpe a América, rebajar a Europa y desplazar bruscamente el eje del mundo. La guerra, que ha causado la ruina y la decadencia de Europa, le ha salido a América por unos 25.000 millones de dólares. Si se considera que los Bancos americanos detentan ahora 60.000 millones de dólares, esa suma de 25.000 millones es comparativamente bien poca cosa.

Además, a Europa le han sido prestados 10.000 millones. Con los intereses no pagados, estos 10.000 millones han pasado a ser ya 12.000 millones, y Europa comienza a pagar a América por su propia ruina.

Tal es el mecanismo que ha permitido a Estados Unidos elevarse de repente por encima de todas las demás naciones y convertirse en el dueño de sus destinos. Este país, cuya población asciende a 115 millones de habitantes, dispone completamente de Europa, salvo, por supuesto, de la URSS⁶. Nuestro turno no ha llegado y sabemos que no llegará. (*Aplausos*) Pero, descontado nuestro país, quedan todavía 345 millones de europeos esclavizados por los americanos, es decir, con una población tres veces menor.

Los nuevos papeles de los pueblos están determinados por la riqueza de cada uno de ellos. Las evaluaciones de la riqueza de los diferentes estados no son muy precisas, pero nos bastarán cifras aproximadas. Tomemos Europa y Estados Unidos tal como eran hace cincuenta años, en el momento de la guerra franco-alemana. La fortuna de Estados Unidos se estimaba entonces en 30 mil millones de dólares, la de Inglaterra en 40 mil millones, la de Francia en 33 mil, la de Alemania en 38 mil millones. Como se ve, la diferencia entre esos cuatro países no era grande. Cada uno de ellos poseía de 30 mil a 40 mil millones, y, de estos cuatro países más ricos del mundo, Estados Unidos eran el más pobre. Ahora bien, ¿cuál es la situación actualmente, medio siglo después? Hoy Alemania es más pobre que en 1872 (36 mil millones); Francia es dos veces más rica (68 mil millones); Inglaterra también (89 mil millones); en cuanto a la fortuna de Estados Unidos, ésta se eleva a 320 mil millones de dólares. Así, pues, de los países europeos que he citado, uno ha vuelto a su antiguo nivel, otros dos han doblado su riqueza y Estados Unidos ha pasado a ser once veces más rico. He aquí por qué, gastando 15 mil millones para la ruina de Europa, Estados Unidos ha alcanzado completamente el fin que se proponía.

Antes de la guerra, América era deudora de Europa. Esta última constituía, por decirlo así, la principal fábrica y el principal depósito de mercancías del mundo. Además, gracias sobre todo a Inglaterra, era el gran banquero del mundo. Estas tres superioridades pertenecen actualmente a América. Europa queda relegada a segundo término. La principal fábrica, el principal depósito, el principal banco del mundo es Estados Unidos.

El oro, como es notorio desempeña un cierto papel en, la sociedad capitalista. Lenin escribía que en un régimen socialista el oro sería empleado como material para la construcción de ciertos edículos públicos. Pero en régimen capitalista nada hay más elevado que los sótanos de un Banco repleto de oro. ¿Cuál es, pues, la reserva de oro de América? Antes de la guerra era, si no me engaño, de 1.900 millones; el 1 de enero de 1925 se elevaba a 4.500 millones de dólares, o sea, el 50 por 100 de la reserva mundial; hoy, esta proporción alcanza como *mínimum* el 60 por 100.

Ahora bien, ¿qué era de Europa mientras América concentraba en sus manos el 60 por 100 del oro del mundo? Declinaba. Se había lanzado a la guerra porque el capitalismo europeo se encontraba oprimido en los cuadros de los Estados nacionales. El capital esforzaba por ensanchar estos cuadros, por crearse un campo de acción amplio; el más activo entonces era el capital alemán, que se había propuesto como fin “organizar a Europa”, destruir sus barreras aduaneras. Pero ¿cuál ha sido, el resultado de la guerra? El Tratado de Versalles ha creado en Europa 17 nuevos Estados y territorios más o menos independientes, 7 mil kilómetros de nuevas fronteras, barreras aduaneras en proporción y, a cada lado de estas nuevas fronteras, puestos, y tropas. En Europa hay ahora un millón de soldados más que antes de la guerra. Para llegar a este resultado,

⁶ URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, nombre oficial actual de toda la federación de pueblos rusos. (*Tradu.*)

Europa ha aniquilado una masa formidable de valores materiales y se ha empobrecido considerablemente.

Más aún: por todas sus desgracias, por su ruina económica, por sus nuevas barreras aduaneras que dificultan el comercio, por sus nuevas fronteras y tropas nuevas, por su desmembramiento, su ruina, humillación, por la guerra y la paz de Versalles, Europa tiene que pagar a Estados Unidos los intereses de sus deudas de guerra. Europa se ha empobrecido. La cantidad de materias primas que Europa elabora es un 10 por 100 inferior a lo que era antes de la guerra. La influencia de Europa en la economía mundial ha disminuido considerablemente. Lo único estable en la Europa actual es la desocupación. Hecho notable, en su rebusca de medios de salvación, los economistas burgueses han exhumado de los archivos las teorías más reaccionarias de la época de la acumulación primitiva: ven en el maltusianismo y la emigración los remedios eficaces contra la desocupación. En la época de su esplendor, el capitalismo triunfante no tenía necesidad de estas teorías. Pero ahora, atacado de caducidad, de esclerosis, cae ideológicamente en la infancia y vuelve a los viejos métodos empíricos.

La expansión imperialista de los Estados Unidos

Dada la potencia de Estados Unidos y la debilidad de Europa, es inevitable un nuevo reparto de fuerzas, de esferas de influencia y de mercados mundiales. América tiene que extenderse y Europa comprimirse. Tal es la resultante de los procesos fundamentales que se efectúan en el mundo capitalista. Estados Unidos se lanza por todos los caminos y toma en todas partes la ofensiva. Opera de una manera estrictamente “pacífica”, es decir, sin hacer uso de la fuerza armada, “sin efusión de sangre”, como decía la Santa Inquisición cuando quemaba vivos a los herejes; se extiende pacíficamente porque sus adversarios, castañeteando los dientes, retrocede paso a paso ante esta nueva potencia, sin arriesgarse a chocar con ella abiertamente. Tal es la base de la política “pacífica” de Estados Unidos. Su principal instrumento lo constituye actualmente el capital financiero, con una reserva de oro de 9.000 millones de rublos. Es una fuerza terrible, una fuerza que barre todo a su paso en todas las partes del mundo, y particularmente en la Europa devastada y empobrecida. Conceder o negar empréstitos a tal o cual país de Europa es, en muchos casos, decidir la suerte, no sólo del partido en el poder, sino también del régimen burgués. Hasta ahora, Estados Unidos lleva invertidos 10.000 millones de dólares en la economía de los demás países. De estos 10.000 millones 2.000 han sido perdonados a Europa, añadiéndose a los precedentemente suministrados para su devastación. Como se sabe, los créditos se conceden para la “restauración” de Europa. Destrucción, luego restauración: dos operaciones que se completan, pues los intereses de las sumas destinadas tanto a una como a otra van a parar a la misma caja. Además, Estados Unidos han colocado capitales en la América Latina, que, desde el punto de vista económico, se convierte cada vez más en un Dominio de América del Norte. Después de América del Sur, el país que más créditos ha obtenido es el Canadá; sigue después Europa. Las otras partes del mundo han recibido mucho menos.

Esta suma de 10.000 millones es ínfima para un país tan poderoso como Estados Unidos, pero aumenta rápidamente. Para comprender el mecanismo de este proceso, hace falta, sobre todo, darse cuenta del ritmo de esta aceleración. En los siete años que han seguido a la guerra, Estados Unidos ha invertido en el extranjero unos 6.000 millones de dólares; casi la mitad de esta suma ha sido suministrada en estos dos años últimos; en 1925, las inversiones han sido mucho más elevadas que en 1924.

En vísperas de la guerra, Estados Unidos tenía todavía necesidad de capital extranjero; recibía este capital de Europa y lo colocaba en su industria. El desarrollo de su producción, en un cierto momento, llevó a la rápida constitución de un capital financiero. Para lograr este capital financiero fueron precisas previamente considerables inversiones de capitales y un aumento formidable del utillaje. Pero, una vez empezado, este proceso se desarrolla con un ritmo cada vez más acelerado en Estados Unidos. Lo que hace dos o tres años pertenecía todavía al dominio de las previsiones, se realiza actualmente ante nuestros ojos. Pero esto no es nada más que el comienzo. La campaña del capital financiero americano por la conquista del mundo no empezará realmente sino mañana.

Hecho sumamente significativo: en el curso del año transcurrido, el capital americano ha abandonado cada vez más los empréstitos gubernamentales por los empréstitos industriales. El sentido de esta evolución es claro. “Os hemos dado el régimen del plan Dawes, os hemos suministrado la posibilidad de restablecer la divisa nacional en Alemania e Inglaterra, consentiremos en hacer lo mismo bajo ciertas condiciones con Francia; pero esto no es más que un medio para llegar a nuestro fin; ahora bien, nuestra finalidad consiste en apoderarnos de vuestra economía.” Estos días he leído en el Tag, órgano de la metalurgia alemana, un artículo titulado: “Dawes o Dillon”. Dillon es uno de esos nuevos *condottieri* que la finanza americana envía a la conquista de Europa. Inglaterra engendró a Cecil Rhodes, su último aventurero colonial de gran envergadura, que fundó en el sur de África un nuevo país. Ahora nacen en América los Cecil Rhodes, no para el África del Sur, sino para la Europa central. Dillon tiene la misión de comprar a bajo precio la metalurgia alemana. A este efecto ha reunido 50 millones de dólares solamente (Europa no se vende ahora a alto precio) y, con estos 50 millones de dólares en el bolsillo, no se detiene ante las barreras europeas que forman las fronteras de Alemania, de Francia, de Luxemburgo. Necesitan reunir el carbón y el metal, quiere crear un trust europeo centralizado, no se preocupa mucho de la geografía política, creo incluso que no la conoce. En efecto, ¿para qué? 50 millones de dólares en la Europa actual valen más que toda la geografía. (Risas). Su intención, se dice, consiste en agrupar en un trust único la metalurgia de la Europa central, para oponerla luego al trust americano del acero, cuyo rey es Harry. Así, cuando Europa “se defiende” contra el trust americano del acero, no es en realidad más que el instrumento de uno de los dos consorcios americanos que se combaten entre sí, para unirse, en un momento dado, a fin de explotarla más racionalmente. Dawes o Dillon, no hay otra salida, como dice el órgano de la metalurgia alemana. ¿Con quién marchar? Dawes es un acreedor armado de pies a cabeza. Con él, no cabe sino someterse. Pero Dillon es en cierto modo un compañero, de un tipo especial, es verdad, pero que quizá no nos estrangule... El artículo termina con esta frase significativa: “Dillon o Dawes, tal es la cuestión capital para Alemania en 1926.”

Los americanos se han asegurado ya, mediante la compra de acciones, el control de los cuatro Bancos más importantes de Alemania. La industria alemana del petróleo se aferra visiblemente a la Standard Oil americana. Las minas de zinc, que pertenecían antaño a una firma alemana, han pasado a manos de Harriman, que, gracias a ello, obtiene el control del zinc bruto en todo el mercado mundial. El capital americano trabaja al por mayor y al por menor. En Polonia, el trust americano-sueco de las cerillas adopta sus primeras medidas preparatorias. En Italia se va más lejos. Los contratos que las Sociedades americanas firman con Italia son de los más interesantes. Se encarga a Italia, por decirlo así, de administrar el mercado del próximo Oriente. Estados Unidos enviará a Italia sus productos semiacabados, con el objeto de que esta última los adapte al gusto del consumidor. América no tiene tiempo de pararse en detalles. Suministra

productos estandarizados. Y el omnipotente patrono trasatlántico viene a casa del artesano de los Apeninos y le dice: “Aquí tienes todo lo que necesitas, pero embellécelo un poco y arréglalo a gusto de los asiáticos.”

Francia no ha llegado todavía a esto. Se resiste y se insubordina. Pero ya caerá. Tendrá que estabilizar su divisa, es decir, pasar la cabeza por el nudo corredizo de América. Todos los Estados esperan su vez en la ventanilla del tío Sam. (*Risas*)

¿Cuánto han gastado los americanos para asegurarse semejante situación? Una suma ínfima. El capital colocado en el extranjero asciende a 10.000 millones de dólares, sin contar las deudas de guerra. Europa ha recibido en todo y por todo 2.500 millones, y América empieza ya a tratarla como país conquistado. Sin embargo, lo que han colocado los americanos en la economía europea no representa más que la centésima parte de la fortuna total de esta última. Cuando la balanza oscila, basta un ligero golpecito para hacerla inclinar de un lado. Los americanos han dado este golpecito y ya son los dueños. Europa carece de los capitales necesarios para su restauración y de los fondos de circulación necesarios para la parte ya restaurada de su economía. Posee inmuebles y materiales que valen cientos de millones, pero le falta una decena de millones para poner la máquina en movimiento. El americano llega, da los diez millones y pone condiciones. Es el dueño; está como en su casa.

Me han comunicado un artículo sumamente interesante de uno de esos nuevos Cecil Rhodes que América hace surgir ahora y cuyos nombres nos vemos obligados a aprender. No es muy agradable, pero no queda otro remedio. Ya hemos aprendido bien el nombre de Dawes. Dawes no vale un céntimo, pero toda Europa no puede nada contra él. Mañana aprenderemos el nombre de Dillon o el de Max Wirkler, vicepresidente de la Compañía del Servicio Financiero. (*Risas, aplausos*) Acaparar todo lo que sea posible en el mundo, se llama ocuparse del servicio financiero, Max Wirkler habla del servicio financiero en lenguaje poético, casi bíblico.

“Nos ocupamos [dice], de sostener financieramente a los gobiernos, a las autoridades locales y municipales y a las corporaciones privadas. El dinero americano ha permitido restaurar el Japón después del temblor de tierra; los fondos americanos han permitido derrotar a Alemania y Austria-Hungría y han desempeñado un papel importantísimo en la reconstrucción de ambos países.”

Se empieza por destruir, luego se restaura. Y por una y otra operación se percibe una honrada comisión. Sólo el terremoto del Japón ha sobrevenido evidentemente sin la participación del capital americano. (*Risas*) Pero escuchemos la continuación: “Concedemos empréstitos a las colonias holandesas y a Australia, al Gobierno y a las ciudades de la Argentina, a las industrias mineras sudafricanas, a los productores de nitratos de Chile, a los plantadores de café del Brasil, a los productores de tabaco y algodón de Colombia. Damos dinero al Perú para la realización de proyectos sanitarios; se lo damos a los Bancos daneses, a los industriales suecos, a las estaciones hidroeléctricas de Noruega, a los establecimientos bancarios finlandeses, a las fábricas de construcciones mecánicas de Checoslovaquia, a los ferrocarriles de Yugoslavia, a las obras públicas de Italia, a la Compañía de Teléfonos españoles.”

Evidentemente esta enumeración es impresionante. Es el efecto de los 60.000 millones de dólares que poseen en la actualidad los Bancos norteamericanos. Y hemos de seguir oyendo esta sinfonía en el próximo período histórico.

Poco después de la guerra, cuando la Sociedad de Naciones se hallaba en vías de constitución y los pacifistas de todos los países de Europa mentían cada uno en su idioma, el economista inglés Georges Pesch, hombre de los mejor intencionados, propuso que organizara un empréstito de la Sociedad de Naciones y reconstrucción de la humanidad. Calculó que se necesitarían 35.000 millones de dólares para esta magna

empresa, y propuso que Estados Unidos suscribiesen por 15.000 millones de dólares, Inglaterra por 5.000 millones y los demás países por los 15.000 millones restantes. Con arreglo a este proyecto, Estados Unidos debía, pues, suministrar casi la mitad de ese gran empréstito y como las demás acciones debían estar repartidas entre un gran número de Estados, Estados Unidos hubiera tenido el control de la institución. El empréstito salvador no pasó de proyecto, pero lo que ahora acontece es en el fondo una realización más eficaz del mismo plan. Estados Unidos acapara progresivamente las acciones que le darán el control del género humano. Gran empresa, por cierto, pero arriesgadísima. Los americanos no tardarán en convencerse de ello.

Pacifismo y confusión

Antes de continuar, debo disipar una confusión. Los procesos mundiales que estudiamos se desarrollan con tal rapidez y revisten tal amplitud, que nuestro pensamiento los aprehende, los abarca y asimila con dificultad. Nada de extraño tiene, pues, que en la prensa internacional, proletaria y burguesa, se desarrolle en estos últimos tiempos una viva discusión sobre este particular. En Alemania se han publicado varios libros especialmente consagrados al papel de Estados Unidos frente a la Europa balcanizada. En la controversia internacional surgida en torno de esta cuestión ha sido puesto sobre el tapete el informe que presenté en esta tribuna hace dos años. Tengo en las manos una revista obrera americana que abrí estos días precisamente por la página consagrada a las relaciones entre América y Europa, y mis ojos tropezaron por azar con la frase concerniente a la “porción congrua”. Esto interesó, naturalmente, leí el artículo y he aquí, camaradas, lo que, con gran estupefacción mía, averigüé:

“Trotsky estima que hemos entrado en el período de las *relaciones pacíficas anglo-americanas*; la influencia de las relaciones anglo-americanas (según Trotsky) contribuirá más a la consolidación que a la descomposición del capitalismo mundial.”

No está mal, ¿verdad? Igual que MacDonald. Y más lejos:

“La vieja teoría de Trotsky sobre la Europa sometida a la porción congrua [¿Por qué vieja, si apenas data de dos años?] y transformada en Dominio de América estaba ligada a esta apreciación de las relaciones anglo-americanas.” (J. Lovston, *Revista mensual obrera*, noviembre de 1925.)

Cuando leí estas líneas, me froté los ojos durante tres minutos, tan grande era mi estupefacción. ¿Dónde y cuándo he dicho que Inglaterra y América sostenían relaciones pacíficas y que, gracias a ello, iban a regenerar al capitalismo europeo y no a descomponerlo? Si un comunista mayor de edad dijera cosas semejantes, habría sencillamente que expulsarle del Partido. Claro que después de haber leído estos absurdos que se me atribuyen eché un vistazo a lo que tuve ocasión de decir a este respecto desde lo alto de esta tribuna. Si aludo ahora al discurso que pronuncié hace dos años, no es para explicar a Lovston y a sus semejantes que cuando se quiere escribir sobre un asunto cualquiera (sea en inglés o en francés, en Europa o en América), es menester saber lo que se escribe y a donde se lleva al lector, sino porque la manera como yo planteaba entonces la cuestión vale también para hoy. He aquí por qué me veo obligado a leeros algunos extractos de mi discurso:

“¿Qué quiere el capital americano? ¿Qué busca?”, preguntábamos hace dos años. Y respondíamos: “Busca, se nos dice, la estabilidad, quiere restablecer el mercado europeo. Quiere devolver a Europa la solvencia. ¿Cómo y en qué medida? Bajo su hegemonía. ¿Qué significa esto? Que permitirá a Europa reconstruirse, no dentro de límites bien determinados, que le reservara restringidos sectores del mercado mundial. El capital americano domina actualmente; da órdenes a los diplomáticos. Se prepara

asimismo para dar órdenes a los Bancos y a los trusts europeos, a toda la burguesía europea.” Hace dos años decíamos: “Ordena a los diplomáticos (Versalles, Washington) y se prepara para dar órdenes a los banqueros y a los trusts.” Hoy decimos: “Ya manda en los Bancos y en los trusts de *diferentes* Estados europeos y se prepara para mandar en los Bancos y en los trusts de los *demás* Estados capitalistas de Europa.” Sigo citando: “Repartirá el mercado en sectores, regulará la actividad de los financieros e industriales europeos. En suma, el capital americano *quiere racionar a la Europa capitalista.*” No escribí que la había racionado o que la racionaría, sino que quería racionarla. He ahí lo que decía hace dos años.

Lovston pretende que he hablado de la colaboración pacífica de Inglaterra y América. Veamos lo que hay de cierto: “No se trata sólo de Alemania, de Francia, se trata igualmente de la Gran Bretaña, que deberá prepararse también a sufrir la misma suerte... Es cierto que se dice con frecuencia que ahora América marcha con Inglaterra, que ha formada un bloque anglosajón; se habla de capital anglosajón, de política anglosajona... Pero hablar así es demostrar una incomprensión absoluta de la situación. El antagonismo capital del mundo es el antagonismo angloamericano. El porvenir lo pondrá cada vez más de manifiesto... ¿Por qué? Porque Inglaterra es todavía el país más rico y poderoso después de Estados Unidos. Es su principal rival, el obstáculo fundamental.”

Esta misma idea la he desarrollado con más vigor en el manifiesto del V Congreso, pero no fatigaré vuestra atención con textos. Citaré aún de mi discurso lo que se refiere a las relaciones “pacíficas” establecidas por América: “Este programa americano de someter a su tutela al mundo entero no es en modo alguno un programa pacifista; por el contrario, está preñando de guerras y conmociones revolucionarias... No es muy verosímil que la burguesía de todos los países consienta en ser relegada a un segundo plano, en convertirse en sierva de América sin intentar por lo menos resistir. En efecto, Inglaterra tiene un apetito formidable, un deseo furioso de mantener su dominación sobre el mundo. Los conflictos militares son inevitables. La era del americanismo pacifista que parece abrirse en este momento no es más que una preparación para nuevas guerras monstruosas.”

Eso es lo que decíamos hace dos años de las relaciones “pacíficas”. Me permito recordar aquí que, cuando hacíamos propaganda por el desenvolvimiento de nuestra industria química, indicábamos que el arsenal de Wedgwood es una de las fuentes del militarismo americano que más amenaza a los pueblos de Europa.

En fin, he aquí lo que decíamos desde lo alto de esta tribuna acerca de la terminación de los antagonismos europeos gracias a la influencia de América: “Los antagonismos que ha preparado la guerra imperialista y la desencadenaron en Europa hace diez años, antagonismos agravados por la guerra, mantenidos por el Tratado de Versalles e intensificados por el desarrollo ulterior de la lucha de clases en Europa, *subsisten íntegramente.* Estados Unidos tropezarán con estos antagonismos en toda su agudeza.”

Dos años han pasado. El camarada Lovston es quizá un buen crítico, aunque le ocurra meterse el dedo en el ojo, pero el tiempo es todavía un crítico mejor.

Para acabar con esta cuestión, terminaremos citando el consejo que Engels daba a un cierto Stibelling, americano también: “Cuando quiere uno ocuparse de cuestiones científicas, es menester en primer término aprender a leer las obras como el autor las ha escrito, y sobre todo no leer lo que no hay en ellas.” Estas palabras de Engels son excelentes y vale, no sólo para América, sino para las cinco partes del mundo.

El pacifismo americano en la práctica

En todas las cuestiones, el tiempo es el mejor crítico. Veamos lo que han sido en realidad los métodos americanos de penetración pacífica durante estos últimos años. Una simple enumeración de los hechos más importantes demostrará que el “pacifismo” americano ha triunfado en toda la línea; pero ha triunfado como método de expoliación imperialista velada y de preparación más o menos encubierta de las más temibles colisiones.

Fue en la Conferencia de Washington de 1922 donde el “pacifismo” americano revistió su expresión más cruda y reveló mejor su naturaleza. En 1919-20, muchas personas, yo entre ellas, se preguntaban lo que acontecería en 1922-23, cuando el programa naval de Estados Unidos asegurase a estos últimos la igualdad con Inglaterra. ¿Es posible, nos preguntábamos, que la Gran Bretaña, que mantiene su dominación gracias a la superioridad de su flota sobre la de los dos países más fuertes reunidos, abandone dicha superioridad sin combate? Eran muchos los que, como yo, vislumbraban la posibilidad de una guerra entre Inglaterra y América, con la participación del Japón, hacia 1922-23. Ahora bien, ¿qué ha sucedido? En lugar de la guerra, el “pacifismo” puro. Estados Unidos invitaron a Inglaterra a Washington y le dijeron: “Tenga la bondad de racionarse: nosotros poseeremos cinco unidades; usted, cinco; el Japón, tres; Francia, tres.” He aquí el programa naval. ¿Lo ha aceptado Inglaterra?

¿Qué es esto? “Pacifismo”, pero un pacifismo que impone su voluntad por su formidable superioridad *económica* y prepara “pacíficamente” su superioridad *militar* para el próximo período histórico.

¿Y el plan Dawes? Cuando Poincaré se agitaba en la Europa central con sus planes liliputienses, apoderándose de la cuenca del Ruhr, los americanos apuntaban con su prismático, miraban y esperaban. Y cuando la baja del franco y otros inconvenientes obligaron a retirarse a Poincaré, el americano vino y presentó su plan de pacificación de Europa. Compró el derecho de dirigir a Alemania por 800 millones de marcos, de los cuales, por lo demás, Inglaterra dio la mitad. Y por esta miserable suma de 400 millones de marcos, la Bolsa de Nueva York impuso su control al pueblo alemán. ¡Hermoso pacifismo, en verdad! ¡Un nudo corredizo para ahorcarse!

¿Y la estabilización del cambio? Cuando el cambio oscila en Europa, el americano no se encuentra a gusto. No se encuentra a gusto porque permite a Europa exportar barato. El americano necesita un cambio estable para el cobro regular de los intereses de sus préstamos y, en general, para el orden financiero. Si no fuese así, ¿cómo podría invertir sus capitales en Europa? Por eso ha obligado a los alemanes a estabilizar su divisa; por eso ha obligado a los ingleses a hacer otro tanto concediéndoles un préstamo de 300 millones de dólares. Lloyd George decía no hace mucho: “La libra esterlina mira ahora al dólar cara a cara.” Lloyd George es un viejo bromista. Si la libra esterlina mira al dólar cara a cara, es porque tiene un puntal de 300 millones de dólares para ponerla derecha. (*Risas*)

¿Y cómo están las cosas en Francia? La burguesía francesa teme la estabilización de la divisa nacional. Es una operación dolorosísima. El americano dice: Si no lo consentís, no os prestaré nada y os las arreglaréis como queráis. El americano exige de Francia que se desarme para pagar sus deudas. ¿Qué mejor que este pacifismo puro, con el desarme y la estabilización de los cambios? América se prepara “pacíficamente” a doblegar a Francia bajo su yugo.

La cuestión de la paridad oro y de las deudas con Inglaterra está ya resuelta. Inglaterra, si no me engaño, entrega ya a Estados Unidos unos 330 millones de rublos por año. Ha arreglado, a su vez, la cuestión de la deuda italiana, de la que no percibirá

sino una parte insignificante. Francia es la principal deudora de Inglaterra y de América, pero hasta ahora, no ha pagado un céntimo. Pero tendrá que pagar, a menos de triunfar una revolución que anule todas las antiguas deudas. Alemania efectúa pagos a Francia y a Inglaterra que, su vez, nos exigen a nosotros el pago de nuestras deudas. En suma, el burgués inglés saca o se dispone a sacar de sus deudores europeos todo lo que pueda, a fin de enviarlo luego, con una ayuda añadida por él mismo, allende el Atlántico, al tío Sam. ¿Qué son en suma, Mr. Baldwin o el rey Jorge? Sencillamente el recaudador en jefe de los impuestos de América en la provincia llamada Europa (*Risas*), el agente encargado de hacer efectivo los pagos de los pueblos europeos y de expedirlos a Estados Unidos. Como se ve, se trata de una organización de las más pacíficas: las relaciones financieras de los pueblos de Europa están reguladas con arreglo a la deuda americana bajo la vigilancia del contribuyente más puntual, Gran Bretaña, que ha ganado por ello el título de recaudador principal de impuestos. La política europea de América descansa completamente sobre este principio. Alemania paga a Francia; Italia paga a Inglaterra; Francia paga a Inglaterra; Rusia, Alemania, Italia, Francia. Inglaterra, pagadme. Esto es lo que dice América. Esta jerarquía de las deudas es una de las bases del pacifismo americano.

La lucha mundial entre Inglaterra y América por la posesión del petróleo ha suscitado ya sacudidas revolucionarias y conflictos militares en México, en Turquía, en Persia. Pero quizá los periódicos nos anuncien mañana que entre América e Inglaterra se ha concertado una colaboración pacífica para el dominio de la nafta. ¿Cómo se efectuará dicha colaboración? Se celebrará una conferencia del petróleo en Washington, en la que América dirá a Inglaterra: Conténtate con una ración de nafta más modesta. Y será una nueva prueba del pacifismo de la mejor ley.

En la lucha por los mercados también se procede de tiempo en tiempo a un arreglo “pacífico” de la cuestión. Hablando de la lucha por los mercados que se desarrolla entre Inglaterra y América un escritor alemán, antiguo ministro de no sé qué gobierno (los ex ministros son numerosos en Alemania), el barón Reibnitz dice en sustancia: Inglaterra podrá evitar la guerra si deja las manos libres a Estados Unidos en el Canadá, en América del Sur, en el Pacífico y en la costa oriental de Asia y Australia; “a ella le quedarán otros dominios *fuera de Europa*”. No veo muy bien qué le quedará a Inglaterra después de esto. Pero la alternativa es clara: o la guerra, o la porción congrua.

Por lo que se refiere a las materias primas extranjeras, he aquí un último capítulo interesante en sumo grado. Los Estados Unidos hallan que les faltan muchas cosas que otros poseen. A este respecto, los periódicos americanos han publicado el mapa del reparto de materias primas en el mundo. Ahora hablan y discuten de continentes enteros. Los pigmeos europeos se inquietan por Albania, por Bulgaria, por algunos pasillos y desdichadas parcelas de tierra. Los americanos se ocupan de continentes; esto facilita el estudio de la Geografía y, sobre todo, presta amplitud a sus bandolerismos. (*Risas*) Así, pues, los periódicos americanos han publicado el mapa del globo terrestre con diez manchas negras, diez grandes lagunas de los Estados Unidos en materias primas: el caucho, el café, los nitratos, el estaño, la potasa, y algunas otras menos importantes. Parece ser que todas estas primeras materias son monopolio, no de los Estados Unidos, sino de otros países. El 70 por 100 de la cosecha mundial de caucho se obtiene en islas que pertenecen a Inglaterra; ahora bien, América consume el 70 por 100 de la producción mundial del caucho para sus neumáticos y otros artículos. El café viene del Brasil. Chile, sostenido financieramente por los ingleses, suministra los nitratos, y así sucesivamente. Churchill decidió recuperar las sumas pagadas a América en concepto de deudas aumentando el precio del caucho. Y Hoover, director del Comercio americano, calculaba que en 1925, Estados Unidos había pagado a los

ingleses por el caucho de 700 a 800 millones de dólares más del precio honrado. Hoover sabe distinguir perfectamente los precios honestos de los deshonestos; es su especialidad. Cuando se enteraron de esto, los periódicos americanos pusieron el grito en el cielo. Así, por ejemplo, el Evening Post exclamaba: “¿Para qué todos esos Locarnos y Ginebras, esas Ligas y protocolos, esas conferencias de desarme y conferencias económicas, si un grupo poderoso de naciones aísla intencionadamente a América?” ¡Miren ustedes esa pobrecita América, a la que se aísla y explota por todas partes! (Risas) El caucho, el café, el estaño, los nitratos, la potasa, todo esto ya ha sido cogido y monopolizado, de suerte que un buen multimillonario no puede dar una vuelta en automóvil, ni beber café hasta la saciedad... ni tener siquiera una bala de estaño para suicidarse si se le antoja. (Risas). ¡Verdaderamente, la situación es intolerable, es la explotación por todos los costados! ¡Hay como para tumbarse vivo en un féretro “estandarizado”! A este propósito, Mr. Hoover ha escrito un artículo (¡y qué artículo!) compuesto exclusivamente de cuestiones (29 cuestiones) a cual más interesante. Como os imagináis, todas estas cuestiones son puntas dirigidas contra Inglaterra. ¿Está bien vender a más de un precio honrado? ¿No puede originar esto el envenenamiento de las relaciones entre los países? Y si es así, ¿no está el Gobierno obligado a intervenir? Y si un Gobierno que se respeta interviene, ¿no puede acarrear esto graves consecuencias? (Risas). Un periódico inglés, menos correcto que los otros, pero más franco, escribió sobre este particular: un imbécil puede hacer más preguntas de las que puedan responder cien hombres inteligentes. (Risas). Este periódico patriota no hizo más que desahogar su bilis. En primer término, yo no puedo admitir que un imbécil ocupe un puesto tan importante, e incluso si así fuera... Camaradas, no es una confesión, sino una suposición lógica. (Risas). Si fuese así, digo, no sería por eso menos cierto que Hoover se halla al frente del gigantesco aparato del capital americano y que, por consiguiente, necesita inteligencia, pues toda la “máquina” burguesa piensa por él. En todo caso, después de las veintinueve cuestiones de Hoover, cada una de las cuales sonaba como un tiro a los oídos de Baldwin, el caucho bajó súbitamente de precio. Este hecho aclara mejor que todas las cifras la situación mundial. Tal es en la práctica el pacifismo americano.

No hay salida para el capitalismo europeo

A los Estados Unidos, que no toleran ningún obstáculo en su camino, que consideran todo encarecimiento de las materias primas que faltan como un ataque a su derecho indiscutible de explotar al mundo entero, a esta nueva América, que avanza furiosamente en todas direcciones, se opone Europa, desmembrada, dividida, más pobre que antes de la guerra, con los mercados limitados, abrumada de deudas, desgarrada por sus antagonismos y oprimida por un militarismo hipertrofiado.

En los comienzos del período de restauración eran muchas las ilusiones de los economistas y políticos burgueses y socialdemócratas sobre la posibilidad de volver a levantar a Europa. La industria europea, ante todo la industria francesa, luego la alemana, se reconstruían bastante rápidamente en ciertos momentos, después de la guerra. Esto no tiene nada de extraño: la demanda había vuelto a ser de nuevo más o menos normal y todos los stocks estaban agotados; además, Francia tenía las regiones devastadas, que eran para ella en cierto modo un mercado complementario. Mientras tuvo que ocuparse en satisfacer necesidades más urgentes de estos mercados devastados por la guerra, la industria trabajó a pleno rendimiento y su prosperidad hizo concebir grandes esperanzas, grandes ilusiones. Ahora, los mismos economistas burgueses han

renunciado a estas ilusiones. El capitalismo europeo se encuentra en una situación sin salida.

Sin necesidad de que la burguesía americana lo quiera conscientemente, la formidable superioridad económica de Estados Unidos impedirá fatalmente al capitalismo europeo que se reconstruya. El capitalismo americano, acosando cada vez más a Europa, la empujará automáticamente por el camino de la revolución. Ahí está el nudo de la situación mundial.

Tal estado de cosas tiene su repercusión más evidente en Inglaterra. En sus exportaciones transatlánticas, Inglaterra ve su esfera de acción limitada por América, el Canadá y el Japón, así como por el desenvolvimiento industrial de sus propias colonias. En el mercado textil de la India, que es una colonia suya, se ve en la actualidad desalojada por el Japón. En el mercado europeo, cada aumento de venta de mercancías inglesas restringe los mercados de Alemania, de Francia, e inversamente. Lo opuesto es lo que sucede con mayor frecuencia: las exportaciones de Alemania y Francia perjudican a las de Gran Bretaña. El mercado europeo no se ensancha. En sus estrechos límites se producen desplazamientos de un lado o de otro. Esperar que esta situación se modifique radicalmente en favor de Europa, sería esperar milagros. Así como en el mercado interior la empresa más importante y adelantada tiene asegurado el triunfo sobre la empresa pequeña y atrasada, del mismo modo, en el mercado mundial, los Estados Unidos obtendrán la victoria sobre Europa, es decir, en primer lugar sobre Inglaterra.

En 1925, las importaciones y exportaciones de Inglaterra alcanzaron, respectivamente, el 111 por 100 y el 76 por 100 de su nivel de antes de la guerra. De donde resulta un pasivo formidable de la balanza comercial. La reducción de las exportaciones lleva consigo una crisis industrial que repercute en las ramas fundamentales de la industria: carbón, acero, construcciones navales, tejidos, etc. Ciertas mejorías temporales, importantes quizás, son posibles y hasta inevitables, pero no deja de ser cierto que la Gran Bretaña se halla actualmente en decadencia.

No se puede realmente sino sentir desdén hacia los “estadistas” ingleses que han conservado sus antiguos hábitos, tan poco compatibles con la nueva situación, y que carecen de la más elemental concepción de la situación mundial y de sus inevitables consecuencias. En estos últimos tiempos, Baldwin y Churchill nos han obsequiado nuevamente con sus declaraciones. A fines del año último, Churchill dijo que tenía doce razones para ser optimista. En primer lugar, la divisa nacional está estabilizada. El economista inglés Keynes le replicó explicando que dicha estabilización suponía una disminución mínima de un 10 por 100 en el precio de las mercancías exportadas y, por lo tanto, un aumento correspondiente del pasivo de la balanza. La segunda razón que conduce al optimismo es el precio elevado del caucho. Pero, ¡ay!, las veintinueve cuestiones de Mr. Hoover han rebajado considerablemente el optimismo de Churchill en lo que respecta al caucho. En tercer lugar, el número de huelgas ha disminuido. Pero esperemos a que termine abril, momento en que habrá que proceder a la revisión del contrato colectivo de los mineros⁷. Cuarta razón de optimismo: Locarno. Sin embargo, la lucha anglo-francesa después de Locarno, lejos de disminuir, no ha hecho sino intensificarse. Por lo demás, aún es demasiado pronto para pronunciarse definitivamente sobre los resultados de los acuerdos de Locarno. No enumeramos las restantes razones de optimismo: todavía se cotizan menos en la Bolsa de Nueva York. Es interesante señalar que el *Times* publicó un fondo sobre este asunto titulado: “Dos rayos de

⁷ Ya se ha visto el formidable conflicto a que dio lugar. (*Traductor A.P.*)

esperanza”. El Times es más modesto que Churchill: no tiene doce, sino sólo dos rayos de esperanza, y por añadidura rayos X, es decir, rayos bastante problemáticos.

Puede oponerse a la ligereza de Churchill la seriedad relativa de los americanos, que saben apreciar la economía británica desde su punto de vista, y también la opinión de los mismos industriales británicos. A su regreso de Europa, el director del Departamento del Comercio de Estados Unidos, Klein, presentó a los industriales un informe que, a pesar de su convencional tono tranquilizador, deja asomar la verdad. “Desde el punto de vista económico [dijo], la única mancha oscura, haciendo abstracción evidentemente de la situación de Francia e Italia, así como de la restauración relativamente lenta de Alemania, la única mancha oscura, digo, es el Reino Unido. Me parece que Inglaterra se encuentra en una situación comercial dudosa. No quisiera ser demasiado pesimista, pues Inglaterra es nuestro mejor cliente, pero en este país se desarrollan una serie de factores que, a mi juicio, deben merecer serias reflexiones... Hay en Inglaterra formidables impuestos, cuya causa, según algunos, es necesario buscarla en nuestra sed de dinero, por no decir más. Sin embargo, esto no es enteramente justo... El utillaje de la industria hullera es el mismo que hace varias décadas, de suerte que el costo de la mano de obra por tonelada es tres o cuatro veces mayor que en Estados Unidos.”

Y así sucesivamente en el mismo tono.

He aquí ahora otra opinión. J. Hawey, ex embajador americano en Europa, a quien los ingleses consideran como amigo de su país porque habla a menudo de la necesidad de ayudar a Inglaterra, ha publicado recientemente un artículo titulado “El fin de Inglaterra”, en el que llega a la conclusión de que “la producción inglesa ha terminado ya. En lo sucesivo, el lote de Inglaterra consistirá en ser un intermediario”, es decir, el agente y empleado de Banca de Estados Unidos. Tal es la conclusión de este amigo de Inglaterra.

Veamos ahora lo que opina George Hunter, gran constructor de navíos ingleses, cuya nota al Gobierno ha causado sensación en toda la prensa británica:

“El Gobierno [dice] ¿se ha dado plena cuenta de la situación desastrosa de la industria inglesa? ¿Sabe que esta situación, lejos de mejorar, empeora progresivamente? El número de nuestros desocupados crónicos con el de los temporales representa como mínimo el 12,5 por 100 de los obreros que trabajan. Nuestra balanza comercial es desfavorable. Nuestros ferrocarriles y una gran parte de nuestras empresas industriales pagan dividendos sacados de sus reservas o no pagan ninguno, si esto continúa, llegaremos a la bancarrota y a la ruina. No hay ninguna mejoría en perspectiva.”

La industria hullera es la clave del capitalismo inglés. En la actualidad, se mantiene gracias a los subsidios gubernamentales. “Podemos [dice Hunter], subvencionar cuanto queramos la industria hullera; esto no impedirá que nuestra industria, en general, decrezca.” Pero si las subvenciones cesaran, los industriales ingleses no podrían pagar los salarios que actualmente pagan; ahora bien, esto provocaría, a partir del 1 de mayo próximo, un formidable conflicto económico. No es difícil imaginarse lo que sería una huelga que abarcaría por lo menos a un millón de mineros, sostenidos verosímilmente por cerca de un millón de ferroviarios y obreros del transporte. Inglaterra entraría en un período de formidables trastornos económicos. Hay que seguir concediendo subvenciones ruinosas, o resignarse a un violento conflicto social⁸.

Churchill posee doce razones para ser optimista, pero la estadística social de Inglaterra atestigua que la desocupación aumenta, que el número de mineros disminuye

⁸ Así ha sucedido, en efecto: huelga minera, huelga general.

y que, en cambio, el proletariado no especializado es cada vez más numeroso y el personal de los restaurantes y cafés-conciertos aumenta en detrimento de la cantidad de productores. Se comprueba asimismo que también aumenta el número de lacayos, eso sin contar los lacayos políticos que, la servilleta al brazo, imploran la generosidad de los americanos. (*Risas*)

Volvamos a nuestro paralelo entre América e Inglaterra. En América se forma en el seno de la clase obrera una superaristocracia que funda las *Company Unions*; en Inglaterra, destronada de su supremacía de antaño, se desarrollan, por el contrario, las capas del *Lumpen-proletariat*⁹. Esta oposición pone de relieve, mejor que todo, el desplazamiento del eje económico mundial. Y este eje no dejará de desplazarse mientras el eje de “clase” de la sociedad no se haya desplazado, es decir, mientras no se haya realizado la revolución proletaria.

Baldwin, es cierto, no comparte esta opinión. Aunque más serio que Churchill, no comprende mucho más que este último. En una asamblea de industriales indicaba los medios de salir de la situación, pues un primer ministro conservador posee siempre excelentes recetas contra todas las enfermedades. “A veces me parece [dijo], que algunos de nosotros han dormido durante seis o siete años.” ¡Mucho más! El mismo mister Baldwin ha dormido por lo menos durante cincuenta años, mientras los otros velaban. “Deberíamos [continúa el primer ministro], tomar como ejemplo el progreso realizado en ese tiempo por los Estados Unidos.” ¡Intentad, en efecto, tomar como ejemplo el “progreso” de los Estados Unidos! Tienen allí una fortuna nacional de 320.000 millones de dólares, 60.000 millones en los Bancos, una acumulación anual de 7.000 millones, mientras que en vuestro país lo que existe es el déficit. ¡Tomadlo como ejemplo! ¡Intentadlo! “Las dos partes (los capitalistas y los obreros), [prosigue Baldwin], pueden aprender mucho más en la escuela de los Estados Unidos que estudiando la situación de Moscú.” Mr. Baldwin hace mal en decir: fuente, de tu agua no beberé. Nosotros podemos enseñarle algunas cosas. Sabemos orientarnos entre los hechos, analizar la economía mundial, prever las cosas, en particular la decadencia de la Inglaterra capitalista. Ahora bien, esto, mister Baldwin no lo sabe. (*Risas, aplausos*)

Churchill, ministro de Hacienda, ha aludido también a Moscú. Ahora, es el complemento obligado de todo buen discurso. Churchill había leído por la mañana un horrible discurso de Mr. Tomsy, éste último no es un miembro de la Cámara de los Lores, sino, como refiere Churchill, un hombre que ocupa un puesto importantísimo en la República de los Soviets. No ha pasado su juventud en Oxford o en Cambridge con Mr. Churchill, sino en la cárcel de Butirki, en Moscú. Sin embargo, Mr. Churchill se ve obligado a hablar de Mr. Tomsy. Y, hay que decirlo, no es muy amable con él. En la conferencia de las Trade-Unions celebrada en Scarborough, Mr. Tomsy pronunció, en efecto, un discurso que no ha tenido el honor de agrandar a Mr. Churchill. Este último ha citado trozos de dicho discurso, calificándolo de “divagación de un bárbaro”. “Considero [ha dicho Mr. Churchill], que en este país somos capaces de dirigir nuestros propios asuntos sin ninguna injerencia del exterior.” Mr. Churchill se muestra altivo, pero sin razón en este caso, pues su patrono Mr. Baldwin declara que hay que instruirse en la escuela de los Estados Unidos. “No queremos [continúa Churchill], desayunarnos con un huevo de cocodrilo recién puesto.” Al parecer, Tomsy es quien ha puesto en Inglaterra un huevo de cocodrilo. A Mr. Churchill no le gustan estos procedimientos; prefiere la política del avestruz, que esconde la cabeza en la arena, y, como es sabido, el avestruz y el cocodrilo se encuentran en las colonias tropicales de Inglaterra. Luego, Mr. Churchill se enardece: “Yo no tengo miedo a la revolución bolchevique en este

⁹ *Lumpen-proletariat*. Las capas más miserables del proletariado. (*Traductor A.P.*)

país. No critico a las personalidades.” Esto no le impide pronunciar una furiosa diatriba contra Tomsy; por consiguiente, tiene miedo de este último. No critica la personalidad de Tomsy; se limita a calificarle de cocodrilo. (*Risas*) “¡La Gran Bretaña no es Rusia!” ¡En efecto! “¿Qué utilidad hay en hacer tragar a los obreros ingleses la aburrida doctrina de Karl Marx y en hacerles cantar, desentonando, la *Internacional*?” Es verdad que los obreros ingleses cantan a veces la Internacional en un tono falso, con la música de MacDonald, pero en Moscú aprenderán a cantarla bien. A nuestro juicio, a pesar de las doce razones para ser optimista, no está lejano el tiempo en que la situación económica de Inglaterra empujará a la clase obrera a cantar la Internacional a toda voz. ¡Prepare usted los oídos, Mr. Churchill! (*Largos aplausos*)

Por lo que se refiere a Alemania y Francia, me limitare a unas breves observaciones.

Hace dos días recibí de uno de nuestros ingenieros que ha visitado las fábricas alemanas en que se ejecutan nuestros pedidos una carta en la que caracteriza la situación en estos términos: “Como ingeniero, mi impresión es penosa. La industria parece aquí por falta de mercados, y ningún crédito americano podrá suministrarle estos mercados.” El número de desocupados en Alemania excede de dos millones. A consecuencia de la racionalización de la producción, los obreros especializados forman alrededor de las tres cuartas partes de los desocupados. Alemania ha sufrido una crisis de inflación, luego una crisis de deflación; ahora debía volver la prosperidad, pero, por el contrario, es el derrumbamiento (más de dos millones de obreros sin trabajo). Y, sin embargo, las consecuencias más duras de la aplicación del plan Dawes a Alemania están todavía por llegar.

En Francia, la industria, después de la guerra, ha progresado considerablemente. Por este motivo muchos concibieron grandes ilusiones. En realidad, Francia ha llevado hasta aquí una vida superior a sus medios; su industria ha progresado gracias a un mercado interior temporal (regiones devastadas) y a costa del país entero (depreciación del franco) Ahora ha llegado el momento de arreglar las cuentas. “Desarma, (dice América a Francia); reduce tus gastos, adopta una moneda estable.” Ahora bien, la moneda estable significa la reducción de las exportaciones, la desocupación, la expulsión de los proletarios extranjeros a sus países, la rebaja de los salarios de los obreros franceses. El período de inflación ha arruinado a la pequeña burguesía; el período de deflación hará alzarse al proletariado. El Gobierno francés no se atreve siquiera a abordar la solución de la cuestión financiera. Los ministros de Hacienda suceden cada dos meses y siguen haciendo funcionar la máquina de los asignados. Es su único método de regularización de la economía. El almirante Horty se dijo que era un arte que no tenía nada de complicado, y se puso a fabricar billetes franceses falsos en Hungría, indudablemente no para sostener la República, sino para restaurar la monarquía. La Francia republicana no ha querido tolerar concurrencia monárquica y ha hecho proceder a unas cuantas detenciones en Hungría; pero, además de esto, muy poco ha hecho por el saneamiento de la moneda francesa. Francia marcha hacia una crisis económica y política.

En esta Europa que se descompone, la Sociedad de Naciones quiere reunir este año dos conferencias: una, para el desarme; otra, para la reconstrucción económica de Europa. No obstante, es inútil precipitarse para retener los puestos: la preparación de la conferencia se efectúa lentamente y choca a cada paso con intereses contradictorios.

A propósito de la preparación de la conferencia para el desarme, una revista inglesa publicaba estos días un artículo oficial de excepcional interés firmado “El Augur”. Todo demuestra que el tal Augur está en estrecha relaciones con el Ministerio de Negocios Extranjeros y conoce perfectamente sus interioridades. So pretexto de

preparar la conferencia para el desarme, el Augur británico nos amenaza con “medidas que no serán medidas pacíficas”. Es una amenaza directa de guerra. ¿Quién profiere esta amenaza? Inglaterra, que pierde sus mercados exteriores; Inglaterra, donde reina la desocupación; Inglaterra, en donde aumentan las filas del *Lumpen-proletariat*; Inglaterra, que solo posee un optimista, Winston Churchill, nos amenaza ahora con la guerra. ¿Por qué? ¿A propósito de qué? ¿No es porque quiere vengarse sobre alguien de las afrentas que recibe de América? En cuanto a nosotros, no queremos la guerra. Pero si las clases directoras británicas pretenden acelerar el proceso de la revolución; si la Historia desea quitarles la razón antes de arrebatarles el poder, debe, precisamente ahora, empujarlas por la peligrosa pendiente de la guerra. Una colisión entre pueblos acarrearía sufrimientos incalculables. Pero si unos locos criminales desencadenan una nueva guerra en Europa, no sería Baldwin, ni Churchill, ni América, su patrono, el vencedor, sino la clase obrera revolucionaria de Europa. (*Aplausos*)

¿Ha cumplido el capitalismo su tiempo?

Para terminar, plantearé una cuestión que, a mi juicio, dimana del fondo mismo de mi informe. El capitalismo, ¿ha cumplido o no ha cumplido su tiempo? ¿Se halla en condiciones de desarrollar en el mundo las fuerzas productivas y de hacer progresar a la humanidad? Este problema es fundamental. Tiene una importancia decisiva para el proletariado europeo, para los pueblos oprimidos de Oriente, para el mundo entero y, sobre todo, para los destinos de la Unión Soviética. Si se demostrara que el capitalismo es capaz todavía de llenar una misión de progreso, de enriquecer más a los pueblos, de hacer más productivo su trabajo, esto significaría que nosotros, partido comunista de la URSS, nos hemos precipitado al cantar su *de profundis*; en otros términos, que hemos tomado demasiado pronto el poder para intentar realizar el socialismo. Pues, como explicaba Marx, ningún régimen social desaparece antes de haber agotado todas sus posibilidades latentes. Y en la nueva situación económica actual, ahora que América se ha elevado por encima de toda la humanidad capitalista, modificando hondamente la relación de las fuerzas económicas, debemos plantearnos esta cuestión: el capitalismo ¿ha cumplido su tiempo, o puede esperar aún hacer una obra de progreso?

Por lo que a Europa se refiere, la cuestión, como he tratado de demostrar, se resuelve francamente por la negativa. Europa, después de la guerra, ha caído en una situación más penosa que antes de 1914. Pero la guerra no ha sido un fenómeno fortuito: ha sido el levantamiento ciego de las fuerzas de producción contra las formas capitalistas comprendidas las del Estado nacional. Las fuerzas de producción creadas por el capitalismo no podían contenerse ya en el cuadro de las formas sociales del capitalismo, incluso el cuadro de los Estados nacionales. De allí la guerra. ¿Cuál ha sido el resultado de la guerra para Europa? Una agravación considerable de la situación. Tenemos actualmente las mismas formas sociales capitalistas pero más reaccionarias; las mismas barreras aduaneras, pero más erizadas de obstáculos; las mismas fronteras, pero más estrechas; los mismos ejércitos, pero más numerosos; una deuda mayor, un mercado restringido. Tal es la situación general de Europa. Si hoy Inglaterra se levanta un poco, es en detrimento de Alemania; mañana será Alemania la que se alzarará a expensas de Inglaterra. Si la balanza comercial de un país acusa un excedente, la balanza de otro país acusa un pasivo correspondiente. La evolución mundial (principalmente el desarrollo de Estados Unidos) ha llevado a Europa a este atolladero. América constituye hoy la fuerza esencial del mundo capitalista, y el carácter de esta fuerza determina automáticamente la situación sin salida de Europa dentro de los límites del régimen capitalista. El capitalismo europeo se ha vuelto reaccionario en el sentido

absoluto del término; dicho de otro modo, lejos de hacer progresar a las naciones, no es ni siquiera capaz de conservarles el nivel de la vida que habían alcanzado en el pasado. Tal es la base económica de la época revolucionaria actual. Asistimos a flujos y reflujos políticos, pero esta base permanece invariable.

En cuanto a América, el cuadro parece muy distinto. Pero ¿y Asia? No se la puede, en efecto, desdeñar. Asia y África representan el 55 por 100 de la superficie y el 60 por 100 de la población del globo. Merecerían, es cierto, un examen detallado que no cabe en los límites de este discurso. Pero todo lo que hemos dicho más arriba demuestra claramente que la lucha entre América y Europa es ante todo una lucha por la dominación en Asia. ¿Es capaz aún el capitalismo de cumplir una misión de progreso en América? ¿Puede realizar esta misión en Asia y en África? En Asia ya ha empezado a obtener éxitos importantes; en África no ha hecho más que rozar la periferia del continente. ¿Qué perspectivas de desenvolvimiento tiene? A primera vista, podría parecer que el capitalismo ha cumplido ya su tiempo en Europa, que en América desarrolla las fuerzas productivas, que en Asia y en África tiene todavía ante sí un ancho campo donde podrá ejercer su actividad durante décadas y hasta siglos. ¿Es realmente así? Si fuese así significaría que el capitalismo no ha terminado aún su misión en el mundo. Ahora bien, actualmente la economía es mundial, y esto es lo que determina la suerte del capitalismo para todo los continentes. El capitalismo no puede desarrollarse aisladamente en Asia, independientemente de lo que ocurre en Europa o en América. La época de los procesos económicos provinciales ha pasado definitivamente. Es cierto que el capitalismo americano es incomparablemente más fuerte y más sólido que el capitalismo europeo y puede mirar al porvenir con mayor seguridad. Pero ya no puede sostenerse con su equilibrio interior. Necesita el equilibrio mundial. Europa depende cada vez más de América, pero de aquí resulta que América, a su vez depende cada día más de Europa. América acumula anualmente 7.000 millones de dólares. ¿Qué hacer de este dinero? Encerrarlo simplemente en un sótano equivale a convertirlo en un capital muerto que disminuirá los beneficios del país. Todo capital exige intereses. ¿Dónde colocar los fondos disponibles? El país por sí mismo no los necesita. El mercado interior está sobresaturado. Es necesario buscar una salida al exterior. Se ha empezado a prestar dinero a los demás países, a invertir fondos en la industria extranjera. Pero ¿qué hacer con los intereses? Estos, en efecto, vuelven a América. Hace falta, pues, o colocarlos de nuevo en el extranjero si se perciben en especie, o bien, en lugar de tomarlos en oro, importar mercancías europeas. Pero estas mercancías minarán la industria americana, cuya enorme producción ya exige un mercado exterior. Tal es la contradicción. O importar oro, del que no se sabe qué hacer, o, en vez de oro, importar mercancías en detrimento de la industria nacional. La “inflación” oro es para la economía tan peligrosa como la inflación fiduciaria. Se puede morir de plétora tanto como de caquexia. Si hay oro en cantidad excesiva, éste no produce nuevos ingresos, rebaja el interés del capital y, por tanto, hace que la extensión de la producción sea irracional. Producir y exportar para amontonar el oro en sótanos, equivale a arrojar las mercancías al mar. Es la razón por la cual América necesita extenderse cada vez más, es decir, colocar la parte superflua de sus recursos en la América Latina, en Europa, en Asia, en Australia, en África. Pero por esto mismo, la economía de Europa y de las demás partes del mundo se convierte cada vez más en parte integrante de la de los Estados Unidos.

Se dice en el arte militar que quien envuelve al enemigo y le corta queda a menudo cortado él mismo. En la economía se produce un fenómeno análogo: tanto más sometén los Estados Unidos bajo su dependencia al mundo entero, tanto más caen ellos mismos bajo la dependencia del mundo entero, con todas sus contradicciones y

conmociones en perspectiva. Hoy, la revolución en Europa supone la quiebra de la Bolsa americana; mañana, cuando las inversiones de capital americano en la economía europea hayan aumentado, significará una conmoción profunda.

¿Y el movimiento nacional revolucionario en Asia? El desenvolvimiento del capitalismo en Asia implica fatalmente el desarrollo de este movimiento, que choca cada vez más violentamente con el capital extranjero, vedette del imperialismo. En China, el desenvolvimiento del capitalismo, que se produce con el concurso y bajo la presión de los colonizadores imperialistas, engendra la lucha revolucionaria y conmociones sociales.

He hablado más arriba de la potencia de Estados Unidos frente a la Europa debilitada y a los pueblos coloniales económicamente atrasados. Pero esta potencia de Estados Unidos constituye precisamente su punto vulnerable: implica su creciente dependencia respecto de los países y continentes económica y políticamente inestables. América se ve obligada a fundar su potencia en una Europa inestable, esto es, en las revoluciones próximas de Europa y en el movimiento nacional revolucionario de Asia y de África. No puede considerarse a Europa como un todo independiente. Pero tampoco América es un todo independiente. Para mantener su equilibrio interior, Estados Unidos tiene necesidad de una salida cada vez más amplia al exterior; ahora bien, esta salida al exterior introduce en su régimen económico elementos cada vez más numerosos del desorden europeo y asiático. En estas condiciones, la revolución victoriosa en Europa y en Asia inaugurará forzosamente una era revolucionaria para Estados Unidos. Y es indudable que la revolución, una vez comenzada, se desarrollará con una celeridad verdaderamente americana en los Estados Unidos. He aquí lo que se deduce de la apreciación de la situación mundial.

Resulta de aquí que la revolución no estallará en América sino en segundo lugar. Empezará en Europa y en Oriente. Europa llegará al socialismo contra la América capitalista, cuya oposición tendrá que vencer. Es verdad que sería más ventajoso empezar la socialización de los medios de producción por ese país sumamente rico que es América y continuarla luego en el resto del mundo. Pero nuestra propia experiencia nos ha demostrado que es imposible establecer caprichosamente el orden de la revolución en los diferentes países. Rusia, país económicamente débil y atrasado, ha sido el primero en llevar a cabo la revolución proletaria. Ahora les toca el turno a los demás países de Europa. América no permitirá que la Europa capitalista se levante de nuevo. Es el elemento de revolución que actualmente constituye el poder capitalista de los Estados Unidos. Cualesquiera que sean las fluctuaciones políticas que tenga que experimentar Europa, ésta permanecerá en una situación económica sin salida. Este es un hecho esencial, y este hecho, un año más pronto o más tarde, empujará al proletariado por la vía revolucionaria.

¿Podrá la clase obrera conservar el poder y realizar el socialismo en su economía sin América y contra ella? Esta cuestión se relaciona íntimamente con las de las colonias. La economía capitalista de Europa, y particularmente la de Inglaterra, dependen en gran parte de las posesiones coloniales, que suministran a las metrópolis los productos alimenticios en las materias primas necesarias para la industria. Entregada a sí misma, es decir, aislada del mundo exterior, la población de Inglaterra estaría condenada a una muerte económica y física inminente. La industria europea depende en muy gran medida de sus vínculos con América y las colonias. Ahora bien, el proletariado europeo, tan pronto como haya arrancado el poder a la burguesía, ayudará a los pueblos coloniales oprimidos a romper sus cadenas. ¿Podrá sostenerse en tales condiciones e instaurar la economía socialista?

Nosotros, pueblos de la Rusia zarista, nos hemos sostenido durante los años del bloqueo y de la guerra. Padecimos hambre, miseria, epidemias, pero resistimos. Nuestro estado de atraso constituyó para nosotros en estas circunstancias una superioridad. La revolución supo mantenerse apoyándose en su retaguardia representada por la clase campesina. Hambrienta y asolada por las epidemias, supo resistir bien, sin embargo. Pero la cuestión se plantea de otro modo para la Europa industrializada, y especialmente para Inglaterra. Una Europa fragmentada no podría, ni aun bajo la dictadura del proletariado, resistir económicamente conservando su fraccionamiento. La revolución proletaria implica la unificación de Europa. Actualmente los economistas, los pacifistas, los hombres de negocios, y hasta simplemente los charlatanes burgueses hablan a menudo de los Estados Unidos de Europa. Pero esta obra es superior a las fuerzas de la burguesía europea, roída por sus antagonismos. Sólo el proletariado victorioso podrá realizar la unión de Europa. Dondequiera que estalle la revolución y sea cualquiera el ritmo de su desenvolvimiento, la unión económica de Europa es la condición previa de su refundición socialista. La Internacional Comunista ya lo proclamó en 1923: hay que arrojar a los que han dividido a Europa, tomar el poder para unificarla y crear Estados Unidos socialistas de Europa. (*Aplausos*)

La Europa revolucionaria encontrará el camino que conduce a las materias primas, a los productos alimenticios; sabrá hacerse ayudar por la clase campesina. Por otra parte, nosotros nos hemos fortalecido considerablemente y podremos, en los meses más difíciles, ayudar algo a la Europa revolucionaria. Seremos, además, para esta última un puente hacia Asia. La Inglaterra proletaria caminará de la mano con los pueblos de la India y asegurará la independencia de este país. Pero no se sigue de aquí que pierda la posibilidad de una estrecha colaboración económica con la India. La India libre tendrá necesidad de la técnica y de la cultura europeas; Europa tendrá necesidad de los productos de la India. Estados Unidos de Europa, con nuestra Unión soviética, constituirán un poderoso centro de atracción para los pueblos de Asia, que procurarán establecer estrechas relaciones económicas y políticas con la Europa proletaria. Si Inglaterra proletaria pierde la India como colonia, la encontrará como compañera en la Federación Eurasiática de todos los pueblos. El bloque de los pueblos de Eurasia será inquebrantable y, sobre todo, invulnerable a los golpes de Estados Unidos. No se nos oculta el poder de estos últimos. En nuestras perspectivas revolucionarias, partimos de una clara apreciación de los hechos tales como son. Más aún: consideraremos que este poder (tal es la dialéctica) es actualmente la palanca por excelencia de la revolución europea. No ignoramos que, política y militarmente, esta palanca se volverá contra ella cuando la revolución europea estalle. Cuando se halle en juego su piel, el capital americano emprenderá la lucha con una energía feroz. Cuanto los libros y nuestra propia experiencia nos han enseñado respecto de la lucha de las clases privilegiadas para conservar su dominación, palidecerá seguramente ante las violencias que el capital americano hará sufrir a la Europa revolucionaria. Pero gracias a su colaboración revolucionaria con los pueblos de Asia, la Europa unificada será infinitamente más poderosa que los Estados Unidos. Por mediación de la Unión Soviética, los trabajadores de Europa y de Asia se hallarán indisolublemente unidos. Aliado al Oriente sublevado, el proletariado revolucionario europeo arrancará al capital americano el control de la economía mundial y asentará los fundamentos de la Federación de los pueblos socialistas del mundo entero. (*Tempestad de aplausos*)

Anexos

*¿Es apropiado el momento para la consigna: los Estados Unidos de Europa?*¹⁰

En relación a la consigna de “Gobierno Obrero y Campesino”, en mi opinión éste es el momento adecuado para lanzar la consigna de “Estados Unidos de Europa”. Sólo ligando estas dos consignas obtendremos una respuesta sistemática y progresiva a los problemas más candentes del desarrollo europeo.

La última guerra imperialista fue en el fondo una guerra europea. La participación episódica de Estados Unidos y de Japón no alteraron su carácter europeo. Habiéndose asegurado lo que ella quería, Estados Unidos retiró sus manos del incendio en Europa y volvió a casa.

La fuerza motriz de la guerra fue ésta, que las fuerzas capitalistas de producción habían sobrepasado las fronteras de los Estados nacionales europeos. Alemania se había arrogado la tarea de “organizar” a Europa, o sea, unificar económicamente al continente europeo bajo su propio control, para así poder disputarse seriamente con Inglaterra el control del mundo. El intento de Francia era el de desmembrar a Alemania. La pequeña población de Francia, su carácter predominantemente agrícola y su conservadurismo económico, hacen imposible para la burguesía francesa siquiera plantearse el problema de organizar a Europa, lo cual de hecho demostró estar por encima de las fuerzas del capitalismo alemán, aún siendo apoyado como lo fue por la maquinaria militar de los Hohenzollerns. La Francia victoriosa sólo mantiene ahora su dominio balcanizando a Europa. Gran Bretaña incita y apoya la política de Francia de desmembrar y agotar a Europa, siempre ocultando su trabajo atrás de la tradicional máscara británica de hipocresía. Como resultado de esto, nuestro desafortunado continente es cortado en pedazos, dividido, está exhausto, desorganizado y balcanizado (transformado en un manicomio). La invasión del Ruhr es un violento desquicio acompañado de un cálculo a largo plazo (la ruina final de Alemania), una combinación no desconocida por los psiquiatras.

En el fondo la guerra plantea la necesidad que tienen las fuerzas productivas de un escenario más amplio de desarrollo, sin ser bloqueadas por murallas arancelarias. Similarmente, en la ocupación del Ruhr tan fatal para Europa y la humanidad, encontramos una expresión distorsionada de la necesidad de unir el carbón del Ruhr con el hierro de Lorena. Europa no puede desarrollarse económicamente en el marco de las fronteras estatales y aduaneras impuestas en Versalles. Europa está obligada a remover sus fronteras, o a enfrentar la amenaza de una decadencia económica total. Pero los métodos adoptados por la burguesía en el poder para superar las fronteras que ella misma creó sólo están acelerando el caos existente y acelerando la desintegración.

Para las masas laboriosas de Europa se está volviendo más claro que la burguesía es incapaz de resolver los problemas básicos para restaurar la vida económica de Europa. La consigna de: “Gobierno Obrero y Campesino” está diseñada para satisfacer los crecientes intentos por parte de los obreros de encontrar una salida con su propio esfuerzo. Se ha vuelto ahora necesario señalar esta perspectiva de salvación más concretamente, es decir, afirmar que sólo en la cooperación económica más estrecha de

¹⁰ *Pravda*, 30 de junio de 1923. [Tomado de *¿Es apropiado el momento para la consigna: los Estados Unidos de Europa?*, Obra de Trotsky en CEIP León Trotsky.]

los pueblos de Europa yace el camino de salvación de nuestro continente de la decadencia económica y de la esclavización al poderoso capitalismo norteamericano.

Estados Unidos se mantiene alejado de Europa, tranquilamente esperando a que la agonía económica europea haya alcanzado un punto en el cual se haga muy fácil ir y comprar Europa por unas monedas (como fue comprada Austria). Pero Francia no puede mantenerse alejada de Alemania, como tampoco Alemania puede mantenerse al margen de Francia. Allí está el dilema central, y allí está la solución para el problema de Europa. Todo el resto es accidental. Mucho antes de la guerra imperialista nosotros reconocimos que los Estados de los Balcanes era imposible que existieran y se desarrollaran, excepto en una federación. Lo mismo es cierto para los varios fragmentos del imperio Austro-Húngaro, y para las partes occidentales de la Rusia zarista ahora viviendo afuera de la Unión Soviética. Los Apeninos, los Pirineos y Escandinavia son brazos y piernas del cuerpo europeo estirándose hacia los mares. Son incapaces de existir independientemente. El continente europeo en el estado actual de desarrollo de sus fuerzas productivas es una unidad económica (no una unidad cerrada, por supuesto, sino con profundas conexiones internas) como fue demostrado en la terrible catástrofe de la guerra mundial, y nuevamente revelado por el alocado paroxismo de la ocupación del Ruhr. Europa no es un término geográfico; Europa es un término económico, algo incomparablemente más concreto (especialmente en las condiciones de posguerra actuales) que el mercado mundial. Así como la federación fue reconocida tiempo atrás como esencial para la península balcánica, ha llegado el momento ahora de afirmar clara y definitivamente, que una federación es esencial para la Europa balcanizada.

Todavía queda por considerar la cuestión de la Unión Soviética, por un lado, y de Gran Bretaña por el otro. No hace falta decir que la Unión Soviética no se opondrá a la unión federativa de Europa, o a su propia adhesión a dicha federación. En consecuencia, también, se asegurará un puente confiable entre Europa y Asia.

El problema de Gran Bretaña es mucho más condicional; depende del ritmo con el cual se desenvuelva su desarrollo revolucionario. Si el “Gobierno de Obreros y Campesinos” triunfa en el continente europeo antes que el imperialismo británico sea derrotado -lo cual es bastante probable- entonces la Federación Europea de Obreros y Campesinos estará necesariamente enfrentada al capitalismo británico. Y, naturalmente, en el momento en que el capitalismo británico sea derrotado, las islas británicas serán bienvenidas como miembro dentro de la Federación Europea.

Se podrá preguntar: ¿por qué una Federación Europea y no una Federación Mundial? Pero esta forma de formular la pregunta es demasiado abstracta. Por supuesto, el desarrollo económico y político mundial tiende a gravitar hacia una economía mundial unificada, con su grado de centralización dependiendo del nivel tecnológico existente. Pero ahora estamos preocupados no por la futura economía socialista del mundo, sino por encontrar una solución al actual impasse europeo. Tenemos que ofrecer una solución a los obreros y campesinos de la arruinada y demolida Europa, bastante independientemente de cómo se desarrolle la revolución en Estados Unidos, Australia, Asia o África. Mirada desde este punto de vista, la consigna de los “Estados Unidos de Europa” está en el mismo plano histórico que la de “Gobierno Obrero y Campesino”; es una consigna transicional, indica una salida, una perspectiva de salvación, y brinda al mismo tiempo un impulso revolucionario a las masas laboriosas.

Sería un error medir el conjunto del proceso de la revolución mundial con la misma regla. Estados Unidos salió de la guerra fortalecido, no debilitado. La estabilidad interna de la burguesía norteamericana es todavía bastante considerable. La burguesía norteamericana está reduciendo su dependencia para con el mercado europeo a un mínimo. La revolución en Estados Unidos (considerada aparte de la de Europa) puede

de esta manera ser una cuestión de décadas. ¿Quiere decir eso que la revolución en Europa debe alinearse junto a la revolución en Estados Unidos? Ciertamente que no. Si la atrasada Rusia no esperó (y no podía hacerlo) la revolución en Europa, mucho menos puede Europa esperar la revolución en Estados Unidos. Una Europa Obrera y Campesina, bloqueada por los Estados Unidos capitalistas (y quizás inclusive en principio por Gran Bretaña), será capaz de mantenerse a sí misma y desarrollarse como una unión económica y militar estrechamente consolidada.

El peligro que surge desde los Estados Unidos de América no debe ser pasado por alto (éstos alientan la destrucción de Europa, y están listos para transformarse subsiguientemente en los amos de ésta), ya que provee un lazo muy sustancial para unir a los pueblos de Europa quienes se están arruinando mutuamente, en unos “Estados Unidos Obreros y Campesinos de Europa”. Esta oposición entre Europa y los Estados Unidos surge orgánicamente de las diferencias en la situación objetiva de los países europeos y de la poderosa república trans-atlántica, y no está de ninguna manera dirigida contra la solidaridad internacional del proletariado, o en contra de los intereses de la revolución en Estados Unidos. Una de las razones del desarrollo tardío de la revolución en el mundo es la degradante dependencia europea del rico tío norteamericano (el wilsonismo, la provisión caritativa de alimentos para los distritos de Europa más afectados por la hambruna, los “préstamos” norteamericanos, etc.). Cuanto más pronto las masas europeas recuperen la confianza en sus propias fuerzas que fueron minadas durante la guerra, y cuanto más estrechamente éstas se organicen alrededor de la consigna “Repúblicas europeas de trabajadores y campesinos unidos”, más rápido se desarrollará la revolución en ambos lados del Atlántico. Así como el triunfo del proletariado en Rusia le dio un impulso poderoso al desarrollo de los partidos comunistas de Europa, de la misma manera, e incluso en un grado incomparablemente mayor, el triunfo de la revolución en Europa le dará un poderoso impulso a la revolución en Estados Unidos y en todas partes del mundo. Aunque, cuando nos abstraemos de Europa, forzosamente debemos tratar de ver a través de décadas neblinosas para percibir la revolución en Estados Unidos, de todas formas podemos afirmar con seguridad que por la secuencia natural de los eventos históricos la revolución triunfante en Europa servirá en pocos años para resquebrajar el poder de la burguesía norteamericana.

No solamente la cuestión del Ruhr, es decir, del combustible y el hierro europeo, sino también la cuestión de las reparaciones encajan en el patrón de los “Estados Unidos de Europa”. La cuestión de las reparaciones es puramente una cuestión europea, y puede ser y será resuelta en el período venidero inmediato solamente por medios europeos. La Europa de Obreros y Campesinos tendrán su propio presupuesto para reparaciones (como tendrá su propio presupuesto de guerra) mientras esté amenazada por peligros externos. Este presupuesto estará basado en impuestos graduales a las ganancias, en gravámenes al capital, en la confiscación de las riquezas saqueadas durante la guerra, etc. Su distribución será regulada por los correspondientes organismos de la Federación Europea de Obreros y Campesinos.

No debiéramos aquí darnos el lujo de especular sobre la velocidad con la cual procederá la unificación de las repúblicas europeas, en qué formas económicas y constitucionales se expresará, ni cuál será el grado de centralización que se obtendrá en el primer período del régimen de los obreros y los campesinos. Todas estas consideraciones podemos tranquilamente dejarlas para el futuro, recordando la experiencia ya adquirida por la Unión Soviética, construida sobre el suelo de la antigua Rusia zarista. Lo que es perfectamente evidente es que las barreras aduaneras deben ser

demolidas. Los pueblos de Europa deben considerar a Europa como el terreno para una vida económica unificada y crecientemente planificada.

Se podría discutir que en realidad estamos hablando de una Federación Europea Socialista como parte integral de una futura Federación Mundial, y que semejante régimen sólo puede ser puesto en pie por la dictadura del proletariado. No debemos, sin embargo, detenernos a responder este argumento, ya que fue refutado por el análisis internacional hecho durante las consideraciones sobre la cuestión del “Gobierno Obrero”. Los “Estados Unidos de Europa” es una consigna que se corresponde en todos los aspectos con la consigna de “Gobierno Obrero (u Obrero y Campesino)”. ¿Es la realización del “Gobierno Obrero” posible sin la dictadura del proletariado? Solo una respuesta condicional puede ser dada a esta pregunta. En todo caso, nosotros consideramos al “Gobierno Obrero” como un estadio hacia la dictadura del proletariado. Allí es donde yace el gran valor de esta consigna para nosotros. Pero la consigna de “Estados Unidos de Europa” tiene una significación exactamente igual y paralela. Sin esta consigna complementaria los problemas fundamentales de Europa siguen suspendidos en el aire.

¿Pero esta consigna no puede ser utilizada por los pacifistas? Yo no creo que existan tales “izquierdistas” hoy en día que consideren este peligro suficiente como para rechazar la consigna. Después de todo, vivimos en 1923, y hemos aprendido un poco del pasado. Existen las mismas razones, o ausencia de razones, para temer la interpretación pacifista de los “Estados Unidos de Europa” como las hay para temer una interpretación democrático-ererista de la consigna “Gobierno Obrero y Campesino”. Por supuesto, si planteamos “Los Estados Unidos de Europa” como un programa independiente, como una panacea para lograr la pacificación y la reconstrucción, y si aislamos esta consigna de consignas como las de “Gobierno Obrero”, del frente único, y de la lucha de clases, ciertamente terminaremos en un democratizado wilsonismo, o sea, en el kautskismo, e inclusive en algo más degradante (asumiendo que no hay nada más degradante que el kautskismo). Pero repito, vivimos en el año 1923 y hemos aprendido un poco del pasado. La Internacional Comunista ya es una realidad, y no será Kautsky quien inicie y controle la lucha asociada a nuestras consignas. Nuestro método de plantear el problema es opuesto al de Kautsky. El pacifismo es un programa académico, cuyo objeto es evitar la necesidad de la acción revolucionaria. Nuestra formulación, por el contrario, es un incentivo para la lucha. A los obreros de Alemania, no a los comunistas (a ellos no hace falta convencerlos), sino a los obreros en general, y en primer lugar a los trabajadores socialdemócratas, que temen las consecuencias económicas de la lucha por un gobierno de los trabajadores; a los obreros de Francia, cuyas mentes siguen obsesionadas por el problema de las reparaciones y de la deuda nacional; a los obreros de Alemania, Francia y de toda Europa, que temen que el establecimiento de un régimen obrero lleve al aislamiento y a la ruina económica de sus países, nosotros les decimos: incluso aunque fuera temporalmente aislada (y con semejante puente hacia el Este como es la Unión Soviética, sería difícil aislar a Europa), Europa sería capaz no sólo de mantenerse, sino también de consolidarse y de reconstruirse, una vez que haya derribado todas las barreras aduaneras y se haya unido económicamente a las inagotables riquezas naturales de Rusia.

Los “Estados Unidos de Europa” (una perspectiva puramente revolucionaria) es la próxima etapa en nuestra perspectiva revolucionaria general. Esta surge de las profundas diferencias entre la situación de Europa y la de Estados Unidos. Quien quiera ignorar estas diferencias, sólo ahogará, lo quiera o no, las perspectivas revolucionarias en puras abstracciones históricas. Naturalmente la Federación de Obreros y Campesinos

no se detendrá en su fase europea. Estamos entonces anticipando sólo una etapa, pero una etapa de gran importancia histórica, a través de la cual debemos pasar primero.

*La estabilización del capitalismo mundial*¹¹

El camarada Varga ha planteado este interrogante: ¿las fuerzas productivas capitalistas están en vías de desarrollarse? Después ha establecido el balance de la producción de 1900, 1913 y 1924, para Norteamérica, Europa, Asia y Australia. La cuestión de la estabilización del capitalismo no se resuelve así. Así no se puede medir la situación revolucionaria; se puede medir la producción mundial, pero no la situación revolucionaria porque, bajo las condiciones históricas actuales, la situación revolucionaria en Europa viene determinada en gran medida por el antagonismo de la producción norteamericana y de la producción europea, así como por la relación de la producción inglesa y alemana, la competencia entre Francia e Inglaterra, etc. Son estos antagonismos los que determinan directamente la situación revolucionaria, al menos en sus fundamentos económicos. No es dudoso que durante estos últimos diez años hayan crecido las fuerzas productivas en Norteamérica igual que en Japón e India. Pero ¿y en Europa? En Europa, en su conjunto, no han crecido. La cuestión esencial, que es que Norteamérica y, en cierta medida, Japón, empuja a Europa hacia un impase y cierra toda salida a sus fuerzas productivas que aumentaron parcialmente durante la guerra, no puede llegar a resolverse haciendo la suma de la producción sino analizando los antagonismos económicos.

Cierto que no se trata de que Norteamérica llegue a organizar el caos del mercado mundial y asegurar así la estabilidad del capitalismo para muchos años, si no para siempre. Por el contrario, al hacer refluir a los países europeos a sectores cada vez más restringidos, Norteamérica prepara una agravación sin precedentes de las relaciones internacionales, de sus relaciones con Europa y de las relaciones interiores de Europa. Pero en el actual estadio de desarrollo alcanza una parte de sus objetivos imperialistas de forma “pacífica”, casi “filantrópica”.

El Plan Dawes (aplicado oficialmente en Alemania y para el que Francia está madura) comenzó a ser proyectado por Inglaterra, al menos parcialmente. Cierto que de ello no se deriva que Norteamérica logre llevar a buen puerto la “dawesización” de Europa. No se trata de eso. Por el contrario, la “dawesización”, que hoy en día le confiere preponderancia a las tendencias “pacifistas”, hace todavía más intolerable la situación de Europa y prepara formidables explosiones revolucionarias.

Pero al restaurar sus funciones económicas elementales los países europeos resucitan sus antagonismos y chocan unos con otros. Como la potencia de Norteamérica comprime el proceso de restauración de Europa dentro de marcos restringidos, los antagonismos que llevaron a la guerra imperialista pueden renacer antes de la vuelta de la producción y del comercio a su nivel de preguerra. A pesar de las apariencias, lo que

¹¹ Extractos de un discurso pronunciado el 25 de mayo de 1925. [Tomado de [La estabilización del capitalismo mundial](#). Edicions Internacionals Sedov-Trotsky inédito en internet y en castellano.]

se produce bajo el control financiero de Norteamérica no es una atenuación sino una agravación de las contradicciones internacionales.

Toda la “colaboración” pacífica de Norteamérica e Inglaterra para Norteamérica consiste en ir haciendo retroceder a Inglaterra cada vez más, empleándola como guía, como intermediario, en el dominio diplomático y comercial... La importancia relativa de la economía inglesa, y en general de toda la economía europea, está decreciendo en el mundo mientras que la estructura económica de Inglaterra, Europa Central y occidental surgió de la hegemonía mundial de Europa y exige esa hegemonía. Esta contradicción irremediable, fatal, es la premisa económica de una situación revolucionaria en Europa. En consecuencia, caracterizar la situación revolucionaria sin tener en cuenta los antagonismos de Estados Unidos y Europa me parece cosa imposible y el error esencial del camarada Varga.

La estabilización de la libra esterlina es incontestablemente un elemento de “orden”, pero al mismo tiempo muestra muy bien el declive general de Inglaterra y su dependencia frente a Estados Unidos.

En nuestras apreciaciones tenemos de desembarazarnos de nuestro provincialismo europeo. Antes de la guerra nos representábamos a Europa como la dueña de la suerte del mundo y concebíamos la cuestión de la revolución de forma nacional, provincialmente europea, según el programa de Erfurt. Pero la guerra mostró y reforzó la indisoluble ligazón de todas las partes de la economía mundial. Este es un hecho esencial, y nadie puede representarse la suerte de Europa al margen de las relaciones y contradicciones de la economía mundial. Y cada día, cada hora, nos muestra el crecimiento de la potencia norteamericana en el mercado mundial y la dependencia en aumento de Europa respecto a Norteamérica. La situación actual de Estados Unidos recuerda en determinadas relaciones a la de Alemania antes de la guerra. Norteamérica también es un recién llegado, que llegó cuando el mundo ya estaba repartido. Pero Norteamérica se distingue de Alemania en que es infinitamente más potente que esta última y puede realizar muchas más cosas sin recurrir a la fuerza de las armas. Ha obligado a Inglaterra a romper su tratado con Japón. ¿Cómo lo ha hecho? Sin desenvainar la espada. Ha obligado a Inglaterra a reconocer que la flota norteamericana debe ser igual que la suya y a renunciar, así, a su supremacía naval. ¿Cómo lo ha logrado? Mediante una presión económica. Le ha impuesto a Alemania el Plan Dawes. Ha obligado a Inglaterra a pagarle sus deudas. Empuja a Francia a hacer lo mismo y, con ese objetivo, la incita a volver a una moneda estable. ¿Qué significa todo ello? Un nuevo impuesto gigantesco sobre Europa en beneficio de Norteamérica. Continúa el desplazamiento de las fuerzas de Europa hacia Norteamérica. Aunque la cuestión de las salidas de los mercados no sea primordial, Inglaterra ha hecho de ella una cuestión de vida o muerte y no logra resolverla. Su organismo está minado por la gangrena del paro. El estado de ánimo de sus medios económicos y políticos está impregnado del más sombrío de los pesimismo.

El “peligro” no radica en que Europa pueda llegar a una estabilización, a una regeneración de las fuerzas económicas del capital que postergaría la revolución a una fecha lejana, indeterminada. Lo que es de temer es que tengamos que enfrentarnos con una situación revolucionaria en un futuro tan cercano que todavía no hayamos tenido

tiempo para formar un partido comunista fuertemente templado. He ahí el punto sobre el que necesitamos concentrar nuestra atención.

Sobre la cuestión de la “estabilización” de la economía mundial¹²

(Discurso del camarada Trotsky sobre el informe del camarada Varga)

Camaradas, es muy difícil hablar sobre una cuestión tan compleja, limitada por la estructura del informe de otra persona, especialmente un informe de una base tan abstracta y de una exposición más abstracta aún. Es por esto que por mi parte, habrá inevitablemente algunas improvisaciones acerca de este esquema ajeno que no domino del todo. Todo esto realmente hace mi tarea muy complicada.

Me parece que el defecto principal del informe del camarada Varga es la naturaleza abstracta, no sólo de la exposición, sino también de su contenido. El planteó esta cuestión: están desarrollándose o no las fuerzas productivas del capitalismo; y tomó en consideración la producción mundial de los años 1900, 1913 y 1924 calculada para Norteamérica, Europa, Asia y Australia. Sin embargo, esto no es relevante para resolver la cuestión de la estabilización del capitalismo. No se puede medir la situación revolucionaria en esta forma. Se puede medir la producción mundial, pero no la situación revolucionaria, porque la situación revolucionaria en Europa, en las condiciones históricas actuales, está determinada en un grado importante por los antagonismos entre Europa y Estados Unidos, y dentro de Europa misma (interrelaciones entre la producción alemana y la inglesa, la competencia entre Francia e Inglaterra, etc). Como mínimo, las bases económicas de estos antagonismos determinan la situación revolucionaria en una forma inmediata. Que las fuerzas productivas han crecido en los EE.UU. en los últimos 10 años, está fuera de toda duda. Tampoco podemos cuestionar el hecho de que las fuerzas productivas en Japón han crecido durante la guerra y están creciendo ahora. También crecieron y continúan creciendo en la India. ¿Y en Europa? En Europa, no están creciendo ni en general ni en su conjunto. Por lo tanto la cuestión básica se resuelve no calculando la producción, sino por medio de un análisis de los antagonismos económicos. El meollo de la cuestión es éste: EE.UU. y, en parte, Japón, están empujando a Europa a un callejón sin salida, no dejándole ningún mercado para sus fuerzas productivas, que fueron solamente en parte rejuvenecidas durante la guerra. Yo no sé si ustedes han tomado en cuenta el reciente discurso de uno de los más prominentes exportadores norteamericanos, Jules Barnes, que tiene lazos estrechos con el Ministerio de Comercio de EE.UU. Barnes bosquejó, aparentemente en la Conferencia de Comercio Norteamericana, y propuso en la Conferencia de Bruselas de representantes norteamericanos, el siguiente programa de desarrollo: “nosotros queremos aplacar los problemas de Europa, pero al mismo tiempo queremos destinarle ciertos sectores del mercado mundial a algunos países europeos, de forma de que no choquen con los productos norteamericanos”. Estas fueron casi exactamente sus palabras. Para que Alemania no choque con los productos y con el comercio norteamericanos, nosotros los norteamericanos les indicamos a los alemanes que comercien con la Unión Soviética, etc. Estas no son palabras vacías, porque Europa depende de los Estados Unidos en grado extraordinario. Por cierto, EE.UU. no puede organizar exitosamente el caos del mercado mundial y garantizar de tal manera la estabilidad del capitalismo por un tiempo prolongado, o para siempre. Por el contrario, al empujar a los países europeos más y más hacia una estrecha franja del mercado,

¹² Discurso pronunciado el 25 de mayo de 1925, tomado de *Sobre la cuestión de la “estabilización” de la economía mundial*. CEIP-Obra de León Trotsky.

EE.UU. está preparando actualmente un nuevo deterioro sin precedentes de las relaciones internacionales, tanto entre EE.UU. y Europa como dentro de Europa misma. Pero en la etapa actual del desarrollo, EE.UU. está logrando un conjunto de objetivos imperialistas por vías “pacíficas”, casi “filantrópicas”. Tomemos la cuestión de la estabilización de la moneda, que es el rasgo más claro de la así llamada estabilización del capitalismo. El país más rico de Europa (Gran Bretaña) ha estabilizado actualmente su libra esterlina. ¿Cómo la estabilizó? Por medio de un préstamo de 300 millones de dólares de Nueva York, de modo que si la libra esterlina cae en su valor, el capital norteamericano la debería salvar. La consecuencia de esto es que ahora la libra esterlina se ha vuelto un juguete en las manos de la Bolsa de Valores norteamericana, la cual en cualquier momento podría debilitarla. Lo que se usó oficialmente en las relaciones con Alemania, lo que maduró en las relaciones con Francia (el sistema Dawes) es ahora, al menos parcialmente contemplado en relación a Gran Bretaña. En realidad, esto no significa de ninguna manera que EE.UU. pueda llevar exitosamente adelante esta política hasta el final, y estabilizar una Europa “Dawesizada”. Esto es simplemente impensable. Por el contrario, la “Dawesización” dando hoy predominio a las tendencias “pacifistas”, empeora de hecho las penurias de Europa y está preparando una explosión masiva.

La camarada Aizenshtadt se equivoca de la misma forma cuando argumenta a favor del desarrollo general por igual de las fuerzas productivas de Norteamérica y de Europa. ¿La Catedral de Reims es diferente de los rascacielos de Nueva York? Ellos construyeron rascacielos allí porque la destrucción se llevó a cabo en Europa con la ayuda de la dinamita norteamericana. El flujo de oro hacia América no trajo como consecuencia un desarrollo correlativo de las fuerzas productivas de Europa. No se pueden sumar mecánicamente estos dos fenómenos paralelos, el vaciamiento de Europa y el enriquecimiento de EE.UU. No se puede sumar la riqueza perdida de Europa con la riqueza acumulada en Norteamérica. Aunque la camarada Aizenshtadt objetó al camarada Varga, en realidad solamente amplifica sus errores. Él también combina el valor de Europa y de América, cuando en realidad éstos se oponen uno a otro tanto económica como políticamente (esto es lo que determina en gran medida la situación sin salida de Europa).

Repito una vez más: si yo cito el programa de J. Barnes con respecto a asignarle a Europa sectores estrictamente definidos del mercado mundial, es decir, darle suficientes suministros a los países europeos para que puedan pagar los intereses sobre los préstamos y los propios préstamos sin fragmentar al mismo tiempo el mercado norteamericano, de esto no puede concluirse que Europa misma esté segura a un determinado nivel y preservada durante un largo tiempo. Nada de eso. Es imposible establecer cualquier grado de seguridad a largo plazo, ya sea en las relaciones internacionales o internas del capitalismo imperialista.

No es necesario decir que en este punto ninguno de nosotros tiene la menor duda. El sistema Dawes, la restauración de la moneda, los acuerdos de comercio, todo este “pacifismo” y las medidas de recuperación se llevan a cabo con el “apoyo” norteamericano, y están bajo el control de EE.UU. Esto es característico del estadio actual en el desarrollo de Europa. Pero al recuperar sus funciones económicas elementales, los países europeos restauran todos sus antagonismos, afectándose mutuamente. En la medida en que EE.UU. restringe severamente el proceso de recuperación europeo dentro de estrechos límites, estos antagonismos, que llevaron directamente a la guerra imperialista, podrían reavivarse incluso antes de que los niveles de producción y comercio de preguerra fueran alcanzados. Bajo el control financiero “pacifista” de EE.UU., y a pesar de las actuales “apariencias”, ahora se está dando, no

un alivio sino un aumento de las tensiones internacionales. Esto se aplica también y no en menor medida a las relaciones internas, es decir las relaciones entre las clases. El II Congreso de la Internacional Comunista¹³ ya enfatizó el punto esencial de que la declinación del desarrollo de las fuerzas productivas de Europa en la posguerra no significa ni un freno, ni tampoco un ritmo más lento, sino por el contrario una poderosa intensificación y agudización en el proceso de diferenciación social: la ruina de la pequeñoburguesía y las clases medias, la concentración del capital (sin acumulación nacional), y la proletarización y aún mayor pauperización de todos los nuevos estratos nacionales. Todos los congresos siguientes subrayaron este hecho. Es en este sentido que tiene razón totalmente el camarada Varga cuando dice que en Europa se está dando ahora una más profunda polarización de las relaciones de clase que no ha alcanzado y no puede alcanzar ningún tipo de estabilización. El volumen general de riqueza en Europa no está creciendo, o casi no está creciendo, sino que está siendo amasada cada vez más en menos y menos manos y a un ritmo aún más acelerado que el de antes de la guerra. Una de las capas del proletariado se está transformando en lumpen proletariado. La muestra de esto es Gran Bretaña. Allí observamos un fenómeno de un orden nuevo, precisamente un ejército estable de desocupados que durante todo el período de posguerra no ha bajado de 1.250.000, y actualmente anda cerca de 1.500.000. Pero la estabilización del desempleo no es lo mismo en absoluto que la estabilización del capitalismo. En uno de sus últimos artículos Kautsky decía que la revolución socialista iba a venir de todos modos en el momento oportuno (dentro de 100 años y en forma progresiva) porque el proletariado está creciendo, su peso en la sociedad está aumentando, etc.; en otras palabras, repite el *Programa de Erfurt*, pero en una forma vulgarizada. Hoy en día vemos que esto es incorrecto. Si el proletariado está creciendo, entonces está creciendo en Gran Bretaña, el país más rico de Europa, como lumpen proletariado. Y no sólo en Inglaterra. Aquí se pueden repetir las palabras de Marx sobre que Inglaterra no hace más que mostrar a los demás países la imagen del futuro.

Francia enfrenta la tarea urgente de estabilizar el franco. Esto significa que en un futuro más o menos cercano habrá también desocupación crónica en Francia. Si el proletariado francés está hoy en su conjunto ocupado en la industria, esto se debe a que la industria francesa vive no por sus propios medios, sino con la ayuda de dinero falso, con la ayuda de la inflación. EE.UU. exige a Francia lo que ya ha conseguido de Inglaterra: la estabilidad de su moneda. Esto requiere un flujo de oro hacia el tesoro de Francia. Pero por el oro norteamericano hay que pagar un alto interés, y esto trae consigo un costo adicional generalizado sobre la industria francesa. Este costo adicional sobre la industria francesa tiene como resultado un empeoramiento del mercado, y este mercado, que ahora Francia posee al precio de la ruina de su moneda y a expensas de minar los cimientos de sus finanzas, se paralizará, y por lo tanto habrá allí, inevitablemente, un ejército de reserva estable como en Inglaterra. Si Francia rechazara esto, EE.UU. forzaría a Francia a ir hacia una moneda estable con todas las consecuencias que esto traería aparejado. La expresión más clara del proceso de restauración se da en Alemania, donde la curva capitalista ha caído a su punto más bajo. Pero en Alemania el proceso de recuperación opera dentro de los marcos de una lucha por alcanzar los niveles de preguerra, y en el camino hacia lograr este nivel, Alemania tropezará con muchos obstáculos políticos y económicos. Mientras tanto, debido a su riqueza nacional dilapidada, asistimos a una intensificación cada vez mayor de las contradicciones sociales. Una parte de la exposición del informe del camarada Varga es muy abstracta, pero es correcta. Yo tengo en mente esa parte en la cual el camarada

¹³ Ver en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Edicions Internacionals Sedov. EIS.

Varga hablaba de una deformación de la sociedad que no puede ser revertida. Para abolir el desempleo en Inglaterra se necesitaría capturar el mercado, mientras que Inglaterra no está ganándolo sino perdiéndolo. Para estabilizar el capitalismo inglés es preciso -nada más ni nada menos- desplazar a EE.UU. Pero esto es fantástico y utópico. Toda la “cooperación” entre EE.UU. y Gran Bretaña consiste en que Estados Unidos, dentro del marco de la pacífica cooperación “pacifista”, es el que está desplazando cada vez más a Gran Bretaña, usándola como un medio, una herramienta, como un agente intermediario en los campos diplomático y comercial. La porción que dominan hoy del mundo el conjunto de la economía británica y el conjunto de la economía europea está cayendo (a la vez que, la estructura económica de Inglaterra y de Europa Centro-Occidental surgieron de la hegemonía mundial de Europa y dependían de esta hegemonía). Esta contradicción, que es tan inevitable como imposible de ignorar, se está profundizando progresivamente, y es el prerequisite económico básico de una situación revolucionaria en Europa.

De esta manera, me parece que es absolutamente imposible caracterizar la situación revolucionaria por fuera del antagonismo entre Estados Unidos y Europa, y este es el error fundamental del camarada Varga.

Pero aquí se planteó la cuestión acerca del origen del propio concepto de estabilización. ¿Por qué hablar de estabilización? Pienso que no se puede contestar esta pregunta sólo en el marco de las categorías económicas; no podemos evitar plantear temas políticos. Tomemos por ejemplo la situación económica europea. ¿Cómo estaba inmediatamente después de la guerra, y cómo está ahora? ¿Ha habido algunos cambios? Seguro que ha habido cambios, y muy serios. En Francia todas las estaciones ferroviarias destruidas fueron reconstruidas, y los departamentos del Norte fueron restaurados en gran medida; en Alemania ahora se viaja sobre neumáticos de goma y no sobre paja. Muchas cosas han sido restauradas, reparadas, mejoradas. Si uno aborda el tema con un punto de vista tan limitado, pareciera que se ha hecho mucho en el período de posguerra. Es como una persona que luego de caer en dificultades extremas e incluso en la pobreza, y cuando tiene una o dos horas libres, cose apresuradamente algunos botones, pone remiendos, se lava, etc. Ahora bien: tomemos toda la situación de Europa de conjunto en el seno de la economía mundial. ¿Ha cambiado? ¿Ha mejorado o no en estos años? No, no ha mejorado. La posición de Europa en la escala mundial no mejoró; este es el punto esencial. Sin embargo ¿por qué hablamos de estabilización? Por sobre todas las cosas, porque aunque Europa no ha escapado de su posición general de decadencia, se las ha arreglado de todas formas para introducir ciertos elementos de regulación en su economía. No podemos ignorarlo. Esto no es indiferente para el destino y la lucha del proletariado europeo, y para establecer las tácticas correctas de los partidos comunistas. Pero no decide el destino general del capitalismo europeo. La estabilización de la libra esterlina con el oro es indudablemente un elemento de “regulación”, pero al mismo tiempo la estabilización de la moneda sólo revela de forma más clara y precisa la decadencia de Inglaterra y su colosal dependencia de Estados Unidos.

¿Qué significa, sin embargo, la regulación del capitalismo europeo, la restauración de sus funciones elementales, etc.? ¿Es esta regulación interna sólo la condición preliminar y necesaria, y junto con esto, un indicador, de una estabilización futura saludable y a largo plazo? No, no hay ningún hecho que apoye una proposición semejante. Para comprender cómo y por qué la burguesía europea fue capaz de “regular” su economía, deben considerarse cuestiones políticas y su interrelación mutua con la economía. En 1918-19 tuvimos en Europa, sobre una base económica sujeta todavía a las consecuencias directas de la guerra, un poderoso alzamiento revolucionario

espontáneo de las masas trabajadoras. Esto sacudió al estado burgués hasta sus cimientos y produjo una fuerte falta de autoconfianza de la burguesía como clase dominante (no tuvo siquiera la decisión suficiente como para remendar su vestimenta europea). Sus pensamientos sobre la estabilización de la moneda quedaron entre el tercer y el cuarto lugar, si es que permanecieron en algún sitio, mientras que la ofensiva del proletariado amenazaba su supremacía. Entonces la inflación fue una medida de autodefensa directa de clase para la burguesía, de la misma forma que el comunismo de guerra fue en nuestro país una medida de autodefensa del poder proletario. El camarada Varga recuerda correctamente que durante el I y II Congreso consideramos que era extremadamente probable la toma del poder por parte del proletariado en Europa. ¿En qué consistió nuestro error? ¿En qué terreno no estábamos preparados? ¿Estaba la economía preparada para una revolución social? Sí, lo estaba. ¿En qué sentido? En un sentido fundamental, podría decirse. Ya en la preguerra el estado de la tecnología y de la economía hacía objetivamente ventajosa la transición al socialismo. ¿En qué consistieron los cambios que tuvieron lugar durante y después de la guerra? Consistieron en el hecho de que, si se toma el desarrollo como un proceso gradual generalizado, las fuerzas productivas de Europa dejaron de desarrollarse. Antes de la guerra se desarrollaban rápidamente y dentro de los marcos del capitalismo. Su desarrollo entró en un callejón sin salida, y esto condujo a la guerra. Luego de la guerra cesaron de desarrollarse en Europa. Tenemos estancamiento con agudas fluctuaciones irregulares de arriba hacia abajo que no permiten siquiera mantener la coyuntura. Si, hablando en forma general, la coyuntura es el pulso del desarrollo económico, una cantidad de temblores coyunturales testimonian que el capitalismo aún vive. En el III Congreso de la Comintern demostramos que los cambios en la coyuntura, inevitablemente continuarían y conducirían a un mejoramiento en la coyuntura. Pero existe una diferencia entre el latido del corazón de un hombre saludable y el de uno enfermo. En 1921 dijimos que el capitalismo no ha muerto, que vive. Por lo tanto, su corazón latiría, y la coyuntura cambiaría. Pero cuando un ser vivo cae en una condición insoportable, su pulso late irregularmente, y le es difícil alcanzar el ritmo necesario, etc. Es lo que hemos tenido todo el tiempo en Europa. Si los cambios cíclicos en Europa se vuelven una vez más regulares y vigorosos (y hablo sobre esto con todas las reservas necesarias y en forma totalmente condicional), entonces, hasta un cierto punto, mostraría que la burguesía había dado algún tipo de paso principista hacia adelante en el sentido de consolidar las relaciones económicas. Pero hasta ahora no se puede hablar de nada similar a esto. La irregularidad, la no recurrencia y la naturaleza no periódica de estos temblores coyunturales muestran que el capitalismo europeo y sobre todo el británico está constreñido en forma insoportable dentro de los límites en que cayó después de la guerra. Las fuerzas productivas, empujando hacia adelante, chocan con los límites del mercado mundial, que son demasiado estrechos para ellas. De aquí las convulsiones económicas. Los espasmos, y los temblores bruscos y agudos sin una periodización regular, que muestra la coyuntura económica.

Pero volvamos al problema: ¿qué fue lo que no tomamos en cuenta en 1918-19, cuando esperábamos que el proletariado europeo tomara el poder en los meses siguientes? ¿Qué fue lo que faltó para la realización de esas expectativas? Los prerrequisitos económicos y la diferenciación de clases no faltaron -las condiciones objetivas estaban suficientemente preparada. También estaba presente el movimiento revolucionario del proletariado. Después de la guerra, el proletariado estaba en un estado de ánimo tal que se lo hubiera podido conducir hacia la batalla decisiva. Pero no había nadie para dirigir ni nadie para organizar esta batalla no había partido. Este fue el factor que ignoramos, y este fue el error de nuestro diagnóstico. En la medida en que no

había partido, la victoria era imposible. Y, por otra parte, no se puede mantener el fervor revolucionario del proletariado todo el tiempo necesario hasta que se haya creado el partido.

El Partido Comunista comenzó a ser creado. Mientras tanto, la clase trabajadora, al no encontrar una dirección combativa en el momento apropiado, fue forzada a acomodarse a la situación que se formó después de la guerra. De aquí que los viejos partidos oportunistas recibieran una nueva oportunidad, en menor o mayor medida, de fortalecerse. El capitalismo también sobrevivió. ¿Qué fue lo que el capitalismo recibió precisamente porque no había ningún partido revolucionario en el momento crucial y el proletariado no pudo tomar el poder en sus manos? Un respiro; es decir, la posibilidad de orientarse más pacíficamente hacia la situación que se estaba formando: restaurar la moneda, sustituir la paja por cubiertas de goma, alcanzar acuerdos comerciales, etc. En suma, tuvieron lugar cambios serios en el estado del capitalismo europeo que no podemos subestimar, pero que están contenidos dentro de los mismos límites de las fuerzas económicas, financieras y militares mundiales que fueron preparadas antes de la guerra, que se determinaron finalmente durante la guerra, y que no han cambiado en lo que concierne a Europa en el último período. No es debido a que el capitalismo haya creado con éxito y por sus propios medios condiciones para el desarrollo mayor de las fuerzas productivas, que no existe hoy una situación revolucionaria en Europa. No hay un desarrollo de las fuerzas productivas, y no hay síntomas serios que apunten a esa dirección. La ausencia de una situación revolucionaria se expresa directamente por cambios en el estado de ánimo de la clase trabajadora, más notablemente en Alemania, en el reflujo de la revolución hacia la socialdemocracia. Este reflujo es una consecuencia del hecho de que la oleada revolucionaria de posguerra, durante y después de los acontecimientos del Ruhr, no tuvo éxito. Como resultado de este reflujo, la burguesía pudo reparar los elementos más estropeados de su aparato estatal y económico. Pero su siguiente lucha, aunque más no fuera por el nivel económico de preguerra, está inevitablemente preñada de nuevas y flamantes contradicciones, conflictos, temblores, “episodios” del tipo de los sucesos del Ruhr, etc. El estado de ánimo de la clase obrera, como lo ilustró nuevamente 1923 en Alemania, es un factor incomparable e incommensurablemente más fluido que la “estabilización” económica de determinado país, lo cual, en cada uno de los estadios subsiguientes, puede poner a los partidos comunistas de Europa frente a nuevas situaciones revolucionarias.

Aquí el camarada Varga mencionó un hecho importante: la burguesía no puede engordar al estrato superior de la clase obrera. En estos momentos, en Inglaterra, el gobierno conservador de Baldwin quiere realmente hacer las paces con los obreros. Si uno sigue los últimos discursos de Baldwin, los encuentra llenos de gran preocupación. No hace mucho se escuchó en el Parlamento esta frase clásica: “Nosotros, los conservadores, no queremos tirar primero”. Y cuando la extrema derecha de su propio partido propuso una ley para prohibir a los sindicatos que recolectaran cotizaciones (y los liberales estaban totalmente de acuerdo con esto porque el Partido Laborista que los destruyó depende de ese dinero), Baldwin dijo: no hace falta decir que el hecho de que las cotizaciones políticas sean obligatorias rompe con las tradiciones inglesas, y todo lo demás, pero “Nosotros no queremos ser quienes disparen primero”. Esta fue exactamente su expresión, que no es sólo un mero recurso retórico.

Si uno sigue la economía inglesa, la política, la prensa, el estado de ánimo de Gran Bretaña, se obtiene la impresión de que la situación revolucionaria está avanzando, aunque lentamente, pero con sorprendente regularidad. La situación desesperada del capitalismo británico encontró su expresión en la caída del liberalismo, el crecimiento del Partido Laborista, la aparición de un estado de ánimo nuevo entre las masas

trabajadoras, etc. Baldwin construye su política sobre la esperanza de un “compromiso” con los trabajadores.

Mientras tanto, los sindicatos ingleses, que nosotros conocemos como los responsables de haber cerrado acuerdos conservadores (de lo que era para nosotros expresión el sindicalismo (una expresión del más acabado oportunismo en las fábricas) se están transformando gradualmente en un gran factor revolucionario en la historia europea.

El comunismo puede llevar a cabo su misión en Inglaterra sólo a condición de combinar su trabajo con estos procesos que están dándose en los sindicatos británicos. ¿Y qué es lo que determina directamente estos procesos? Precisamente el hecho de que en ese país, donde más que en ninguna otra parte engordó una amplia capa de la clase obrera, ésta ya no puede hacerlo más. De aquí que el estado de ánimo de Baldwin proclive a los compromisos, debería rechazar todas esas modestas leyes (por ejemplo, el salario mínimo para los mineros) propuestas por los representantes del laborismo.

Ayer recibimos por telégrafo noticias de que los conservadores habían rechazado una modesta ley de los representantes laboristas que destinaba 10 millones de libras esterlinas para programas sociales. De aquí se desprende que el fortalecimiento del oportunismo, que es un hecho indiscutible en Alemania y en Francia, no puede ser ni firme ni duradero. Ni Francia ni Alemania pueden crear una situación privilegiada para la capa superior del proletariado. Por el contrario, en todos lados habrá un período de opresión severa sobre la clase obrera.

¿Y en Inglaterra? ¿No es posible que el oportunismo de los actuales líderes del Partido Laborista se consolide por muchos años, incluso décadas? Si vamos a dedicar un par de palabras a este asunto, sería mejor hacer una evaluación general de la situación. En Inglaterra teníamos una Federación Social Demócrata y un Partido Laborista Independiente (dos organizaciones que existieron durante décadas como organizaciones que competían entre sí). Cada una tenía 15.000, 20.000, 25.000 miembros. Durante los años de posguerra fuimos testigos de algo sorprendente en Inglaterra: la sección de propaganda de ayer, el Partido Laborista Independiente, llegó al poder. A decir verdad, dependía de los liberales, ¡pero en la última elección, justo después de la caída de MacDonald, juntó cuatro o cinco millones de votos!

Hablo del Partido Laborista Independiente porque es la fracción dominante del Partido Laborista. El Partido Laborista no existe sin el Partido Laborista Independiente. ¿Qué es lo que explica la carrera tan inusitada de los independentistas? ¿Son estables? En Inglaterra tenemos una burguesía que ha subordinado al proletariado, más consistentemente, con mayor inteligencia y mejor que ninguna otra; ha engordado económicamente a la capa superior de la clase trabajadora, y la ha desmoralizado políticamente. No ha habido una escuela igual en la historia, ni a lo que parece, habrá otra igual en el futuro. La burguesía norteamericana difícilmente será tan capaz de corromper y humillar a la clase trabajadora durante tanto tiempo. ¿A dónde ha llevado el cambio en la situación económica nacional e internacional de Gran Bretaña? A la presión de la masa de trabajadores sindicalizados sobre sus líderes, y esta presión llevó a la creación de un Partido Laborista. Si tomamos hoy al trabajador inglés promedio, muy difícilmente haya rechazado concientemente esos mismos prejuicios que tenía cuando votaba por los liberales. Pero está decepcionado con los liberales, porque los diputados liberales, a la luz de la posición cambiante de Inglaterra en el mercado mundial, fueron incapaces de hablar a favor de él en el Parlamento en la medida que lo podían hacer en el pasado. De aquí nació entonces la necesidad de crear su propio partido. ¿Qué es el Partido Laborista? Es el Departamento Político de los sindicatos. El Partido Laborista/Sindicatos necesitaban un tesorero, un cajero, un secretario, y

diputados en el parlamento. Fue la presión de una lucha de clases que se agudizaba y la eliminación del Partido Liberal lo que forzó a los sindicatos a crear su propio Partido Laborista. Pero la burocracia de los sindicatos no fue capaz de crearlo a partir de su propia fuerza en 24 horas. Y en Inglaterra la situación había cambiado en tal forma que era necesario construir un partido prácticamente en 24 horas. Así es como sucedió la asombrosa “unión” entre el Partido Laborista Independiente, que había existido en el curso de muchos años como una sección, y los sindicatos. “¿Uds. necesitan un Departamento Político adjunto a los sindicatos? Estamos a vuestro servicio”. El Partido Laborista se formó de esta manera. El oportunismo de los independentistas recibió una base política gigantesca. ¿Pero por mucho tiempo? Todo apunta hacia la respuesta: “¡No!” El Partido Laborista actual es una consecuencia de un cruzamiento temporario entre el camino del Partido Laborista Independiente y el poderoso ascenso revolucionario de la clase obrera; los independentistas corresponden sólo a un corto período de este ascenso. Ya hemos tenido el gobierno de MacDonald. Se trató de una experiencia episódica, que no se agotó, puesto que el primer gobierno independentista no contaba con una mayoría parlamentaria.

¿Cuáles son las perspectivas futuras? ¿Existen razones para pensar que el actual ministerio conservador será derrocado directamente en una situación revolucionaria? Es difícil de conjeturar, pero incluso sin un empujón fundamental de la historia se podría esperar una lucha revolucionaria por el poder entre la clase trabajadora y la burguesía en el período que se avecina. Si no hay una guerra u otros acontecimientos como una ocupación del Ruhr, el gobierno conservador de Inglaterra, ya sea un año antes o uno después, será reemplazado por uno laborista. ¿Y qué significa un gobierno laborista en tales condiciones? Un ataque extraordinario de la clase obrera, una presión sobre el estado. ¿Y qué significa esto, dada la situación mundial desesperada de Inglaterra? Que la clase obrera inglesa podría exigir el comunismo con la misma energía masiva y la misma velocidad con que exigieron la dirección de un Partido Laborista Independiente. Presentar las cosas como si el número de comunistas en Inglaterra fuera a crecer gradualmente por el curso de décadas es estar radicalmente equivocado. Precisamente el destino del Partido Laborista Independiente, más que ninguna otra cosa, demuestra que en Inglaterra los acontecimientos se desarrollan por otras vías y a otros ritmos. Inglaterra está acostumbrada a ser la dueña del mercado mundial (de aquí el conservadurismo de los sindicatos). Ahora ha sido relegada, su situación ha empeorado, y la situación de la clase obrera británica ha cambiado radicalmente; toda la órbita de su movimiento se ha alterado. En un cierto estadio esta órbita (la línea del movimiento) interceptó con el curso del Partido Laborista Independiente. Esto crea una ilusión de un Partido Laborista fuerte. Pero no todo el mundo apoyaba a MacDonald (esto fue sólo un hito, una marca en el camino de la clase obrera inglesa). Es tal vez el proceso que se está dando actualmente en la clase obrera inglesa lo que expresa más claramente el carácter profundamente crítico, es decir, revolucionario, de la totalidad de nuestra época.

Una situación revolucionaria, en el sentido especial de la palabra, es una situación muy concreta. Surge de la intersección de todo un conjunto de factores: una situación económica crítica, una agudización de las relaciones entre las clases, un estado de ánimo combativo entre los trabajadores, incertidumbre dentro de la clase dominante, un estado de ánimo revolucionario dentro de la pequeña burguesía, una situación internacional favorable para la revolución, etc. En su propia esencia, una situación tal puede y debe madurar, y entonces se mantendrá sólo durante cierto tiempo. No puede durar eternamente.

Si no es utilizada estratégicamente, comenzará a desintegrarse ¿Desde dónde? Desde la cabeza, es decir, desde el partido comunista que no fue capaz o no pudo utilizar la situación revolucionaria. Inevitablemente surgirán conflictos internos. Que el partido inevitablemente se debilita es bien conocido, y a veces pierde una parte muy significativa de su influencia. En la clase obrera comienza un reflujó de los sentimientos revolucionarios, así como intentos de acomodarse al orden existente. Al mismo tiempo, una cierta oleada de autoconfianza impregna a la burguesía, lo que también se expresa en su trabajo económico. Es la existencia de estos procesos lo que nos obliga a hablar de estabilización y de ninguna forma algún cambio radical en la base capitalista de Europa, es decir, sobre todo, su situación en el mercado mundial.

Debemos rechazar en nuestro análisis el provincialismo europeo. Antes de la guerra pensábamos de Europa como de quien regía los destinos del mundo, e interpretábamos los problemas de la revolución en una forma nacional, europea (provinciana, según los lineamientos del *Programa de Erfurt*). Pero la guerra demostró, reveló, puso al descubierto y consolidó los lazos totalmente interconectados que unen todas las partes de la economía mundial. Este es el hecho fundamental, y no se puede sopesar el destino de Europa por fuera de las conexiones y contradicciones de la economía mundial. Todo lo que ha ocurrido recientemente en el mercado mundial, cada día y a cada hora, muestra el crecimiento de la supremacía norteamericana y la creciente dependencia de Europa hacia EE.UU. La actual posición de Estados Unidos es, en muchos aspectos, similar a la de Alemania antes de la guerra. También fue el nuevo amo que llegó cuando el mundo entero se hallaba ya dividido. Pero Estados Unidos se distingue de Alemania por el hecho de que es incomparablemente más poderoso de lo que era aquella. Puede conseguir muchas cosas sin siquiera desenvainar la espada, sin el uso de las armas. EE.UU. obligó a Inglaterra a dar por terminados los acuerdos anglo-japoneses. EE.UU. obligó a Inglaterra a reconocer la igualdad de su flota con la de EE.UU., cuando toda la tradición inglesa se ha construido sobre la supremacía indisputable de la flota inglesa. ¿Cómo consiguió esto? Flexionando sus músculos económicos. EE.UU. ha maniatado a Alemania con el régimen Dawes. Ha forzado a Gran Bretaña a pagar su aporte. Ha forzado a Francia a pagar su aporte, y la ha obligado a apurar su retorno a una moneda estable, para hacer posible todo esto. ¿Qué significa todo esto? Un nuevo y colosal impuesto sobre Europa a beneficio de EE.UU. La transferencia de poder de Europa a EE.UU. continúa. Aunque el problema del mercado no es la cuestión primaria, Inglaterra descansa en el mercado como en una cuestión de vida o muerte. Sin embargo, Inglaterra no puede resolver el problema del mercado. La desocupación es la úlcera que está minando la fisiología de Inglaterra. Todos los pensadores políticos y economistas burgueses de Inglaterra están totalmente saturados de pesimismo.

Resumiendo. Estoy de acuerdo con la conclusión del camarada Varga en que no existen razones para suponer que Europa va a estabilizarse por un período prolongado. La situación económica europea, a pesar de todas sus mejoras, sigue siendo terriblemente crítica. En los años futuros sus contradicciones van a asumir un carácter profundamente más agudo. Por lo tanto, en relación con, digamos, Inglaterra, el problema de la revolución consiste sobre todo en si habrá el tiempo suficiente para que el partido comunista se forme, se prepare y desarrolle lazos estrechos con la clase obrera antes de que llegue el momento, como sucedió en Alemania de 1923, cuando la situación revolucionaria se vuelve tan aguda que exige una ofensiva decidida. En mi opinión, esto se refiere también a toda Europa. Cualquier “peligro” no vendrá de la consolidación de una estabilización en Europa, del renacimiento de las fuerzas económicas capitalistas, bajo las cuales la revolución sería pospuesta para un futuro

distante. No, el peligro es que la situación revolucionaria pueda progresar tan rápidamente y en forma tan aguda que los partidos comunistas no hayan tenido tiempo suficiente de formarse debidamente. Toda nuestra atención debe estar enfocada sobre esta cuestión. Así es como toda la situación europea, en general y de conjunto, se me aparece a mí.

Edicions internacionals Sedov



Series de estas [Edicions Internacionals Sedov](#)

[Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional](#)

[Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal](#)

[La lucha política contra el revisionismo lambertista](#)

[Lenin: dos textos inéditos](#)

[León Sedov: escritos](#)

[Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista](#)

[Obres escollides de Lenin en català](#)

[Obres escollides de Rosa Luxemburg en català](#)

[Rosa Luxemburg en castellano](#)

[Trotsky inédito en Internet y castellano](#)

[Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España](#)